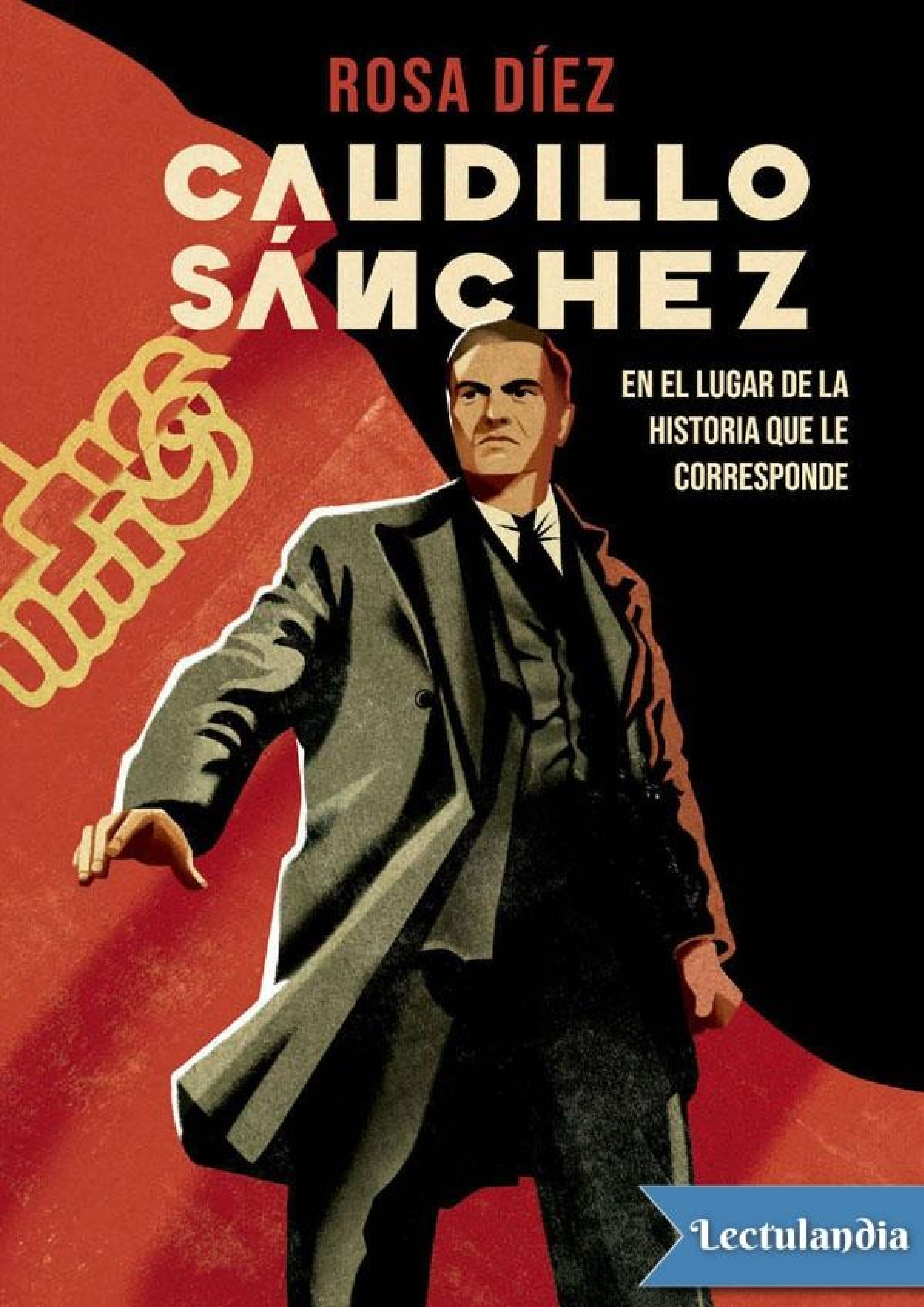

ROSA DÍEZ
CAUDILLO SÁNCHEZ
EN EL LUGAR DE LA HISTORIA QUE LE CORRESPONDE
Lectulandia

En Pedro Sánchez existe una lejanía brutal entre lo que afirma y lo que hace, entre la calificación que da a sus actos y los efectos que producen cada uno de ellos, entre la propaganda con la que se adorna y la realidad de los hechos que protagoniza. Por eso, para hacerle justicia y poder situarlo en el lugar de la historia que le corresponde, Rosa Díez ha escrito este libro en el que repasa algunos de los hitos del personaje que preside el Gobierno de España y hace hincapié en la descripción y conocimiento de su personalidad como instrumento imprescindible para comprender su conducta y los motivos que le impulsan a tomar sus decisiones.

La autora considera que para evaluar correctamente la dimensión del desastre que constituye el legado de Pedro Sánchez, han de analizarse sus iniciativas desde la perspectiva “humana”, no tanto ni únicamente política. Solo así, sostiene Rosa Díez, podrán los españoles diseñar una estrategia de defensa frente al caudillo.

Rosa Díez

Caudillo Sánchez

ePub r1.0
Titivillus 09.11.2023

Título original: *Caudillo Sánchez*
Rosa Díez, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

«Nobleza, dignidad, constancia y cierto risueño coraje.
Todo lo que constituye la grandeza sigue siendo esencialmente lo mismo a través de los siglos».

HANNAH ARENDT

Dedicado a todos los españoles
que siguen librando la batalla por la libertad.

Prólogo

La historia de un tal Sánchez

Las claves de su personalidad

Comprender *el porqué de las cosas*, eso es, los motivos por los que Pedro Sánchez Pérez-Castejón ha ido tomando determinadas decisiones a lo largo de su vida política, es una cuestión que requiere analizar su comportamiento y los signos externos que nos permiten comprender su conducta. Y es que la pulsión que mueve a este hombre poco o nada tiene que ver con la ideología que confiesa; porque, como en la fábula de la rana y el escorpión, lo de este tipo *está en su naturaleza*.

En los años que Sánchez lleva al frente de la política nacional ya hemos podido comprobar que sus decisiones solo están guiadas por el interés personal y que sus actos no responden ni a la ideología a la que dice estar adherido ni a la trayectoria histórica del partido que hoy le pertenece. Una sencilla revisión de la hemeroteca nos permite confirmar la ausencia de límites con la que funciona el personaje, y lo que es peor, cómo desde que él se apropió del PSOE ese partido ha dejado de ser una organización política para convertirse en un logotipo cuyo único objetivo es atraer voto identitario, en una marca populista y rancia que es compatible con cualquier ideología o con ninguna.

«Solo sí es sí, solo no es no… y viceversa» podría haber sido el título de este libro. Porque esa frase resume la vida, contada en hechos, de este singular personaje llamado Pedro Sánchez, un tipo que, en su afán por acceder al poder y mantenerlo, ha hecho de todo, comenzando por pervertir el lenguaje político y convertir la mentira en una constante en su código de comunicación. George Orwell publicó en 1946 un ensayo titulado *La política y el lenguaje inglés*, un libro que parece escrito para definir el comportamiento de Pedro Sánchez: «El lenguaje político está diseñado para que las mentiras parezcan verdades y el asesinato respetable, y para dar una apariencia de solidez al mero viento». Eso es este hombre: humo y mentira.

Cada una de las decisiones políticas de calado que ha venido tomando el tal Sánchez ha estado precedida de solemnes compromisos en los que negaba tal posibilidad y también de *sesudos* análisis de politólogos y/o analistas de todo tipo y condición que coincidían en una conclusión: «No lo hará». Y no solo lo hizo, sino que los del logotipo PSOE lo defendieron siempre y sin ningún tipo de fisura. Recuerden cuando Carmen Calvo, entonces vicepresidenta del Gobierno de España, era interpelada cada vez que Sánchez tomaba una decisión —o llegaba a un acuerdo con socios *indeseables*— que negaba sus afirmaciones previas y ponía de manifiesto su pulsión falsaria y mentirosa: «Eso no lo dijo el presidente, eso lo dijo el candidato…».

En la pulsión que motiva cada acto o comparecencia de Sánchez existe una constante: mentir. Presentó la moción de censura destructiva que le permitió acceder a la Moncloa cabalgando sobre una mentira y utilizando un fraude de un juez amigo y que este introdujo en una sentencia. Mintió para conseguir una mayoría parlamentaria con la promesa de que convocaría elecciones de forma inmediata. Mintió cuando pidió el voto a los ciudadanos durante la campaña electoral: «A ustedes se les fugó Puigdemont, y yo me comprometo aquí y ahora a traerlo de vuelta y que rinda cuentas ante la justicia». Y, a petición de los delincuentes y por unos miserables votos que le permitieran mantenerse en la Moncloa, modificó el Código Penal para que dejaran de ser delito los actos por los que el fugado y sus amigos fueron condenados.

Sánchez mintió cuando afirmó que nunca gobernaría con Podemos: «Ni antes ni después el Partido Socialista pactará con el populismo. El final del populismo es la Venezuela de Chávez. La pobreza, cartillas de racionamiento, falta de democracia y, sobre todo, la desigualdad…». Si pactara con Iglesias, «no dormiría por la noche, como el 95 por ciento de los ciudadanos de este país, que tampoco se sentirían tranquilos…». Y cuarenta y ocho horas después de cerrarse los colegios electorales Sánchez anunció un Gobierno de coalición con el de las cartillas de racionamiento.

Sánchez mintió al comprometer su palabra a que jamás pactaría con Bildu: «Con Bildu no vamos a pactar. Perdone, pero si le estoy diciendo que con Bildu no vamos a pactar, si quiere se lo repito cinco o veinte veces. Con Bildu, se lo repito, no vamos a pactar». Y en la primera oportunidad que tuvo tras hacer esa proclama en tierras navarras, pactó con Bildu el Gobierno de Navarra, los convirtió en socios preferentes para la política nacional, y mientras celebraban homenajes a los criminales de ETA y reivindicaban su historia de terror, los nombró notarios de la democracia que sus tutores

trataron de destruir asesinando a ciudadanos inocentes. No satisfecho con ello, pactó con Bildu presos a cambio de sus miserables votos en los presupuestos y acordó con ellos la expulsión de Navarra de la Guardia Civil de Tráfico. Y todo ello para mantenerse en el poder, su única ideología, su fe verdadera.

Qué decir de los compromisos *solemnes* adquiridos incluso en sede parlamentaria —da igual que hablemos de economía que de fiscalidad, de las leyes penales o de los indultos a políticos, del precio de la energía o de la política de Defensa…—, desmentidos casi inmediatamente por sus actos con la misma falsaria solemnidad. Sánchez es un maestro del *doblepensar* —concepto acuñado también por Orwell—, un tipo capaz de defender con idéntica aparente convicción una cosa y la contraria. Justo es reconocer que Sánchez es un profesional de las medias verdades de un nivel nunca visto en la política española, un personaje muy único, pues todo en él es mentira, él es mentira en sí mismo. Él es, en exacta definición de un añorado e ilustre dirigente socialista de cuando el PSOE era un partido, un impostor. En fin, que Sánchez y el respeto a la verdad son realidades antagónicas que no caben en la misma frase.

La perversión del lenguaje es una forma de mentir que Sánchez utiliza a la perfección para negar la verdad verificable y sustituirla por una de su conveniencia. Sirva como ejemplo el desparpajo con el que elaboró un relato alternativo a los hechos que acontecieron el 1 de octubre de 2016, cuando perdió la votación en el Comité Federal de su partido. Para construir su *resurrección* tras haber perdido la confianza del máximo órgano democrático del PSOE entre congresos, Sánchez apeló a «las bases» frente a los órganos democráticos de su formación, llamó «casta» a los dirigentes de su partido y llamó «pueblo» a la militancia. Nada le detuvo para utilizar el lenguaje de forma que *las mentiras parezcan verdades* para recuperar las riendas del poder interno y desde ahí, con la misma táctica, asaltar el poder institucional.

Otro método que Sánchez utiliza para *matar la verdad* (Timothy Snyder en su libro *Sobre la tiranía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017) es calificar a las personas y a los hechos por los nombres que no son. Así, vemos que no se corta ni un pelo para otorgar el título de «progresistas» a tipos como Otegi y Junqueras mientras estos defienden la ideología en cuyo nombre se cometieron graves delitos de terrorismo y de golpismo con el objetivo de impedir que triunfara la democracia y de romper la unidad de la nación; o en calificar de «progresista» un Gobierno formado por partidos cuya ideología ha sido condenada en Europa como culpable de crímenes de lesa humanidad y

del asesinato de millones de ciudadanos. A Sánchez le parece tan «progresista» considerar que la caída del muro de Berlín «fue una desgracia», que no tuvo ningún reparo en nombrar vicepresidente del Gobierno de España a Pablo Iglesias —el de la cartilla de racionamiento, recuerden—, que es el autor de esa frase. Estos ejemplos no son anecdóticos, sino algunos de los síntomas de la personalidad de un tipo embarcado en una cruzada para demoler la democracia. Porque Sánchez sabe bien que la perversión del lenguaje, organizada de forma sistemática y utilizando todos los resortes mediáticos y del poder político, termina por pervertir las instituciones y, a partir de ahí, la propia democracia. Y en eso está.

El análisis

Así las cosas, resulta evidente que la lógica política es un instrumento completamente inútil para analizar y neutralizar los efectos de la pulsión que mueve a Pedro Sánchez, un hombre tan ayuno de limitaciones como borracho de ambición de poder. Antonio Cervero Fernández-Castañón, psicólogo sanitario y PDI del Departamento de Psicología de la Universidad de Oviedo, me alertó hace un tiempo sobre los daños que puede sufrir una sociedad cuando llega a detentar el poder un tipo que de forma simultánea y/o correlativa actúa como un ser autocomplaciente y arrogante, agresivo, brutal e insidioso y ávido de poder, lo que Frieder Wolfsberger califica como los tres ingredientes del mal carácter: el narcisismo, la psicopatía y el maquiavelismo.

Analizando los actos de Pedro Sánchez y confrontándolos con textos que sirven para describir al individuo podemos profundizar en el conocimiento de las características en las que se sustenta ese tipo de personalidad definida por el maquiavelismo, el narcisismo y la psicopatía y a la que los psicólogos Delroy Paulhus y Kevin Williams bautizaron en el año 2002 con un apelativo pegadizo a la vez que inquietante: la triada oscura.

Analicemos cada uno de estos *ingredientes del mal carácter*. El término maquiavélico tiene su origen en el libro escrito por Nicolás Maquiavelo en 1513, *El príncipe*, en el que expone la manera de adquirir y mantener el poder a través de la manipulación de los contextos sociales, teniendo como elemento central el propio interés. Un individuo maquiavélico se caracteriza por la sed de poder, la frialdad, el egoísmo, la manipulación, la amoralidad, el enmascaramiento de sus pulsiones, la propensión al engaño y el bajo compromiso ideológico.

El narcisismo retrata al vanidoso que actúa con autocomplacencia, grandiosidad y arrogancia, que se sobrevalora y desprecia a los demás, que

necesita una permanente atención y se irrita y se vuelve agresivo ante la crítica, un hipócrita frío cuyas relaciones interpersonales se caracterizan por la autopromoción.

El psicópata se reconoce por su agresividad, rencor, ansias de venganza, pobreza afectiva, insensibilidad ante las reacciones ajenas, ausencia de remordimiento y culpa, crueldad y nula empatía. Particularmente hay dos comportamientos que se aplican a un psicópata y nos permiten confirmar si estamos ante alguien que responde a esas características. En primer lugar, su necesidad de no ser descubierto; cuando eso ocurre, el psicópata se deja llevar por sus pulsiones más primarias y muestra un odio brutal y una necesidad enfermiza de destruir a quien le rechaza por haber descubierto lo que es. Y, en segundo lugar, es conveniente no olvidar que un psicópata no responde al tratamiento porque no es propiamente un enfermo.

En el libro *The Elephant in the Boardroom* (*El elefante en la sala de juntas*), Adrian Furnham, psicólogo de la personalidad, describe caracteres cuestionables que han triunfado en el mundo de la política y señala que las personas maquiavélicas, merced a su tendencia a utilizar estrategias oportunistas e hipócritas, se encuentran bien equipadas para desarrollar una carrera política. Los psicopáticos poseen la capacidad de permanecer impasibles bajo presión y en situaciones de competencia, y también se caracterizan por tomar decisiones resolutivas alejadas de sentimientos. Y a los narcisistas les beneficia su avezada presencia, así como su autoimagen de líder. Si el carácter oscuro va acompañado de atractivo e inteligencia, el éxito está asegurado, apunta Furnham. Y Peter Jonason, de la Universidad Occidental de Australia y uno de los investigadores más diligentes de la triada oscura, constató en 2015 que no existe nada que motive más a estas personalidades que el poder.

Aunque dé miedo, cuando uno lee esto, resulta inevitable pensar en Pedro Sánchez. El periodista y científico Frieder Wolfsberger comenzaba con las siguientes palabras un artículo publicado en 2015 en la revista *Mente y Cerebro* que llevaba por título «La triada oscura de la personalidad»: «El primero es autocomplaciente y arrogante; el segundo, agresivo y brutal, y el tercero insidioso y ávido de poder. No se trata de un trío de gánsteres de una película de serie B, sino de los tres ingredientes del mal carácter: el narcisismo, la psicopatía y el maquiavelismo».

Según estos científicos, puede afirmarse que quien posee una personalidad en la que coexisten esos tres *ingredientes* está muy bien dotado para dedicarse a la política; y otra vez no podemos evitar pensar en Pedro Sánchez y

comprender cómo y por qué el tal Sánchez ha triunfado en la política. Es analizando su comportamiento, que no desde el análisis de los politólogos de cabecera del caudillo, lo que nos permite percibir que un hombre de estas características, con tanto poder y tan nulos escrúpulos, resulta un peligro para la seguridad nacional y para la democracia.

No conozco a una persona cuyo comportamiento se ajuste más a los parámetros descritos por estos profesionales que Pedro Sánchez. La fobia que profesa a todo aquello —persona, organización, institución…— que no puede controlar; el castigo que inflige y/o el ostracismo al que condena a quien se atreve a disentir; la desautorización absoluta contra cualquier miembro de su propia formación que cuestiona siquiera mínimamente alguna de sus decisiones; la desacreditación grosera y orquestada que practica contra todo aquel que descubre y denuncia sus trampas; su absoluta falta de empatía con las personas que sufren las consecuencias de su actos; la búsqueda permanente del aplauso y del beneficio personal; el endiosamiento y la feroz descalificación contra cualquiera que se atreva a cuestionar sus órdenes… son algunos de los comportamientos que marcan a fuego la biografía política de Pedro Sánchez y que se ajustan como un guante a la personalidad descrita en psicología como la triada oscura.

Como ya se ha señalado, la psicopatía no tiene cura porque no es propiamente una enfermedad mental, sino que acompaña al individuo desde el mismo momento de su nacimiento; y como las personas que la sufren no tienen conciencia de que están haciendo algo malo y el síntoma más determinante es que carecen de empatía y de capacidad para conectar con otras personas, los psicópatas siempre echarán a otros la culpa de sus problemas. Este hecho lleva a los terapeutas a advertir que cuando parezca que hay un cambio de conducta observable ha de tenerse en cuenta que los psicópatas son auténticos actores que saben lo que tienen que decir, lo que tienen que hacer y cómo se tienen que comportar para engañar a otros y enmascarar su personalidad en función de lo que el otro quiera oír. Recuerden: el psicópata *no se cura*, aprende de las técnicas del tratamiento y las aplica a sus víctimas.

Confío en que el lector encuentre en las páginas de este libro suficientes elementos para tomar conciencia de lo peligroso que resulta para el conjunto de la sociedad tener en la Moncloa a un individuo cuyo comportamiento responde a unas características que son la suma de tres factores en extremo inquietantes, la psicopatía, el narcisismo y el maquiavelismo. Porque

únicamente un análisis correcto y compartido nos permitirá organizar la legítima defensa antes de que sea demasiado tarde.

1

El aspirante a asesor parlamentario fracasa en Bruselas

Primera frustración

La ausencia de límites y la desinhibición retroalimentada por una mediocridad nunca vista en un presidente de Gobierno o en un secretario general del PSOE han sido una constante a lo largo de la vida pública de Pedro Sánchez. Pero esa chulería con la que se comporta y que hoy conocemos todos los españoles es un aspecto de su personalidad que *viene de fábrica* —a diferencia del sociópata, el psicópata nace, no se hace— y que le ha acompañado toda su vida. Ahora que no nos oye nadie, vamos a contar su historia.

Corría el año 1999 cuando oí por primera vez el nombre de Pedro Sánchez. Yo había encabezado la candidatura del Partido Socialista Obrero Español al Parlamento Europeo en las elecciones que se celebraron el 13 de junio de ese año y era en aquel momento presidenta de la delegación socialista española en Bruselas.

En aquellos años, el Parlamento Europeo asignaba a los grupos políticos una partida económica para que estos, dentro de unas normas de carácter general, pudieran autónomamente contratar asesores parlamentarios. En la delegación española del Grupo Socialista habíamos establecido que cada diputado tendría un asistente, que él mismo elegiría en función del área en la que iba a desarrollar su tarea, y que el resto de los fondos se destinarían a configurar un grupo de asesoría técnica multidisciplinar que daría apoyo al conjunto de la delegación.

Carlos Westendorp, que había ocupado el puesto número seis en la candidatura al PE, fue quien me habló por primera vez de Pedro Sánchez:

—Rosa, hay un chico que ha trabajado conmigo en Bosnia, Pedro Sánchez… Es economista, yo creo que estaría bien que lo contratáramos como asistente parlamentario…

—Sin problema, Carlos. Ya sabes que puedes elegir a quien quieras para que trabaje contigo.

—Ah, no, yo para trabajar conmigo no lo quiero, ya he elegido a un asistente que me interesa y que es de mi confianza… No, te lo propongo para el grupo… o si otro diputado lo quiere para él…

—Bueno, Carlos, los diputados ya han elegido para que trabajen con ellos a personas que conocen y por sus perfiles… Y para el *pool* ya sabes que vamos a hacer un concurso de méritos entre todos los candidatos que se presenten y se elegirán las personas en función del currículum y de los huecos técnicos que necesitemos complementar. Así que dile que se presente, si quiere.

—Vale, se lo digo. El chico no tiene nada, y me ha dicho que tiene mucho interés…

Pedro Sánchez nunca llegó a formar parte del grupo de asesores de la delegación socialista española en el Parlamento Europeo, aunque sí que en algún momento de su *carrera política* en el PE cubrió una baja maternal de la asistente de una diputada socialista española. Es un misterio cómo pudo afectar ese golpe de realidad a un tipo caracterizado por su arrogancia y su desprecio a los demás. Algunos de los que le conocían bien —que entonces eran asesores parlamentarios y ahora le «asesoran» a él— contaban a quien les quisiera escuchar que ahí fue cuando comenzó a acumular resentimiento *el narciso* que el tal Sánchez lleva dentro.

2

Se consolida en el PSOE el proceso de selección negativa

No sería justo atribuirle en exclusiva a Pedro Sánchez el mérito de haber convertido al PSOE en un partido nacionalista y populista homologable con cualquiera de los que pueblan el mapa latinoamericano y que han llevado a sus países a la ruina económica mientras, según todos los indicadores internacionales, provocan el mayor retroceso en la defensa de los derechos humanos y las libertades. Y es que la degradación política del PSOE como partido de ámbito nacional que actuaba en la esfera de los partidos socialdemócratas europeos ha llevado su tiempo. Es verdad que Sánchez ha imprimido una velocidad de crucero en el proceso a la vez que ha demostrado que todo lo que de él dependa, si puede empeorar, empeorará. Pero el tal Sánchez nunca hubiera llegado a apropiarse del PSOE si José Luis Rodríguez Zapatero no se hubiera hecho con las riendas del partido tras el congreso que ganó en julio del año 2000. Y, por ende, Sánchez nunca hubiera llegado a ser presidente del Gobierno de España si no hubiera podido heredar de Zapatero.

Hagamos memoria. El XXXV congreso del PSOE fue convocado de forma extraordinaria una vez que Joaquín Almunia presentó su dimisión tras el varapalo electoral sufrido en las elecciones del 12 de marzo del 2000 en la que el PSOE obtuvo 125 diputados, 16 menos que en las anteriores. Ahí fue cuando comenzaron a sonar voces de dirigentes del PSOE planteando que la solución pasaba por poner al frente del partido a alguien que hubiera demostrado que sabía ganar elecciones.

Yo, que en aquel momento era la presidenta de la delegación socialista en Bruselas, creía, por el contrario, que lo que necesitaba el Partido Socialista era un cambio en profundidad, de forma y fondo. Y esa reflexión fue la que me llevó a anunciar que presentaría mi candidatura a la Secretaría General; y es lo que hice sin tener padrinos y sin pedir permiso a nadie.

José Bono hizo saber que estaba disponible; y tras asegurarse el apoyo del aparato del partido, de la práctica totalidad de los barones y, por supuesto, tras ser ungido por Felipe González, anunció su candidatura.

Alfonso Guerra, que no era partidario de Bono, lanzó la candidatura de Matilde Fernández.

Zapatero formaba parte de un grupo de diputados jóvenes que se autodenominaban «los jóvenes turcos» —todo un síntoma del *desnivel* político que ya apuntaban quienes serían los nuevos dirigentes del socialismo español— y que cuando vislumbraron que las bases del Partido Socialista querían cambio comenzaron a sopesar la posibilidad de presentar una candidatura. Según se acercaban las fechas en las que había de celebrarse el congreso fue cogiendo más fuerza la idea de que lo que necesitaba el PSOE para volver a ganar elecciones era abanderar «el cambio» en la política nacional y que esa imagen no la podía representar José Bono. Trinidad Jiménez —que trabajando con Raimon Obiols en la Secretaría de Exteriores de la Comisión Ejecutiva del PSOE había entablado una buena relación con Felipe González— fue la encargada de presentarle a «los jóvenes turcos» y de tratar de convencerlo de que el futuro del PSOE pasaba por esos chicos.

Felipe González los recibió varias veces en el despacho que entonces ocupaba en la calle Gobelas, pero antes de comprometerse pidió a Solchaga que los viera y le diera su opinión. Conozco en detalle ese episodio porque uno de los convocados a la reunión con Carlos Solchaga fue Jordi Sevilla, un joven diputado que en aquel momento era un entusiasta miembro del equipo que trabajaba a favor de mi candidatura. Finalizado el encuentro, Jordi, con toda honestidad, fue a verme y me contó las conclusiones:

—Rosa, un grupo de diputados jóvenes hemos estado reunidos con Carlos Solchaga; estaban Caldera, Zapatero… y alguno más del grupo que vienen sopesando la posibilidad de presentar candidatura al congreso del PSOE. A mí me invitaron, y fui a la reunión a ver de qué iba…

—Ah, con «los jóvenes turcos»… ¿Y?

—Verás, Solchaga nos ha contado que Felipe le había encargado que nos viera, que testara hasta qué punto de ese grupo podía salir una candidatura viable…

—O sea, que os ha examinado… ¿Y habéis aprobado?

—Bueno, no es exactamente así, pero sí que quiero que sepas que esto va a ir en serio, que van a tener el apoyo de González y de *El País,* que esto es lo que va a salir adelante… Yo, en estas circunstancias, creo que lo mejor es que

te retires… Te darán lo que quieras, seguro, y no merece la pena que te enfrentes a ellos para perder…

—Gracias por la sinceridad, Jordi, pero me conoces lo suficiente como para saber que no me voy a retirar. Que te vaya bien.

Y Jordi Sevilla dejó de formar parte del grupo de apoyo de mi candidatura y se integró en «los jóvenes turcos». Y cuando Zapatero le nombró ministro de Administraciones Públicas él le prometió que le enseñaría economía en dos tardes… Pero eso es otra historia.

Tras el visto bueno de Solchaga, Felipe González se convirtió en el valedor del grupo que finalmente presentaría a Zapatero como una especie de *primus inter pares*, si bien «olvidó» decírselo a Bono. Es curioso cómo los seres humanos tendemos a caer presas del autoengaño. Recuerdo que todos sabíamos que la influencia y tenacidad de Trinidad Jiménez había tenido su efecto hasta provocar que González retirara el apoyo a Bono. Pero el candidato manchego prefería no saberlo…

Yo me reuní con González ante la insistencia de quienes me acompañaban en la candidatura, Juan Manuel Eguiagaray, Ramón Jáuregui o Luis Atienza, aunque no lo hice hasta unos días antes de que se celebrara el congreso, cuando resultaba evidente que no tenía ninguna posibilidad de ganar y era más que obvio que González había cambiado de candidato.

Es sabido que para González siempre supuso una carga tener que ocuparse de los temas de partido, que a él le gustaba la política institucional y despreciaba la vida interna de la organización en cuyo nombre se presentaba a las elecciones. Por eso, en aquella reunión, le expliqué que mi intención era ser secretaria general del PSOE a tiempo completo y que no aspiraba a ser candidata a la presidencia del Gobierno.

—Anda, que para una vez que el Partido Socialista tiene un candidato a la Secretaría General al que le gusta más el partido que el Gobierno, que lo quiere transformar para convertirlo en un instrumento útil para la democracia y no en una mera secta ideológica para ganar elecciones, no queréis aprovechar la oportunidad y os negáis siquiera a debatir ese cambio de modelo…

—Oye, tienes hijos jóvenes… ¿Por qué no les preguntas cómo lo ven ellos? ¿O ya lo has hecho y no te gusta lo que te dicen?

Él callaba y sonreía… Entonces le pregunté por qué había optado por Bono para abandonarlo después. A lo segundo no me contestó; a lo primero sí:

—Bueno, le apoyé porque fue la primera yegua que salió a correr a la pista…

Tal cual.

—Bueno, la primera que anunció la candidatura fui yo… Claro que como no te pedí permiso a lo mejor no te diste cuenta… —A eso tampoco me contestó.

Le conté esta conversación a Pepe Bono y le aseguré que «dios» (Benegas *dixit*) ya no le apoyaba y que detrás de esa deserción iban a ir una parte importante de los barones y, por supuesto, los de Alfonso Guerra. Bono no me creyó; y la maquinaria siguió rodando.

Se ha escrito bastante de lo que pasó entre bambalinas en las primeras horas del congreso que alumbró el principio del fin del PSOE que conocimos y que fue un instrumento imprescindible para hacer la Transición y consolidar la democracia en España. Yo cuento aquí lo que directamente viví. Y lo cierto es que, más allá de encuentros previos entre Manolo Chaves y los secretarios generales de las provincias andaluzas, la primera noche del congreso fue Carmeli Hermosín quien reunió a la delegación andaluza y les explicó que desde ese momento y al margen de lo que habían hablado o comprometido al ser elegidos en cada asamblea local, tenían «libertad de voto». Y todo el mundo entendió que «los jefes» habían abandonado a Bono y cambiado de *yegua*. Perpetrado ese golpe de timón en la numerosa delegación andaluza, se aceleraron las negociaciones. Pepe Blanco (Pepiño) y Rafael Delgado (el Fali) fueron los encargados de ir atando el voto de los delegados que, sumados a los oficialistas que ya le habían retirado el apoyo a Bono, le darían la mayoría a Zapatero. Resulta interesante constatar cómo Alfonso Guerra y Felipe González fueron capaces de ganar aquel congreso cuando ya llevaban años sin hablarse.

Los delegados votaban primero al secretario general y luego este anunciaba la composición de la Comisión Ejecutiva. Zapatero fue el candidato más votado, seguido de Bono, a quien aventajó por 9 votos. La mitad de los compromisarios de Matilde Fernández la abandonaron y mi candidatura tuvo menos de la cuarta parte de los votos que los avales que había conseguido para presentarme.

Y Pepe Blanco se convirtió en el número dos del Partido Socialista Obrero Español en representación del grupo de «jóvenes turcos» que para entonces se había rebautizado con el nombre de «Nueva Vía». Alguien tenía que haberles explicado la historia completa de los verdaderos Jóvenes Turcos, desde cómo empezaron su carrera para «asaltar el poder» hasta cómo finalizó,

limpieza étnica y masacres por medio. Y así fue como con la «Nueva Vía» comenzó a hablarse *del cambio tranquilo* y como Pepiño se convirtió en el Alfonso Guerra de Zapatero, un hecho que en sí mismo da testimonio del proceso de selección negativa que se iba instaurando en el Partido Socialista hasta convertir la mediocridad en un mérito para llegar a las más altas esferas de poder. De aquellos polvos, estos lodos.

Pepe Blanco, un perfecto desconocido a nivel nacional, miembro del Comité Federal —inédito, eso sí, no se le conocía pensamiento alguno—, fue encargado por Zapatero de atender a los medios en nombre de su candidatura. Y allí estaba Pepiño, ocupando la pantalla de las televisiones, cuando recibí la llamada de un viejo socialista gallego:

—Rosa…, tú que estás ahí… tienes que hacer algo… Es Pepiño… No puede ser… Es Pepiño… Nos servía los cafés en las reuniones… Pepiño… No puede ser… Tú que estás ahí… Tienes que hacer algo… No es por Zapatero, que no lo conocemos. Es Pepiño, que sí lo conocemos…

Bueno, pues sí, Pepiño se hizo con el control del Partido Socialista Obrero Español; y sus chicos, aquellos con los que había coincidido en la Jaime Vera —una escuela de formación de «cuadros» que en aquel entonces tenía el PSOE— y en las Juventudes Socialistas, fueron ascendidos directamente a gurús ideológicos y/o miembros del aparato orgánico del PSOE.

Es para mí un enigma cómo esos tipos llegaron a la conclusión de que podían dirigir España. Aunque lo verdaderamente dramático es que, veintidós años después, con alteración en la escala de mando y con acreditada mediocridad e incompetencia, ahí siguen.

3

El tal Sánchez hace pinitos como tertuliano mientras ejerce como consejero de Caja Madrid

Entre los que, una vez entronizado Zapatero, se incorporaron al aparato del Partido Socialista junto al todopoderoso secretario de organización estaban Óscar López y Antonio Hernando. Estos, a su vez, reclutaban *machacas*, chicos que por unas migajas les hacían todo tipo de recados. Pedro Sánchez, que nunca formó parte del círculo pretoriano de Pepiño, era uno de los machacas de los chicos de Pepiño, quienes, por cierto, lo consideraban un *torpe* y por eso nunca le ascendieron a la primera división.

Conozco de primera mano uno de los primeros trabajos que encargaron a Pedro Sánchez cuando regresó a España tras fracasar en su aspiración de incorporarse como asesor en el Grupo Socialista español en el Parlamento Europeo. Desde Ferraz se lo endosaron como ayudante a Jesús Cuadrado, diputado electo por Zamora que en aquellos momentos era portavoz de agricultura en el Congreso de los Diputados. La primera labor que este le encomendó fue levantar acta de unas jornadas sobre vacuno de leche que organizó en Lugo. Cuando Cuadrado leyó el texto que Sánchez había escrito no le quedó otro remedio que dictarle, una por una, las conclusiones de las jornadas: el tal Sánchez no había entendido nada.

Pedro Sánchez pasó unos cuantos años haciendo la pelota al clan de Pepiño para acercarse al poder y conseguir que lo pusieran en las listas electorales. En 2003 formó parte de la candidatura para la alcaldía de Madrid que encabezaba Trinidad Jiménez, aunque no consiguió entrar en el consistorio a la primera, pues el Partido Socialista de Madrid, del que Simancas era secretario general en aquel momento (hay que ver la de chapuzas que ha hecho desde entonces para hacerse perdonar…), no se plegó

a las exigencias de Pepiño y colocó a su machaca en el puesto número 24. La candidatura del PSOE obtuvo 21 concejales, con lo que el tal Sánchez se quedó en el banquillo acumulando resentimiento mientras seguía haciendo recados para los chicos de Pepiño. Y en enero de 2004, tras la dimisión de Elena Arnedo, consiguió por fin hacerse con el acta de concejal y ya en el ayuntamiento se dedicó a trabajar para Trini, que lideraba la oposición al PP, mientras seguía haciendo méritos en el entorno de Pepiño para lograr escalar posiciones en las listas del PSOE.

En las elecciones municipales de 2007, Miguel Sebastián fue designado por Zapatero para encabezar la candidatura a la alcaldía de la capital de España. Sebastián había sido un estrecho colaborador de Zapatero desde que este accedió al poder, ocupando desde 2004 la Dirección General de la Oficina Económica del presidente del Gobierno. Allí, formando parte como subalterno de un grupo de economistas que preparaban papeles para el PSOE y el Gobierno, fue donde Sánchez conoció a Miguel Sebastián. Y este lo colocó en el puesto número 14 de su candidatura.

En esa oficina coincidió también con el entonces jefe de Gabinete y mano derecha de Sebastián, el economista Carlos Ocaña, quien años más tarde alcanzaría otro tipo de notoriedad al ser identificado como uno de los autores de la plagiada tesis doctoral de Pedro Sánchez. Ocaña publicó en diciembre de 2013 un libro, cofirmado con Sánchez, que bajo el título *La nueva diplomacia económica española* reproduce gran parte de la tesis doctoral supuestamente realizada por Pedro Sánchez. Como se ve, durante esos años, un desconocido Sánchez no solo acumulaba resentimiento, sino que se entrenaba para hacer de la mentira y el engaño su forma de triunfar en la política.

En esas elecciones en las que Sebastián confrontó con el popular Alberto Ruiz Gallardón, el PSOE cosechó un sonoro fracaso, sacó 18 concejales; y Miguel Sebastián dimitió sin ni siquiera recoger su acta de concejal. Pero Pedro Sánchez logró, por fin, obtener el acta de concejal a la primera. El fracaso del PSOE desde la perspectiva de los votos de los ciudadanos ha ido, desde siempre, aparejado con el éxito personal de Pedro Sánchez Pérez-Castejón.

En las sucesivas etapas de su vida en las que el tal Sánchez fracasaba en su intento de ser cargo electo, los *Pepiño boys* (les gustaba llamarse así) le iban colocando en las instituciones parasitadas por cuotas partidistas y lo mantenían ahí mientras les hacía trabajitos. Óscar López lo puso de tertuliano en varios medios de comunicación, en algunos como titular y en otros de

sustituto de quien ocupaba la cuota del PSOE, mientras Pepe Blanco lo mantenía a sueldo durante sus sucesivas etapas de *desempleo institucional*. Sánchez ha sido un *fijo discontinuo* del PSOE toda su vida.

Durante su primera legislatura en el ayuntamiento de Madrid, Trinidad Jiménez lo colocó como consejero en la asamblea de Caja Madrid. Ese aspecto de su currículum político es algo que el tal Sánchez siempre ha ocultado en su biografía oficial; así que, ahora que no nos oye nadie, vamos a contar las verdades sobre su currículum «profesional», no el que plagia o falsifica, sino el que esconde.

Pedro Sánchez fue consejero de la asamblea general de Caja Madrid entre los años 2004 y 2009, en la época en la que Miguel Blesa era presidente, una etapa que no fue precisamente modélica. Durante el tiempo que formó parte de la asamblea general, Pedro Sánchez dio su consentimiento como consejero a la ruinosa compra del Banco Nacional de Florida, la mayor inversión en el extranjero en la historia de la entidad. De toda la etapa en la que fue consejero no se le conoce oposición alguna a la política de concesión de créditos *amigo* que practicaba la caja, ni se opuso a que esta engordase su balance con activos tóxicos de la burbuja, ni a los sueldos millonarios que Blesa y sus amigos se autoadjudicaban en aquella época. La compra del Banco Nacional de Florida, que desencadenó el procesamiento de Blesa, fue aprobada por unanimidad por el consejo de administración de Caja Madrid, con los votos de PP, PSOE, IU, CC. OO. y UGT, y ratificada expresamente por la asamblea general de la que Sánchez formaba parte; o sea, Pedro Sánchez votó a favor de la decisión por la que Blesa fue procesado. Como digo, no consta ninguna oposición de Sánchez a ninguna de las tropelías que jalonaron aquella etapa oscura de Caja Madrid. Lo que sí consta es que en julio de 2008 Sánchez solicitó y obtuvo un crédito por parte de la entidad de la que era consejero por importe de 159.300 euros. En aquel momento Sánchez era *más que amigo* de la entidad; quizá por eso siempre ha ocultado que su *ascensor social* no fue la educación, sino formar parte del grupito que se benefició de los chanchullos de Caja Madrid.

4

De la etapa en la que Sánchez facturaba a la Fundación Ideas

Pero las tertulias que le regalaba Óscar López, las dietas que cobraba en Caja Madrid o el sueldo que le pagaba Pepiño por «trabajitos» puntuales no eran los únicos emolumentos con los que contaba el tal Sánchez en aquellos años. En la etapa en la que aún no había conseguido el acta de concejal también estuvo facturando desde fuera para la Fundación Ideas, cuyo máximo responsable ejecutivo era Jesús Caldera, uno de los impulsores del grupo de jóvenes diputados del que surgió la candidatura de Zapatero para la Secretaría General del PSOE. El director de la fundación era Carlos Mulas, con quien el tal Sánchez había coincidido y trabado amistad en el grupo de economistas que hacía papeles para Sebastián.

La Fundación Ideas nació en 2008 y fue impulsada en el XXXVII Congreso del PSOE como «una potente factoría de pensamiento progresista» que tenía entre sus objetivos desarrollar programas en América Latina, diseñar programas de formación y elaborar proyectos e ideas nuevas para «el socialismo moderno». Y fue disuelta por el PSOE dirigido por Alfredo Pérez Rubalcaba en octubre del año 2013 como consecuencia de haber protagonizado una serie de escándalos «en su gestión económica», entre los que destacó el denominado «caso Amy Martin». Vamos a hacer memoria; les cuento.

La fundación a la que facturaba desde fuera Pedro Sánchez, gracias a la relación que mantenía con su director Carlos Mulas, pagó 50.000 euros por diversos artículos a una presunta escritora llamada Amy Martin, cuya marca comercial y logotipo estaban registrados por el propio director de la institución. El escándalo estalló a principios del año 2013 cuando una serie de exempleados de la fundación aseguraron públicamente que Amy Martin no existía y que, en realidad, esa figura escondía un sobresueldo para Mulas, al

que acusaban de haber organizado una trama fraudulenta; el tal Sánchez no estaba entre los que denunciaron la trama. La autora fantasma que firmaba con el nombre de Amy Martin llegó a cobrar tres mil euros por artículos en los que se presentaba como experta en los asuntos más variopintos y que no era posible referenciar en ningún lugar que no fuera la web de Ideas.

El director de la fundación para la que facturaba el tal Sánchez (su amigo) negó inicialmente conocer a la «escritora». «Creo que Amy Martin es una analista política, yo solo la he visto una vez…». Posteriormente se descubrió que la entidad que pasaba las facturas a la Fundación Ideas en nombre de Amy Martin era la agencia literaria Casanova & Lynch, que representaba a la esposa de Carlos Mulas, Irene Zoe Alameda, que fue quien registró la marca comercial y diseñó el logotipo.

Entre las bien remuneradas entregas de la esposa de Mulas se podían encontrar artículos sobre la industria del cine en Nigeria, sobre la central nuclear de Fukushima, la crisis de la Eurozona o la medición de la felicidad. Cualquier asunto era accesible para Amy Martin. Esa versatilidad y aprovechamiento de las ventajas que implica convivir en régimen de gananciales con un macho alfa no había alcanzado tal nivel en España hasta que llegó Sánchez a la Moncloa y Begoña Gómez se convirtió en la nueva Amy Martin, la «reina de África», la «experta en captación de fondos públicos europeos» que reparte su marido el presidente del Gobierno, la que, pese a que no cuenta con ninguna titulación universitaria oficial ni homologable, imparte cursos en una cátedra de la Complutense como «asesora en competitividad social», la que se siguió presentando como «directora del África Center» para justificar sus cargos en la Complutense, la *bien pagá* del tal Sánchez. Es verdad que *de bien nacidos es ser agradecidos* y el tal Sánchez sabe que les debe mucho a los Gómez, pues de no ser por el dinero de su suegro, el de las saunas —aunque lo de menos es el área económica en el que se desarrollaban y los productos con los que «comerciaba»—, nunca hubiera podido pagarse la campaña para volver a ganar las primarias del PSOE y catapultarse desde ahí a la Moncloa.

Y, cosas de la vida, Carlos Mulas —que además de dirigir la fundación formaba parte de las candidaturas del PSOE— estuvo a punto de reencontrarse en el Congreso de los Diputados con el tal Sánchez. El hecho se produjo cuando, en septiembre de 2014, Alfredo Pérez Rubalcaba renunció a su escaño de diputado cumpliendo el compromiso que adquirió al convocar congreso extraordinario para elegir un nuevo secretario general del PSOE tras la derrota sufrida por los socialistas en las elecciones europeas celebradas en

mayo de ese mismo año. Mulas era el siguiente de la lista que el PSOE presentó a las elecciones de 2011 por Madrid y los socialistas —particularmente Rubalcaba, que era quien le había cesado en la fundación y expulsado del PSOE— vivieron unos días de zozobra al no saber qué iba a hacer el individuo. Finalmente, el tipo que desde la Fundación Ideas dio cobijo y dinero al tal Sánchez anunció su renuncia: «Dentro del plazo marcado, y teniendo plena capacidad para ocupar el escaño si así lo deseara, hoy quiero informar de mi decisión de manera pública (…) He decidido continuar con mi compromiso profesional vigente con el Fondo Monetario Internacional, y no tomar posesión del escaño vacante en el Congreso de los Diputados».

Eso sí, Mulas aseguró que tomaba esa decisión diciendo «no» a varias voces socialistas que le apoyaban: «Antiguos colaboradores y amigos me han animado a dar un paso adelante y llevar al Parlamento mis ideas, por las que tanto trabajé durante años. Ciertamente, tomar posesión del escaño habría sido un honor y la culminación de una aspiración política…». No consta si entre los *amigos y colaboradores* que le animaban a recoger el acta estaba un tal Sánchez; tampoco consta lo contrario.

5

Sánchez gana las primarias en 2014 y el PSOE pasa a ser una empresa familiar

La pulsión maquiavélica que mueve a Pedro Sánchez constituye uno de los rasgos que conforman lo que en psicología se califica como la triada oscura. A un discípulo de Maquiavelo se le reconoce por su sed de poder, su egoísmo, su afán de manipular, por el enmascaramiento de sus actos, por la propensión al engaño y su bajo compromiso ideológico. Todos esos *ingredientes del mal carácter* se pueden percibir en la estrategia que Sánchez urdió para hacerse con el poder unipersonal en el seno del PSOE, liquidando una organización política centenaria en la que existían órganos internos de intermediación y control. Sánchez ha convertido lo que otrora fue un partido político de corte socialdemócrata en una sociedad limitada con todas las acciones a su nombre, una maquinaria que se mueve sin otra ideología o compromiso que mantener al tal Sánchez en el poder.

Esa operación de demolición del PSOE comenzó desde el mismo momento en el que en 2014 se hizo con el poder tras unas primarias jugadas con malas artes frente a Eduardo Madina y José Antonio Tapias; y culminó en el congreso de 2017 en el que Sánchez acabó con cualquier viso de democracia interna —otro precepto constitucional que tiró a la basura—. De este modo, liquidó el modelo de funcionamiento que había establecido el PSOE y que combinaba la democracia directa, al elegir al secretario general entre todos los afiliados, y la democracia representativa que era ejercida por los comités territoriales y el Comité Federal. Y lo que antaño fue una organización política se convirtió en un instrumento al servicio del propietario de la marca, en un conglomerado populista sin ningún tipo de freno o contrapeso interno y en el que la jerarquía es unipersonal y Pedro Sánchez detenta todo el poder. Del viejo PSOE solo quedó el logotipo.

Pero vayamos al momento en el que comienza a cristalizar su ambición de poder. El eterno segundón, el hombre que chupaba banquillo y hacía los mandados a los chicos de Pepiño mientras acumulaba resentimiento, consiguió hacerse con la Secretaría General del PSOE tras unas primarias celebradas el 13 de julio de 2014. En ellas compitieron tres candidatos: Eduardo Madina, que era en ese momento diputado por Vizcaya y portavoz del Grupo Socialista en el Congreso de los Diputados; José Antonio Pérez Tapias, que representaba al sector denominado Izquierda Socialista, y Pedro Sánchez, diputado por Madrid que se presentaba como «el candidato de las bases».

El proceso fue consecuencia de la decisión de Alfredo Pérez Rubalcaba de convocar un congreso extraordinario para los días 26 y 27 de julio de 2014 tras los resultados electorales adversos en las elecciones europeas celebradas el 25 mayo 2014 en las que el PSOE obtuvo 14 diputados, 9 menos que en las anteriores. La intención de Alfredo Pérez Rubalcaba era convocar un congreso que se rigiera por las mismas normas con las que Zapatero o él mismo habían sido elegidos. Tras la llegada de Susana Díaz a la presidencia de la Junta de Andalucía y a la Secretaría General de su partido en esa comunidad, Zapatero y sus asesores mediáticos más cercanos (Miguel Contreras en particular) habían decidido que ella era el líder que el PSOE necesitaba. Así que, en el momento en el que Rubalcaba dimitió sorpresivamente y convocó el congreso, la maquinaria se puso a trabajar para que Susana Díaz fuera elegida secretaria general por aclamación.

Eduardo Madina no había presentado su candidatura para el congreso federal que se celebró en Sevilla en febrero del año 2012, a pesar de que muchos socialistas llevaban desde el 2010 pidiéndole que diera el paso para liderar al PSOE. En aquel congreso compitieron por la Secretaría General Alfredo Pérez Rubalcaba y Carmen Chacón, y lo ganó el primero por un estrecho margen. Madina se veía «demasiado joven y poco hecho» y prefirió prepararse y madurar antes de intentar asumir la responsabilidad de dirigir el partido político en el que militaba desde que era un crío… y en tierra hostil. Y cuando Rubalcaba convocó el congreso, Madina condicionó la presentación de su candidatura a que el secretario general fuera elegido entre todos los afiliados a través de un proceso de primarias.

Edu Madina frustró el plan de la jerarquía de bendecir a Díaz en un congreso. Y Rubalcaba transigió, pues el Partido Socialista estaba entonces muy permeable al follón que la izquierda tenía fuera del PSOE y a todos los cambios que se estaban produciendo en Europa en las formas de elección y a

las demandas de apertura de los partidos políticos. Susana Díaz hizo público que ella no participaría en ese proceso de elección y Eduardo Madina, Pedro Sánchez y José Antonio Pérez Tapias anunciaron sus candidaturas.

Autodescartada Susana Díaz, los mismos socialistas que dos años atrás empujaban a Madina a presentarse giraron hacia Pedro Sánchez. Fue en ese momento cuando las federaciones socialistas de Andalucía, Madrid y Valencia, junto a José Luis Rodríguez Zapatero, se reunieron en el hotel AC La Finca, en Pozuelo de Alarcón, y le prometieron a Pedro Sánchez todo el apoyo de las tres grandes federaciones. En esa reunión, Pedro Sánchez aceptó ser secretario general y dejar que Susana Díaz fuera un año después candidata a la presidencia del Gobierno de España. El objetivo de Díaz era que no ganara Madina, a quien culpaba de haber provocado las primarias y haberle impedido ser nominada por aclamación en un congreso. El objetivo de Pedro Sánchez era engañar a Susana ofreciéndole el caramelo de la candidatura a la Moncloa. El objetivo de Tomás Gómez, entonces secretario general de la federación madrileña del PSOE, era colocarse en posición ganadora para el futuro. El objetivo de Zapatero era controlar el proceso y seguir mandando en la sombra. Todos perdieron porque Sánchez los engañó a todos.

Para el contexto resulta útil reseñar que esa reunión en el que estos «ilustres» socialistas le entregaron a Pedro Sánchez todo el poder se celebró el 19 de junio, en la tarde de la coronación del rey Felipe VI, tras la recepción en el Palacio Real. Ya ven en lo que estaban los del PSOE en ese instante tan trascendental para España: el mismo día en el que las Cortes proclamaban a Felipe VI rey de España, los barones del PSOE nombraban heredero a Pedro Sánchez. Y «las bases» socialistas en la inopia.

Para asegurarse el triunfo de Sánchez frente a Madina, los barones que lo nombraron heredero promovieron una tercera candidatura, la de Pérez Tapias, quien recibió avales de los de Sánchez porque no conseguía las 9.874 firmas que se requerían para poder formalizar la presentación de su candidatura. A Tapias, que defendía el referéndum de autodeterminación en Cataluña, Sánchez le prometió de todo para que no se retirara y mantuviera su candidatura hasta el final. O sea, también lo engañó; pero él consiguió su objetivo y ganó las primarias con el 47 por ciento de los votos frente al 38 por ciento de Madina. El 15 por ciento restante apoyaron a Tapias e hicieron secretario general a Sánchez.

Visto con una cierta perspectiva, yo creo que aquello fue consecuencia de un fallo sistémico del PSOE, un momento en el que se demostró que ese partido ya estaba muy tocado. Fíjense si estaban «tocados» los propios

militantes que, un par de años más tarde, Borrell confesó que él había votado a Tapias. Uno de los diputados socialistas que le oyó le preguntó, sorprendido, cómo era posible que él hubiera votado a un candidato que defendía el derecho de autodeterminación para Cataluña… Respuesta del ilustre comisario europeo: «Ya, bueno, pero no iba a ganar…». Ya ven, Borrell, el que se subió a una tribuna en Barcelona años más tarde para renegar del ibuprofeno, automedicándose.

Eduardo Madina y su equipo conocían el pacto de Pozuelo, pero no quisieron utilizarlo para desacreditar un proceso. También sabían que Sánchez ocultaba su participación en los órganos de Caja Madrid, que había recibido regalos como todos los miembros del consejo y que no se opuso a ninguna de las decisiones que llevaron a Caja Madrid a la ruina y a Blesa al banquillo de los acusados. Eran conscientes de que mentía sobre su licenciatura, que no era en económicas por la Complutense, sino en empresariales y obtenida en un colegio privado, el María Cristina, adscrito a la Universidad Complutense. Conocían que había trabajado durante años a sueldo de Pepe Blanco y que había desempeñado alguna actividad para la Fundación Ideas facturando desde fuera. Estaban al tanto de los negocios de su suegro, ocultados a conciencia por el candidato «feminista» y «de las bases».

Me consta que personas del equipo de Madina defendieron la necesidad de que los afiliados conocieran toda esa información relevante sobre el personaje antes de votar. Edu Madina, que sabía que iba a perder las primarias desde que se enteró de los pormenores de la reunión en La Finca, se negó a ello, pues creyó que sacar a relucir todas esas miserias solo serviría para enrarecer y ensuciar mucho más el ambiente en el seno del PSOE. Madina prefirió librar la batalla a su estilo. «Si actúo como él, seré como él… Las primarias no son para esto, yo no lo voy a hacer». Y no lo hizo.

Y Sánchez, que se presentaba como «el candidato de las bases», siguió adelante enfrentando a dirigentes con afiliados mientras las tres federaciones más poderosas del PSOE y el muñidor Zapatero ponían todo el aparato a su servicio. La sed de poder, el egoísmo, la manipulación, el enmascaramiento… son rasgos propios del maquiavelismo. Son atributos que acompañan a Sánchez desde siempre. Una vez más quedó demostrado que «los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz».

Y tras hacerse con el control del PSOE, el eterno segundón consiguió sentarse en el escaño del Congreso de los Diputados que antes había estado ocupado por González, por Almunia, por Zapatero y por Rubalcaba. Yo era

diputada nacional y portavoz de UPyD cuando en septiembre se reanudó el periodo de sesiones y el nuevo secretario general del PSOE inició una ronda de contactos con todos los grupos parlamentarios. Una mañana me llamó para proponerme una reunión.

—Claro —le dije—, sin problema, buscamos fecha… ¿Estás en el mismo despacho que utilizaba Rubalcaba?

Y entonces Sánchez me propuso que nos viéramos «de forma distendida, fuera del despacho…».

—Quedamos en la calle, citamos a la prensa para que recoja las imágenes, vamos dando un paseo hasta una cafetería, nos sentamos y charlamos tranquilamente… Yo creo que quedaría muy bien, una imagen más fresca, nuevo aire, más cercanos a la gente… ¿No crees?

—Pues mira, yo no lo veo así; vamos a tener una reunión de trabajo, un primer encuentro porque eres el nuevo jefe del Grupo Socialista, así que lo propio es que nos veamos en tu despacho…

—Mujer, yo creo que puede quedar muy bien…

Nos vimos en su despacho el 18 de septiembre de 2014. Hablamos, entre otras cosas, de la necesidad de iniciar un debate sereno sobre la reforma de la Constitución. Yo lo había defendido en varias ocasiones desde la tribuna del Congreso de los Diputados; el PSOE (y él también, por supuesto) había votado en contra. Él aceptó la necesidad de abordar una reforma que actualizara la Carta Magna. Yo le expliqué que la reforma habría de hacerse en la dirección contraria de la que pretendían los nacionalistas en general y los nacionalistas catalanes en particular, que ya habían convocado un primer referéndum para el 9 de noviembre de ese mismo año.

Él me empezó a hablar del «federalismo asimétrico» y todas esas mandangas que nadie sabe lo que significan. Yo le expliqué que la reforma había que hacerla precisamente para acabar con la asimetría de derechos que ya existía entre los ciudadanos españoles, que lo que era insostenible era que en España convivieran tres modelos: el centralista, del que eran herederas las Diputaciones Provinciales; el federal, que era el autonómico, pues, aunque no lo llamáramos federal, las comunidades autónomas tenían un grado de descentralización política mayor a muchos estados formalmente federales; y el confederal, derivado de la excepción navarra y vasca que consagraba la bilateralidad.

—Ya, pero la pluralidad y la diversidad, lo que representan las autonomías, también las históricas, es un signo de España…

Y le expliqué aquello de que no es lo mismo el derecho a la diversidad que la diversidad de derechos, y que el modelo actual era insostenible… Aunque Sánchez aún no formulaba expresamente eso de que «una nación es el sentimiento que tiene mucha gente…», me resultó evidente que ya estaba en ello. *Grandiosidad, enmascaramiento, propensión al engaño…* El narciso Sánchez había desembarcado en la dirección del PSOE y el *postureo* iba a ser una de sus máximas.

Siempre es importante conocer la verdad, pero cuando se trata de Pedro Sánchez ese hecho se convierte en una cuestión de legítima defensa. A lo mejor a los numerarios con carné de la empresa familiar en la que se ha convertido el Partido Socialista les da igual que Sánchez oculte y falsee la historia de su escalada en el PSOE. Pero a los españoles sí que nos importa conocer la historia real de un hombre que ha utilizado a su partido como banco de pruebas, y que una vez que comprobó que la falta de escrúpulos le reportaba beneficios personales —pues sus adversarios internos no estaban dispuestos a utilizar sus mismas armas contra él—, ha usado los mismos métodos para asaltar el poder y hacerse con la presidencia del Gobierno de España.

6

La venganza es un plato que Sánchez saborea frío

En tiempos de desmemoria institucionalizada, considero un deber ayudar a que Sánchez pase a la historia por todos sus merecimientos.

En octubre de 2010 se habían celebrado elecciones primarias para elegir el candidato del PSOE a la presidencia de la Comunidad de Madrid. Compitieron Tomás Gómez y Trinidad Jiménez que en aquel momento era ministra de Sanidad del Gobierno de Zapatero y que fue la persona que en 2006 ofició el matrimonio entre el tal Sánchez y la hija del dueño de la red de saunas gais más famosas de Madrid y a la que el tipo debía su puesto de consejero en Caja Madrid.

Un veterano diputado socialista me contó que en la primavera de ese año Pedro Sánchez le abordó en el patio del Congreso de los Diputados para preguntarle con ansiedad si conocía a algún militante del Partido Socialista de Madrid o a alguien que conociera a alguien… Y es que los chicos de Pepiño le habían encargado que buscara votos para que Trinidad Jiménez ganara en las referidas primarias. Sánchez, que había llegado de rebote al Congreso de los Diputados (ocupó el puesto número 21 en la candidatura que presentó el PSOE en Madrid en el año 2008 y obtuvieron 15 escaños, con lo que, acumulando resentimiento, tuvo que esperar a que se produjeran sucesivas dimisiones hasta que llegó el momento en que pudo recoger el acta de diputado), seguía trabajando de machaca para los chicos de Pepiño, como antes lo había hecho desde el ayuntamiento. Esas primarias las ganó Tomás Gómez, quien, años más tarde, en 2015, pudo comprobar en carne propia hasta qué punto Pedro Sánchez había seguido alimentando desde 2010 las ganas de venganza contra él.

Otro de los rasgos que caracterizan a un maquiavelo es la frialdad con la que ejecuta sus actos. Esa es la perspectiva con la que se explica lo que

ocurrió el día 10 de febrero de 2015, siete meses después de que Sánchez se hiciera con la Secretaría General del PSOE al ganar las primarias a Madina. Ese 10 de febrero, Pedro Sánchez destituyó de manera fulminante a Tomás Gómez como líder de los socialistas madrileños, al mismo líder regional que lo había ungido heredero en la reunión celebrada 234 días antes en La Finca y en la que se dieron cita, junto a Zapatero, las federaciones socialistas de Madrid, Comunidad Valenciana y Andalucía. Y es que, aunque habían transcurrido casi cinco años desde que Tomás Gómez derrotara en las primarias a la candidata para la que Sánchez trabajaba, el rencor y las ansias de venganza son dos *características de la psicopatía*. Así que, dando muestras de otros rasgos de su *personalidad narcisista*, el exhibicionismo y la arrogancia, Sánchez defenestró súbitamente a Gómez y a toda su ejecutiva, nombró una gestora y ordenó que se cambiaran las cerraduras de la sede del Partido Socialista de Madrid.

Cuando, a primera hora de la mañana del 11 de febrero de 2015, los trabajadores llegaron a la sede, se encontraron con agentes de seguridad privados enviados por la dirección federal del PSOE (o sea, por Sánchez) que les impidieron acceder a sus puestos de trabajo y los mandaron a su casa. Antes de marcharse, los trabajadores comprobaron que, efectivamente, habían cambiado la cerradura de acceso al que era su centro de trabajo. Observen que, en ese momento, el tal Sánchez llevaba al frente del PSOE menos de un año (ganó las primarias a Madina el 26 de julio de 2014) y ya se comportaba con los suyos como un auténtico caudillo. Esta actuación es en sí misma todo un ejemplo práctico de las conclusiones a las que llega Furnham en el trabajo que comentaba al principio de este libro: que un tipo con una personalidad como la que adorna a Sánchez tiene, de fábrica, una ventaja competitiva para dedicarse con éxito a la política. Sus adversarios difícilmente van a poder diseñar una estrategia para protegerse ante lo que es capaz de hacer en cada momento alguien que carece de escrúpulos y de remordimientos, un endiosado, un aspirante a caudillo. Como señaló Ungaretti: «No se puede pactar con las dificultades; o las vencemos o nos vencen». Pero, claro, para llegar a esa conclusión y actuar en consecuencia hay que olvidarse de los análisis políticos al uso y atenerse a lo que nos indican sus actos.

El caso Tomás Gómez es muy significativo de las consecuencias que pagó el PSOE por no evaluar a tiempo el riesgo de tener a un psicópata al mando. Tomás Gómez fue derrocado, destituido, por una decisión unipersonal de Sánchez, sin votación previa en su Ejecutiva ni en el Comité Regional de Madrid. El rencoroso Sánchez no solo cortó de tajo la carrera política de

Gómez, sino que para lograr ese objetivo no tuvo el más mínimo escrúpulo en destruir su reputación propalando, a través de sus entornos y su entonces brazo armado César Luena, el infundio de que Gómez iba a ser imputado por presuntos sobrecostes en el tranvía de Parla, acusación de la que fue declarado inocente por el Tribunal de Cuentas. Pero, para cuando eso sucedió, Gómez ya era historia.

Con la excusa de «regenerar» el partido y buscar un candidato mejor para Madrid, Sánchez se vengó de Gómez por no haberle reconocido su «valía» y haberlo colocado en puestos de no salida en el pasado. Y a la vez mandó un aviso a todos los discrepantes: esto es lo que te puede pasar si no obedeces y callas. Y así sigue; recuerden lo que en 2022 hizo con Joaquín Leguina, nada menos que expulsarlo del PSOE por ejercer su libertad.

La forma en la que Sánchez ejerció su poder para destruir a Tomás Gómez arruinando a la vez su reputación lo retrata como un hombre vengativo y cobarde, un tipo dispuesto a hacer cualquier cosa no solo para conseguir el poder, sino para ejercerlo de forma absoluta, sin ningún tipo de control, ni dentro ni fuera de su partido.

Resulta imprescindible que nos remontemos un poco en la historia del PSOE para comprender cómo hemos llegado hasta aquí, cómo eso que antes fue un partido ha caído en manos de un individuo de estas características y cómo ese tipo ha podido ascender a las más altas cotas de poder institucional en España. Por eso no sería justo atribuirle al tal Sánchez el mérito de la innovación en el uso de las malas prácticas en el seno de su organización, aunque hemos de reconocer que el déspota ejerce su poder con una chulería y desinhibición infinitamente superior a cualquiera que le haya precedido. Y también resulta interesante constatar que al mismo grupo de personas que organizó y perpetró el primer asalto a una sede del PSOE lo volvemos a encontrar entre los que colocaron una urna tras una cortina para falsificar los resultados de la votación del Comité Federal del PSOE celebrado el 1 de octubre de 2016 y que se zanjó con la dimisión de Sánchez y la elección de una gestora. Que son, a su vez, los mismos de los que se rodeaba Sánchez cuando decidió liquidar a Gómez.

Vayamos con los precedentes. Entre los días 10 y 12 de junio de 1988 se celebró en San Sebastián el congreso del Partido Socialista de Euskadi/EE del que saldría elegida la nueva Comisión Ejecutiva. Por escaso margen ganó la candidatura encabezada por Ramón Jáuregui como secretario general, con Juan Manuel Eguiagaray como vicesecretario general, y en la que la presidencia estaba ocupada por Txiki Benegas, que dejaba la Secretaría

General del PSE al haber asumido la Secretaría de Organización de la Comisión Ejecutiva Federal. La candidatura derrotada la dirigía Ricardo García Damborenea, secretario general del Partido Socialista en Vizcaya, y estaba apoyada por todo el aparato vizcaíno, del que ya formaban parte en el papel de machacas unos jóvenes socialistas que pronto llegarían a ascender en la pirámide de la mediocridad y las malas artes: Patxi López y Rodolfo Ares.

Al día siguiente de finalizar el congreso, la nueva Comisión Ejecutiva se dispuso a celebrar su primera reunión en la sede del PSE/EE, situada en la plaza de San José de Bilbao, en un edificio que compartían con la UGT. Cuando llegaron a la sede se encontraron con que los machacas de turno habían cambiado las cerraduras y la dirección del partido no pudo entrar.

Inútiles fueron sus llamadas a la dirección provincial del Partido Socialista (controlada por los machacas y dirigentes antes citados y que habían perdido el congreso del PSOE vasco) para que les entregaran las llaves. Y la Comisión Ejecutiva del PSE/PSOE tuvo que celebrar la reunión en un comedor privado de una cafetería llamada Verdes que estaba situada en los bajos del edificio.

Tampoco tuvieron éxito las llamadas que se produjeron los siguientes días para reponer la normalidad. La dirección presidida por Benegas (recuerden que era nada menos que secretario de organización del PSOE) terminó alquilando un piso en la plaza Campuzano y esa se convirtió en la nueva sede de los socialistas vascos. La dirección provincial (los Ares y López de turno) se quedaron de okupas con los despachos de la plaza de San José. Ya ven que apuntaban maneras para llegar a formar parte de la corte del faraón.

Como explicaba en un capítulo anterior, Sánchez emplea contra España los conocimientos adquiridos en el doctorado en malas prácticas que hizo en el PSOE, el único título que ha obtenido por méritos propios sin copiar y sin que nadie le escribiera los papeles; y la ausencia de un análisis correcto sobre el personaje es lo que ha impedido que seamos conscientes de que *el psicópata aplica contra su entorno las técnicas que aprende*. Y así, sin evaluar el peligro que representa para la sociedad en su conjunto que determinados personajes lleguen a detentar poder, es como hemos llegado hasta aquí. La deriva totalitaria en la que ha entrado el PSOE ya no es un problema de ese partido, sino que se ha convertido en un riesgo para la nación democrática.

7

Sánchez ha utilizado el PSOE como campo de pruebas para demoler el sistema democrático

Sánchez instauró en el PSOE un modelo de funcionamiento caudillista y su partido dejó de ser una organización política homologable con los partidos socialdemócratas europeos. Tras ganar las primarias y conseguir que su partido lograra en las urnas el mayor rechazo en la historia de la democracia, en el congreso de 2017 se aseguró de que nadie pudiera echarle del PSOE, convertido ya en una empresa familiar. Así que modificó los estatutos y liquidó la intermediación y los controles internos para convertir en ley el *modelo Erdoğan* que ya venía funcionando desde que, en mala lid y engañando a todos «los suyos», ganó las primarias en 2014. Y la empresa familiar Sánchez/Gómez (presupuestos y negocios del suegro por medio) se quedó con la marca y el logo.

Recuerden que *el psicópata aprende las técnicas y las aplica contra sus víctimas*. Para liquidar todos los controles democráticos, Sánchez aplicó en el PSOE una forma de actuar caracterizada por los factores que definen una personalidad descrita en psicología como la triada oscura: la *arrogancia, la ausencia de empatía, la manipulación, la sed infinita de poder, la frialdad en sus relaciones interpersonales, la agresividad, el rencor…* Cuando comprobó que ese método tenía éxito, se dispuso a ponerlo en práctica en la sociedad española. Y como para lograrlo necesitaba llegar a la Moncloa, diseñó una estrategia de asalto al poder similar a la que le había permitido hacerse con la dirección del PSOE, para lo que se dispuso a emprender todo tipo de tácticas, sin importarle los atajos que tuviera que utilizar o las líneas rojas que necesitara traspasar para lograr su objetivo. Capítulo por capítulo iremos comprobando hasta qué punto cada movimiento de Sánchez responde al único plan que tiene: hacerse con el poder y poder ejercerlo sin ningún tipo de control. Esa es su ideología.

Solo hay que repasar la hemeroteca para comprobar que desde el momento en el que Sánchez ocupó el palacio de la Moncloa viene utilizando contra la España constitucional la misma estrategia que desarrolló en el PSOE para gobernarlo como un caudillo. Llegó a Moncloa de forma fraudulenta, apoyado en un párrafo de una sentencia escrito *ad hoc* por un juez amigo —suprimido posteriormente por el Tribunal Supremo—, y una vez en el Gobierno comenzó a aplicar el plan, empezando por anular todos los órganos de control propios de un sistema democrático y dando los pasos necesarios para parasitar todas las instituciones del Estado.

Por eso, nada más llegar a la Moncloa, comenzó a tomar decisiones que, *de facto*, desmontaran el sistema del setenta y ocho, el modelo constitucional. Y para que el Ministerio Fiscal dejara de ser un órgano «que tiene por misión promover la acción de la justicia en defensa de la legalidad, de los derechos de los ciudadanos y del interés público tutelado por la ley (…) velar por la independencia de los tribunales y procurar ante estos la satisfacción del interés social» (artículo 124 de la CE), puso al frente de la Fiscalía General del Estado a Dolores Delgado, una afiliada del PSOE que acababa de ser ministra, que había sido candidata en las últimas elecciones y que había sido reprobada tres veces por las Cortes siendo ministra de Justicia. Y la Fiscalía se convirtió en el despacho de abogados de la defensa del Gobierno.

Para manipular a la opinión pública, puso al frente del Centro de Investigaciones Sociológicas a José Félix Tezanos, que era en aquel momento miembro de la Comisión Ejecutiva del PSOE y se ocupaba de hacer encuestas electorales para su partido y de interpretar las que hacían otras empresas demoscópicas. Y el «organismo autónomo de carácter administrativo, con personalidad jurídica y patrimonio propios, que tiene por finalidad el estudio científico de la sociedad española» pasó a ser la empresa de encuestas del PSOE pagada con el dinero de todos los españoles. Y a partir de entonces, todos los barómetros del CIS cumplieron la premisa de publicarse para influir en el próximo resultado electoral y no para informar «tras un estudio científico» sobre lo que pensaba la sociedad española en el momento en el que se realizaba la encuesta.

Para anular los controles democráticos aprovechó la pandemia y por dos veces consecutivas cerró inconstitucionalmente el Congreso de los Diputados. Y sin ningún tipo de control democrático sobre los actos del Gobierno, engañando a los ciudadanos y utilizando falsos informes de «expertos» que avalaban sus decisiones, con ruedas de prensa semanales en las que se filtraban y censuraban las preguntas de los periodistas, persiguiendo la

libertad de prensa y a los profesionales que la ejercían, con *desprecio hacia las opiniones de los demás, arrogancia y grandiosidad,* suspendió los derechos constitucionales de todos los españoles y nos encerró en casa.

Y, en un acto de exhibicionismo y soberbia, aprovechó el decreto que regulaba el primer estado de alarma para meter inconstitucionalmente a Pablo Iglesias en el CNI.

Y se valió de la pandemia para aprobar una ley de educación de forma exprés, sin dar participación ni escuchar al ámbito educativo, sin informes profesionales sobre las consecuencias de su aplicación y sin debate político, con el Parlamento cerrado y privado de su tarea de controlar al Ejecutivo. Una ley al servicio de un plan para ahondar en la división entre españoles; una ley que universaliza la educación en el odio y la mentira, algo que hasta ese momento era prerrogativa de las comunidades autónomas en las que gobiernan los partidos nacionalistas o en las que el Gobierno lo presiden los socialistas travestidos en nacionalistas.

Los decretos de desarrollo de la ley de educación llamada Celaá fueron un eslabón más del proceso de demolición del sistema educativo común emprendido por los socialistas y acelerado por Sánchez. A modo de ejemplo, que la asignatura de filosofía dejara de ser obligatoria venía sucediendo desde hace años, y no es casual que la primera comunidad autónoma que la eliminó entre las optativas fuera el País Vasco. No es casual porque la filosofía enseña a pensar y el pensamiento libre es muy peligroso para los liberticidas. El nacionalismo lo sabe y el socialismo también, por eso ambos lo atacan al unísono.

Una de las consecuencias más graves de los decretos que desarrollan la nueva ley de educación es que incrementan las horas obligatorias de entretenimiento, lo que llaman humanidades, lo que produce un vaciamiento del contenido real de las asignaturas. Los alumnos de la ESO llegarán a la universidad sin referencias (¿cómo se puede aprender historia sin cronología, cómo se puede conocer lo que fue la Revolución Industrial si no se ha estudiado previamente la historia de los romanos…?), pues les han «enseñado» que las opiniones tienen el mismo valor que los hechos, algo que resulta muy coherente con la ideología dominante en el Gobierno de España, que lo mismo niega la importancia de los hechos históricos que sustituye la naturaleza por la ideología de género, empeñados como están en convencernos de que lo que importa no es lo que eres, sino cómo te sientes.

Pero el hecho de que en España pervivan diecisiete sistemas educativos no solo deteriora la calidad de la educación, sino que al romper el currículum

común también se fractura el nexo entre ciudadanos españoles. Como se ha señalado en más de una ocasión, hace muchos años que se ha dejado de estudiar la historia de España, sus ríos, sus montes, su geografía, sus escritores ilustres, sus científicos. Vamos, todo lo que es común a todos los españoles. Cuando era diputada nacional y estaba preparando una intervención en la que defendía que el Estado recuperara la competencia en educación y que esta fuera indelegable, se me ocurrió mirar en cuántas comunidades autónomas se estudiaba la ubicación de las cuevas de Altamira. Era allá por el año 2008; y encontré cuatro comunidades autónomas en las que se ubicaban y estudiaban las cuevas de Altamira, que son patrimonio de la humanidad. En el resto de las autonomías se estudiaban las del tío Pacorro, las del silvo, las del arroyo, etc. Nada similar podría ocurrir en ningún país de nuestro entorno. Ni Alemania, ni Italia, ni Francia… Ninguna nación renunciaría a reivindicar la ubicación en su territorio de tan maravilloso tesoro.

La educación es el instrumento más cohesionador e igualitario que tiene un Gobierno en su mano. La ley de educación que promovió y aprobó Pedro Sánchez, con nocturnidad y alevosía, destruye esos dos principios básicos. Y lo hace a sabiendas, porque para que triunfe el proceso de demolición de la democracia en el que está embarcado desde que llegó a la Moncloa necesita dar la puntilla a la educación, elemento cohesionador entre ciudadanos, regiones y generaciones de españoles. Habremos de concluir que la ley de educación promovida por Sánchez fue un golpe estratégico contra la nación de ciudadanos libres e iguales que proclama la Constitución. Sánchez sabe lo útil que resulta, para conseguir su objetivo de gobernar como un caudillo, inocular en el sistema educativo el veneno del odio entre españoles y manipular o anular la historia común. Romper la Nación también es esto; y por ello Pedro Sánchez Pérez-Castejón merece ocupar *su lugar en la historia*.

Este fue uno de los ataques contra el orden constitucional que perpetró Sánchez mientras los españoles estábamos angustiados por la pandemia y por sus consecuencias, uno más de los pasos que habría de dar para cumplir el pacto suscrito con los golpistas para liquidar la Constitución del setenta y ocho al margen de la soberanía nacional. De aquella época son las declaraciones que pronunció en el banco azul el entonces ministro de Justicia, Juan Carlos Campo: «Estamos en un proceso constituyente…». Y Sánchez siguió adelante con su plan, y el muñidor del indulto a los condenados por el golpe contra la democracia perpetrado desde Cataluña es hoy magistrado del Tribunal Constitucional. Y la ministra que dio nombre a la ley para

institucionalizar el odio y la mentira en el sistema educativo fue premiada con una embajada en el Vaticano.

Todas estas decisiones tomadas por Sánchez para mandar en España como un caudillo no se pueden abordar solo desde el análisis político y, mucho menos, desde la perspectiva ideológica. Es la *vanidad, la arrogancia, la grandiosidad, la sobrevaloración…*, lo que le lleva a considerarse un ser superior al que no le son aplicables las normas del común de los mortales. Solo desde esa perspectiva (la tendencia al exhibicionismo y la autocomplacencia) puede comprenderse que utilice un acto de homenaje a una muerta para proclamar que él, convertido en el protagonista del acto, pasará a la historia por haber cambiado de sitio a un muerto… aunque para ello deba vincular su nombre al de un caudillo.

8

PSOE menguante, Sánchez creciente. Gana en primarias, pierde en las urnas

La etapa de Sánchez al frente del PSOE ha estado plagada de sonoros fracasos electorales, lo que nunca le hizo desistir de su estrategia política y, mucho menos, asumir alguna responsabilidad por haber llevado a su partido a la cota más baja de apoyo de los ciudadanos. Diré más: cuanto más claro era el rechazo de los ciudadanos en las urnas, más poder atesoraba Sánchez en el seno de su partido. Y aunque ese hecho resulte insoportable para un vanidoso patológico como él, lo compensa acaparando poder, que es lo único que le importa a un narciso maquiavélico. Vasos comunicantes de la triada oscura.

En septiembre de 2014, dos meses después de engañar a todos «los suyos» para conseguir ser secretario general del PSOE y ocho meses antes de las elecciones municipales que se celebraron en mayo de 2015, Sánchez proclamó solemnemente y en varias entrevistas que realizó en distintos medios de comunicación: «Podemos es populista, y el PSOE no pactará con ellos ni antes ni después de las próximas elecciones». Insistió: Podemos «es populismo», que «busca convertir a España en Venezuela», lo que conllevaría problemas, como «pobreza, cartillas de racionamiento, falta de democracia y desigualdad».

Una vez conseguidos los votos engañando a los ciudadanos sobre sus verdaderas intenciones, tras las elecciones municipales de mayo, Sánchez cerró pactos de gobierno municipales y autonómicos con Podemos en todos los lugares de España en los que la suma de ambos partidos les permitía desplazar al PP, aunque este hubiera ganado las elecciones. Sánchez justificó el cambio de posición que le permitía gobernar en coalición con quienes traerán a España «pobreza, cartillas de racionamiento, falta de democracia y, sobre todo, desigualdad» en el hecho de que «Podemos es un partido que está en las instituciones» y «ya no nos llama casta».

Y, engañando al respetable, ante el primer Comité Federal celebrado tras las elecciones municipales de mayo 2015, proclamó que el PSOE hablaría con todos «salvo PP y Bildu». Esa comparación entre víctimas y verdugos, entre demócratas y totalitarios que han llegado a las instituciones por y para defender la ideología de quienes instauraron ochocientas cincuenta y siete víctimas inocentes entre nuestros compatriotas, retrata su catadura moral. Por cosas como esta es por lo que el tal Sánchez *merece pasar a la historia*.

Y entregado a seguir con el engaño previo a las elecciones generales, Sánchez defendió los pactos con el PNV tras las elecciones municipales porque «produce Gobiernos democráticos y estables» en las instituciones vascas y puso como ejemplo que gracias a esos acuerdos habían «echado a Bildu» de la Diputación de Guipúzcoa. Faltaba poco para que se arrojase en los brazos de Bildu tras asignar a Otegi la condición de hombre de Estado y a Bildu, la marca heredera de ETA que continúa honrando su historia de terror, su adscripción al bloque de izquierdas que él lidera. Si algo ha demostrado Sánchez a lo largo de su trayectoria es que con él todo es posible, desde el «sí es sí» al «no es no»… o viceversa. Todo menos decir la verdad.

Así las cosas, a Sánchez le llegó la oportunidad de ser por primera vez candidato a la presidencia del Gobierno de España en las elecciones generales que se celebraron el 20 de diciembre de 2015. Obtuvo 90 diputados, 20 menos que los conseguidos por el PSOE en el año 2011, cuando el candidato fue Alfredo Pérez Rubalcaba.

Tras esa aplastante derrota electoral que supuso el peor resultado de la historia del PSOE (28 diputados menos que en las primeras elecciones democráticas celebradas en 1977), Sánchez se presentó ante el Comité Federal de su partido —que aún funcionaba como un órgano de control democrático de la Comisión Ejecutiva— negándose a asumir la más mínima responsabilidad por el resultado. Que si «los ciclos políticos no son de solo cuatro años», que si «la derecha y los poderes fácticos se han aliado contra el PSOE», que si el PSOE «había aguantado como segunda fuerza, siendo la alternativa al PP…». Solo desde el análisis psicológico es posible comprender su sobreactuación ante el Comité Federal y la soberbia de que hizo gala tras el fracaso electoral; porque él, *que desprecia a los demás* (un síntoma del narcisismo), nunca será responsable de nada de lo que ocurra. La *ausencia de remordimiento y culpa, la agresividad, el rencor* (rasgos de la psicopatía) contra quien no le venera o se atreve a discrepar (Tomás Gómez es un ejemplo de su primer momento al frente del PSOE; Joaquín Leguina es otro muy reciente), *la arrogancia, la autocomplacencia, la irritabilidad ante la*

crítica y el bajo compromiso ideológico (rasgos del narcisismo) son huellas indelebles de todos sus actos. Y es que un tipo adornado con los tres elementos del mal carácter —narcisismo, maquiavelismo y psicopatía— jamás asumirá ningún tipo de responsabilidad por las consecuencias de sus actos. La culpa será de otro, siempre será de otro.

El Pedro Sánchez que entró en la campaña de las generales de 2015 con el objetivo declarado de desbancar al PP («No contemplo otra opción que ganar») fue rebajando sus expectativas y días antes de las elecciones ya había conseguido que su tropa —la llaman «las bases»— se conformara con no quedar por debajo del listón de los 100 diputados. Y tras el batacazo electoral, una vez que tenía a «las bases» bien magreadas, con la *autocomplacencia* propia de todo narciso, destacó el «mérito» de haber retenido por los pelos la primera plaza de la oposición.

Y aprovechando la euforia momentánea de una tropa que se temía lo peor y a la que convenientemente le había inoculado el virus para que se sintiera reconfortada porque el Partido Popular había perdido más diputados que el PSOE y porque los de Podemos y la suma de sus «mareas» no habían conseguido desplazarlos al tercer puesto, Sánchez enhebró el discurso de *lo menos malo* para convertir en una victoria la mayor de las derrotas de su partido.

El silencio y la autocomplacencia de la militancia socialista ante tal situación de descalabro solo era posible en un PSOE en el que el odio a la derecha pesaba mucho más que su capacidad crítica. Sánchez, ayuno de ideología —el *bajo compromiso ideológico*, otro de los perfiles de una personalidad maquiavélica—, liquidó la vocación de mayoría vertebradora que existía en el seno del PSOE cuando era un partido político y no una empresa familiar y la sustituyó por el odio a la derecha y la ambición de poder. Y las bajas expectativas, emocionalmente utilizadas por Sánchez desde la misma noche electoral, ayudaron a enmascarar una derrota derivada del abandono en masa de los tradicionalmente votantes socialdemócratas.

Por citar un ejemplo que se mencionaba aquellos días para comparar situaciones: cuando Rafael Simancas, en el año 2007, perdió las elecciones autonómicas en Madrid obteniendo un 33,5 por ciento de los votos, en el seno del PSOE, de manera unánime, aquello se consideró un fracaso. Cuando Ángel Gabilondo obtuvo en mayo de 2015 el 25,4 por ciento de los votos y convirtió al PSOE en la tercera fuerza política —por detrás de una escisión de Podemos—, en el PSOE de Sánchez se consideró un éxito. Entre ambos

hechos y sus correspondientes valoraciones solo habían transcurrido unos años; pero en el camino había muerto un partido político.

En esas primeras elecciones en las que Sánchez testó el apoyo de los ciudadanos como candidato, el PSOE obtuvo en las urnas 5.530.779 votos, un millón y medio menos de los obtenidos por Alfredo Pérez Rubalcaba tan solo cuatro años antes. Pero nadie, ni siquiera en el Comité Federal, pidió su dimisión; y es que para ese momento el PSOE ya era una empresa familiar, aunque los propios militantes y dirigentes —y no les digo la pléyade de comentaristas y prescriptores de opinión afines a la causa— aún no se hubieran enterado de que el PSOE había muerto.

A pesar del batacazo —o quizá precisamente abrumados por él—, durante las más de cuarenta intervenciones que se produjeron en aquel cónclave celebrado el 28 de diciembre de 2015 nadie cuestionó expresamente el liderazgo de Sánchez, aunque durante toda la reunión sobrevoló la necesidad de que se celebrara el congreso federal para elegir nuevo secretario general cuando estatutariamente correspondía, en la primavera de 2016, para lo que la Comisión Ejecutiva, o sea, Sánchez, habría de convocarlo en las próximas semanas. Por supuesto que Sánchez no recogió ese guante y nadie planteó una votación formal para provocar la celebración del Congreso con arreglo a sus propias normas. Así que la cuestión quedó pendiente hasta una próxima reunión del Comité Federal. Y nunca más se supo.

Sánchez había anunciado durante la campaña electoral que estaba dispuesto a hablar tanto con Podemos (que «ha modulado mucho su discurso durante los últimos meses») como con Ciudadanos («la derecha moderna, europea…»), aunque no contemplaba «ningún otro escenario que no sea ganar las elecciones». Sin embargo, y tras el batacazo infligido por los ciudadanos españoles a la marca PSOE y a su candidato, el Comité Federal sí que abordó la política de pactos y puso algunas líneas rojas, como que Sánchez no podía sentarse a negociar si antes Podemos no renunciaba al referéndum de autodeterminación en Cataluña. Durante la reunión del máximo órgano del PSOE entre congresos, Sánchez verbalizó con rotundidad y en varias ocasiones la asunción de ese compromiso. También insistió en que, en caso de que Rajoy no consiguiera superar la investidura, intentaría alcanzar pactos «con todas las fuerzas políticas», pero «no voy a ser presidente a cualquier precio», «no aceptaré el derecho a decidir» y las negociaciones se harían «con luz y taquígrafos». «La unidad de España —dijo— no puede estar sobre la mesa». Tampoco el derecho de autodeterminación: «No cedimos nunca. Y no lo haremos porque nos lo proponga un tercero. Creemos en nuestro país»,

proclamó para tranquilizar a las voces que insistían en condicionar sus conversaciones con Podemos. A la vista está el resultado de ese autoengaño al que se sometió el PSOE a través de sus dirigentes.

Tras el tortazo que los ciudadanos propinaron en las urnas al PSOE, Sánchez desarrolló toda su capacidad para *enmascarar* y pintar un panorama alternativo a la realidad. Y si el peor resultado de la historia del PSOE se le antojó como una demostración de que los españoles querían «cambio» (20 diputados menos para su partido) y «diálogo», se empeñó en explicar esa pulsión ciudadana de rechazo a lo que representaba ya entonces el PSOE como una orden para vetar el diálogo con el Partido Popular, con quien se negó a hablar, a pesar de que el voto de los ciudadanos lo había situado como la primera fuerza parlamentaria.

Los españoles, proclamó Sánchez, quieren «políticos que no les mientan» y un cambio para cohesionar «todo lo que la derecha ha fracturado». Dijo que en esa «nueva política» no caben las «imposiciones», sino construir un «catálogo» de cuestiones que acercan a los partidos. «No vamos a buscar ni cordones sanitarios ni líneas rojas ni trincheras ni atalayas». Y, a partir de ahí, se dispuso a desdecirse en la práctica de todas sus afirmaciones. A la vista está que cuando se trata de la palabra de Sánchez la única verdad es que hará lo contrario de lo que promete.

9

Sánchez fracasa clamorosamente en su primer intento de investidura

Transcurrido el tiempo preceptivo tras la celebración de las elecciones, el rey inició con todos los grupos parlamentarios la ronda de consultas para designar candidato a la presidencia del Gobierno. El 22 de enero, Sánchez le expresó al rey su decisión cerrada de votar en contra de la investidura de Rajoy. Iglesias le propuso a Sánchez como presidente y a él mismo como vicepresidente. Rivera le dijo al rey que debía intentarse que hubiera investidura, y que su grupo (40 diputados) se abstendría para facilitar un acuerdo entre PP y PSOE.

Tras finalizar las consultas, el rey designó a Rajoy candidato para la investidura. El 23 de enero y tras conocerse la oferta de Gobierno de Podemos al PSOE, Rajoy le comunicó al rey que en ese momento no estaba en condiciones para sacar adelante el encargo de formar Gobierno y que «seguirá trabajando para lograr una mayoría suficiente». «No renuncio a nada, no le he dicho no a mi investidura… Creo que debemos dar tiempo y margen al diálogo por el interés general de España. Mantengo mi candidatura a la presidencia del Gobierno de España».

Pero tiempo era lo único que Sánchez no estaba dispuesto a darle ni a Rajoy ni a nadie. Él, desahuciado como candidato por los ciudadanos, encontró su oportunidad y se dispuso a mercadear todo lo que sea necesario para logar alzarse con el poder. No esperó el inicio de la segunda ronda de consultas del rey y el mismo día 23 de enero suplantó al jefe del Estado y llamó a Iglesias y a Rivera para explorar un acuerdo a tres bandas. Rivera le dijo públicamente que con Iglesias no; Iglesias le dijo públicamente que con Rivera no. Pero él, en secreto, mintiendo a ambos y engañando a la opinión pública, siguió negociando a tres bandas.

Y cuando el 2 de febrero de 2016 y tras una segunda ronda de consultas, el rey le propuso que fuera candidato a la investidura, Sánchez aceptó la encomienda pidiéndole un plazo de «dos o tres semanas» para acordar un pacto de Gobierno que le diese la mayoría parlamentaria requerida. Para ese momento, sin haber abandonado la idea de hacer un acuerdo a tres, Sánchez ya había avanzado en el pacto entre PSOE y Ciudadanos, aunque Rivera públicamente siguiese presentándose como candidato a «engrasar» un acuerdo entre PSOE y PP. Que los equipos de Ciudadanos y el PSOE estaban negociando desde el minuto uno tras la renuncia de Rajoy quedó demostrado cuando el día 24 de enero Sánchez anunció un acuerdo de legislatura entre ambas formaciones políticas que contenía nada menos que cien medidas entre las que destacaban cinco exigencias de Ciudadanos de abordar una reforma exprés de la Constitución que Sánchez asumió con total cinismo y desparpajo, a pesar de que no podrían llevarse a cabo sin los votos del Partido Popular. Pero como el papel lo soporta todo y a Sánchez lo único que le importaba era obtener el poder, firmaba lo que hiciese falta con quien fuese y como fuese. Y como necesitaba al menos la abstención de los de Iglesias (Ciudadanos y PSOE sumaban solo 130 escaños), siguió adelante a ver si en el debate engatusaba a Iglesias con el discurso de «derrotar a la derecha» y lograba que sumase sus votos y renunciase a ser vicepresidente.

Pero cuando el día 2 de marzo se celebró la primera sesión del debate de investidura, Pablo Iglesias anunció que votaría en contra y arremetió contra el PSOE: «Son las siglas del partido de mi abuelo… Contó y cuenta con mujeres y hombres de gran valía con los que nos gustaría poder trabajar… pero su partido (el de Sánchez) fue también el partido del crimen de Estado, desconfíe, señor Sánchez, de aquellos que tienen manchado su pasado de cal viva». Y tras la réplica de Sánchez, en la que este le recordó que se cumplían ocho años del asesinato del socialista Isaías Carrasco a manos de aquellos que su formación calificaba como presos políticos (el propio Iglesias había hecho un tuit alegrándose de la salida de la cárcel de Otegi y afirmando que «nadie debería ir a la cárcel por sus ideas»), Iglesias le espetó: «Ha hecho usted una cosa hoy que es grave, muy grave, utilizar la memoria de las víctimas del terrorismo para atacar a un rival político, es una actitud… miserable e impropia de quien quiere ser presidente del Gobierno». Recordar es un deber: Iglesias, acusando al PSOE de ser criminales que utilizan la cal viva y de aprovechar a las víctimas de ETA… Esta es la gente con la que Sánchez ha suscrito un pacto de sangre para mantenerse en el poder. También por esto *merece pasar a la historia*.

Y el 4 de marzo de 2016, por primera vez en la historia de la democracia, Sánchez fracasó en su intento de lograr los votos necesarios para que saliera adelante su investidura. Es lo que tiene el resultado de las urnas, tan molestas para un caudillo: 131 votos a favor, 219 votos en contra. A Sánchez aún no le había dado tiempo a preparar a su empresa familiar para llevar a cabo el pacto Frankenstein que ya entonces estaba pergeñando. Él mantenía un discurso público en el que llamaba terroristas a los terroristas y seguía proclamando: «Yo no voy a permitir que la gobernabilidad de España descanse en partidos independentistas»; mientras, de forma paralela a esos discursos de firmeza democrática y ocultándoselo a todo el mundo, estaba allanando el camino para lo que vendría después.

Estoy plenamente convencida de que Sánchez salió de aquella fracasada sesión de investidura con la misma actitud anímica que refleja la promesa de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*: «Aunque tenga que mentir, robar engañar o matar, a Dios pongo por testigo de que jamás volveré a pasar hambre». Porque esa fue la última vez en la que Sánchez vio frenado su asalto al poder por respetar algunas líneas rojas, no ideológicas, sino democráticas. Y desde ese momento, haciendo *lo que sea y con quien sea, jamás volvió a pasar hambre* de poder.

10

Elecciones de 2016. Sánchez se supera: todo lo que puede empeorar empeora

Tras el clamoroso fracaso de Sánchez en su primer intento de *asaltar el poder* sin tener en cuenta el rechazo que los ciudadanos le habían mostrado en las urnas, y una vez constatada la imposibilidad de encontrar un candidato que alcanzara la mayoría suficiente para formar Gobierno, el 26 de junio se celebraron nuevas elecciones generales. El Partido Popular, con el mismo candidato, Mariano Rajoy, revalidó su primera plaza y obtuvo 137 escaños, 14 más que seis meses antes. El PSOE, con el mismo candidato, Pedro Sánchez, obtuvo 85 escaños, 5 menos que en las anteriores elecciones que ya habían propinado al PSOE su peor resultado histórico. Ciudadanos, con el mismo candidato, Albert Rivera, obtuvo 32 escaños, 8 menos que seis meses antes. Y Podemos, también con el mismo candidato, Pablo Iglesias, obtuvo 45 diputados, 3 más que en las anteriores, si bien con la suma de sus «mareas» y de los dos diputados de IU se mantuvo en el resultado anterior de 71 diputados.

Una lectura aséptica de los números nos permitiría afirmar que los ciudadanos penalizaron la arrogancia de Sánchez al presentar su candidatura contra viento y marea, sin tener en cuenta los votos obtenidos y mostrando un rasgo propio de la personalidad de un narcisista, *la necesidad de atención y admiración solo por darse el gusto de acaparar atención*. Los ciudadanos también penalizaron a Albert Rivera por acompañar al aventurero mientras que Pablo Iglesias mantuvo su posición. Y Rajoy, que había recibido todo tipo de críticas por su *paso a un lado*, salió reforzado. Sánchez no solo no hizo ninguna autocrítica por ese resultado electoral, sino que aceleró el camino para forzar sus pactos con los populistas de extrema izquierda y los comunistas y evitar *volver a pasar hambre*.

Las elecciones de 2015, con la irrupción de dos nuevos partidos con un fuerte respaldo electoral, abrieron un escenario inédito hasta ese momento en España. Por primera vez el partido que ganaba las elecciones estaba tan lejos de la mayoría absoluta que requería del apoyo o el acuerdo con al menos tres formaciones políticas para poder llegar a formar Gobierno.

Y en el seno del PSOE, ante la nueva debacle, se intensificó el debate sobre la política de pactos que ya se había planteado, en clave de líneas rojas, en el Comité Federal de enero de 2016, tras el primer gran fracaso electoral de Pedro Sánchez. Muchas voces del Partido Socialista insistieron en la necesidad de que Sánchez se comprometiera ante el órgano federal del PSOE a que no pactaría con proetarras y/o con los partidos independentistas que ya habían iniciado un proceso de ruptura interna en España y que, a pesar de la suspensión del Tribunal Supremo, habían convocado y celebrado un referéndum «consultivo» a favor de la autodeterminación de Cataluña el 9 de noviembre de 2014. Y para acallar esas voces sin renunciar a un nuevo intento de investidura, Sánchez proclamó como propia la tesis democrática básica de que nunca haría depender su Gobierno de un pacto con los enemigos declarados de la democracia. Los acontecimientos que después se desarrollaron dan testimonio de que esa fue la última vez en la que Sánchez se vio obligado a respetar algunas líneas rojas que impidieron su asalto al poder.

Una vez proclamados los resultados electorales de junio de 2016, no cabían más que dos opciones para acabar con la prolongada etapa de un Gobierno en funciones. Una era la abstención del PSOE en la investidura de Rajoy, el único líder que había salido reforzado por los ciudadanos; la otra era la repetición, por tercera vez, de las elecciones. No había un escenario alternativo, pues la fallida investidura de Sánchez ya había demostrado que el acuerdo, al alimón, con Ciudadanos y Podemos era imposible y un pacto con uno u otro seguía sin sumar los escaños necesarios tras la nueva humillación infligida por los ciudadanos a Sánchez con el subsiguiente recorte de votos. Y dado que Sánchez se había comprometido durante la campaña a que no provocaría un nuevo inicio fallido de legislatura, todos quisieron creer que los acontecimientos se desarrollarían en esa dinámica. Pero ya se sabe que a Sánchez le dura la palabra lo que tarda en salir de sus labios o llegar al oído de quien le escuche, y que la única manera de no equivocarse con este hombre es creer que hará lo contrario de lo que promete.

Decidido a *no volver a pasar hambre,* Sánchez se puso a trabajar en una tercera opción que consistía en forjar un acuerdo de toda la Cámara salvo el PP y Ciudadanos. Recuerden que el tipo acababa de suscribir un acuerdo de

cien puntos con Ciudadanos y en menos de seis meses ya estaba tirando por la borda a sus socios para conseguir el poder como fuese y con quien fuese. Esa opción que Sánchez comenzó a elaborar, engañando a todos sus compañeros del partido incluido el Comité Federal y muchos miembros de su Comisión Ejecutiva, era la que Podemos había sostenido durante la primera fallida investidura. Pero como mientras negociaba con Podemos, comunistas, separatistas, proetarras y nacionalistas de todo tipo y condición, Sánchez seguía manteniendo públicamente su compromiso de evitar la repetición de las elecciones, la opinión pública llegó a creer que el PSOE sabía lo que tenía que hacer y que Sánchez cumpliría su palabra. Pero quien sabía lo que tenía que hacer para *no volver a pasar hambre* era Sánchez; y también conocía a las bases socialistas sectarizadas hasta el extremo que le habían elegido en primarias y que a esas alturas odiaban más al Partido Popular que a los enemigos jurados y mortales de la democracia.

Así que Sánchez siguió mintiendo a su partido y a los ciudadanos manteniendo el bloqueo institucional y negociando con sordina hasta que pasaran las elecciones autonómicas en Galicia y en el País Vasco. Tiempo después, Felipe González hizo declaraciones confesando que a él también lo había engañado Sánchez durante aquellos meses: «El 29 de junio me explicó que pasaba a la oposición, que no intentaría ningún Gobierno alternativo y que votaría inicialmente contra la investidura del Gobierno del PP, pero que en segunda votación pasaría a la abstención para no impedir la formación de Gobierno». Y continuó: «Si ha cambiado de posición, desde luego no se lo ha explicado a nadie, tendrá sus razones…, es que no entiendo las razones para producir un cambio de esa naturaleza que crea tanta confusión en el partido y mucha más en el país».

El 25 de septiembre de 2016, mientras Sánchez trababa en la sombra el pacto con aquellos partidos de los que públicamente renegaba, se celebraron elecciones autonómicas en el País Vasco y en Galicia. Y para confirmar que si depende de Sánchez todo lo que puede empeorar empeora, el varapalo electoral fue monumental y el PSOE obtuvo el peor resultado de su historia, siendo adelantado por Podemos en ambas circunscripciones y quedando en el País Vasco empatado a escaños con el Partido Popular.

La reacción de Sánchez ante los catastróficos resultados cosechados por su partido no se hizo esperar: a menor apoyo de los ciudadanos, más necesidad de poder autocrático y absoluto en el seno de su organización. Por eso, lejos de hacer autocrítica y asumir como propio el descalabro electoral de su partido, del que era dueño y señor absoluto (él había hecho las listas, él

había diseñado la campaña, él la había protagonizado…), en plena crisis de bloqueo institucional, y mientras negociaba bajo la mesa el primer acuerdo Frankenstein para el Gobierno de España, con la sesión de investidura convocada para el día 29 de octubre, Sánchez hizo un llamamiento para una reunión de la comisión permanente de su Ejecutiva (ni siquiera a toda la Comisión Ejecutiva). Tras un duro debate de más de cuatro horas y sin votación, dieron por aprobada su propuesta de celebrar elecciones primarias el 23 de octubre (seis días antes del debate de investidura) y el congreso del partido en diciembre. Y para ratificar todo ello convocó Comité Federal el 1 de octubre de 2016.

11

Sánchez prepara su 1 de octubre. Urnas tras las cortinas

La última palabra para convocar las primarias y el congreso federal la tenía el Comité Federal, que Sánchez convocó para el 1 de octubre de 2016. Varios miembros de la dirección del Partido Socialista, comenzando por la presidenta del PSOE, Micaela Navarro, se opusieron a la maniobra irresponsable y populista de Pedro Sánchez de convocar primarias y congreso del PSOE en plena crisis institucional. Quienes pensaban que no era el momento de que el Partido Socialista —que arrastraba fracaso tras fracaso electoral tras la llegada de Sánchez al poder orgánico— se pusiera a hablar «de lo suyo» y planteara un nuevo escenario de incertidumbre en la sociedad española defendían que el candidato cumpliera con la palabra dada y no provocara unas terceras elecciones; y sostenían que la maniobra de Sánchez era una cortina de humo para tapar los nefastos resultados obtenidos en las urnas. A esas apelaciones, Sánchez contestaba que lo prioritario en ese momento era «reforzar la Comisión Ejecutiva» (traducido, echar a los que no se sometían a él en silencio) y «abrir un debate sobre qué modelo de partido se quiere», o sea, liquidar estatutariamente todo tipo de control político sobre la Comisión Ejecutiva.

Javier Lambán y Emiliano García Page (quién los ha visto y quién los ve…) comparecieron en rueda de prensa conjunta para advertir de que «sería una irresponsabilidad embarcarse en ese momento en un debate interno y desdecirse de lo acordado en abril», y defendieron que el congreso del partido se celebrara en tiempo y forma y después de que en España hubiera Gobierno. Y Eduardo Madina advirtió de que un congreso anticipado, convocado a días del debate de investidura, abocaría a unas terceras elecciones en diciembre, que era justo lo que pretendía Sánchez.

Así las cosas, con el Partido Socialista sumido en una profunda crisis, con el país bloqueado tras la celebración de unas segundas elecciones generales y la amenaza de unas terceras en el horizonte, con el gran perdedor de los comicios tanto generales como autonómicos encaramado en su torre, negándose a cumplir su compromiso de no propiciar unas terceras elecciones, el día 28 de septiembre de 2016, tres días antes de que se celebrara la reunión del Comité Federal, diecisiete miembros de la Comisión Ejecutiva Federal presentaron su dimisión. La Ejecutiva se quedó con la mitad menos uno de sus miembros, lo que, según los estatutos del partido, debía provocar la dimisión del secretario general, la disolución de la Ejecutiva y la convocatoria de un Comité Federal que nombrara una gestora para dirigir el partido hasta que se celebrara un congreso y eligiera a la nueva dirección.

Esa misma tarde, Sánchez le mandó a César Luena, su entonces mano derecha para los recados y secretario de organización, que explicara en rueda de prensa que se sentía completamente legitimado, que no estaba entre sus planes que se nombrara una gestora, que él seguía al mando, y que iban a celebrar una nueva reunión de la Ejecutiva sin los diecisiete dimisionarios y que mantenían la convocatoria del Comité Federal previsto el 1 de octubre de 2016 en el que sometería a votación la convocatoria de primarias para el 23 de octubre y el congreso extraordinario para los primeros días de diciembre. *Arrogancia, frialdad, sobrevaloración y desprecio hacia los demás*, los síntomas de una mente en la que concurren los tres factores del mal carácter. Parece que los clásicos del PSOE, tan listos como eran todos ellos, no eran conscientes de con quién se estaban jugando los cuartos.

En ese clima de enfrentamiento político y tensión, se celebró el 1 de octubre de 2016 la reunión del Comité Federal. Sánchez siguió adelante con su plan, rechazó que le fueran de aplicación los estatutos que le obligaban a dimitir al haberse quedado en minoría —*sobrevaloración, arrogancia, irritabilidad ante la crítica…*— y no aceptó ni siquiera que se votara ningún cambio en el orden del día.

Y sometió a votación la convocatoria de primarias y el congreso extraordinario. Su plan era salir elegido por cuatro años, al margen de los votos que obtuviera en unas nuevas elecciones generales, que a la vista de los catastróficos resultados encadenados desde que él era el secretario general podían provocar que el PSOE dejara de ser la segunda fuerza política nacional. Y también necesitaba un plazo de cuatro años para seguir engrasando las alianzas que negaba y que estaba trabando con las fuerzas reaccionarias, proetarras, golpistas, bolivarianas, comunistas…, con los

mismos que un año más tarde le apoyaron para ganar una fraudulenta moción de censura.

Una serie de miembros del Comité Federal solicitaron que la votación se celebrara a mano alzada, a lo que Sánchez se negó. Y comenzó el proceso. Y entonces descubrieron que habían escondido una urna detrás una cortina y que allí, sin censo, sin interventores, sin control de los votos, los escuderos de Sánchez, Luena y Ares, estaban supervisando el proceso para falsificar el resultado. Ante tal escándalo, varios miembros del Comité Federal comenzaron a recoger el 20 por ciento necesario de firmas para presentar allí mismo una moción de censura contra Sánchez y en unos minutos reunieron las más de medio centenar de rúbricas requeridas. Descubierto el fraude, Sánchez aceptó la votación a mano alzada. Y perdió: 107 votos a favor de su propuesta, 132 votos en contra. Y ahí sí, tuvo que dimitir.

Lo que un año más tarde ocurrió en Cataluña (urnas y votos sin control para falsificar el resultado) tuvo su antecedente en el Comité Federal del PSOE. El primer 1 de octubre fraudulento, con urnas tras las cortinas, lo protagonizó Pedro Sánchez Pérez-Castejón. Por eso también *merece pasar a la historia*.

Ese mismo día, el Comité Federal eligió una gestora presidida por el dirigente asturiano Javier Fernández y convocó una nueva reunión para el día 23 en la que se fijaría posición sobre el debate de investidura previsto para el día 29 de octubre. En esa nueva reunión del máximo órgano entre congresos, se presentaron dos resoluciones. Elena Valenciano defendió que el PSOE se abstuviera en segunda votación. Txarli Prieto, otro socialista vasco, alavés por más señas, defendió el no. Ganó la abstención por más de 60 votos de diferencia.

Y tras nueve meses de Gobierno en funciones, el Congreso de los Diputados votó y eligió a Mariano Rajoy como presidente del Gobierno de España. Y en el primer debate tras esa elección se evidenció lo que iba a ser la Cámara Baja desde ese momento. Analistas políticos y prescriptores de opinión en general nos llamaron exagerados a quienes alertábamos sobre la gravedad de los hechos que vivimos, y que denunciábamos que aquella forma de comportarse era la antesala de lo que iba a ser la legislatura. Apenas nadie quiso ser consciente de lo que suponía que uno de los partidos presentes en la Cámara, Podemos, apoyara una convocatoria de «rodea el Congreso» al grito de «No nos representan» el día en que tomaba posesión Mariano Rajoy. Lo que ocurriría años más tarde en Washington y Brasil tiene sus antecedentes en España; aquí lo protagonizó un partido que gobierna nuestro país en alianza

con el Partido Socialista Obrero Español. También por ese hecho —aliarse con golpistas de todo tipo y condición— Pedro Sánchez Pérez-Castejón *merece pasar a la historia*.

Una mayoría de prescriptores de opinión prefirieron minusvalorar la gravedad de que los diputados salieran a la calle a rodear la sede en la que reside la soberanía nacional en un intento de deslegitimar la institución y la propia democracia. Cuánto mejor nos hubiera ido si hubiésemos aprendido a tiempo que contra el fanatismo no cabe equidistancia posible, que se está con las víctimas o con los verdugos, con quienes han luchado para defender la democracia o con quienes han pretendido destruirla asesinando a quienes se enfrentaban a ellos.

No puedo olvidar el espectáculo bochornoso de aquella sesión que se convirtió en el anticipo de toda la bazofia que vendría después, sobre todo desde el momento en el que los repartidores de porquería fueron acogidos alborozadamente en la Moncloa. No puedo olvidar la imagen Edu Madina, sentado a pocos escaños de Rufián y de los líderes de Podemos que aplaudían al dirigente de ERC que se define por su apellido mientras este afeaba las palabras de Hernando de reconocimiento a las víctimas. Un socialista vasco que la víspera se había abstenido en la votación para presidente aplicando lo que él consideró la ética de la responsabilidad de la que habla Weber; un socialista vasco que fue víctima de ETA precisamente por eso, por ser socialista y por ser vasco.

Pues bien, conviene recordar que mientras se desarrollaba ese vergonzoso espectáculo, Pedro Sánchez seguía estrechando relaciones políticas con los que lo organizaron a la vez que en el interior del PSOE mantenía el pulso y el discurso deslegitimador del órgano federal ante el que presentó su dimisión tras descubrirse que estaba perpetrando un fraude con una urna detrás de una cortina y perder la votación.

En tiempos en los que la desmemoria histórica alcanza tal nivel que el impostor se atreve ahora a proclamar que fue el PSOE quien hizo la Constitución —la mayoría de los ponentes eran de derechas— o que el golpe contra la democracia protagonizado por Tejero el 23F —mientras en España había un Gobierno de derechas— lo organizó la derecha democrática, resulta oportuno no olvidar la posición y el testimonio público de Alfredo Pérez Rubalcaba sobre aquellos acontecimientos que protagonizó Pedro Sánchez en el primer 1 de octubre golpista que ha vivido España, aunque ese golpe se diera en el seno de un partido y lo impulsara quien era su secretario general. O sea, dar un golpe desde dentro de la institución es algo que Sánchez ensayó

en octubre de 2016 en su propio partido y que hoy repite desde el palacio de la Moncloa. Por ese motivo, Pedro Sánchez Pérez-Castejón *también merece pasar a la historia*.

Alfredo Pérez Rubalcaba, en una entrevista con Susanna Griso realizada el 12 de noviembre de 2016, lo explicaba así: «No se puede gobernar España con quien quiere romper España, es una cuestión de principios porque no puedes hacer depender la estabilidad de España con alguien cuyo objetivo político es romper España». «El PSOE no puede permitirse el lujo de chapucear en un país como España». Si hubiera triunfado el 1 de octubre de Sánchez, «hoy estaríamos en plena campaña electoral, a punto de votar por tercera vez». Sobre el PSC: «El PSOE no es PSOE, es PSOE menos C de Cataluña, el PSOE no existe en Cataluña…». Y con respecto a sus relaciones con Sánchez, Rubalcaba confesaba que este no volvió a hablarle una vez que le explicó su posición sobre los independentistas: «Para ser honestos, yo dejo de hablar con Pedro Sánchez en febrero de este año…».

Cuando Alfredo Pérez Rubalcaba murió, el impostor le hizo un homenaje y descubrió un busto que colocó en la sede del PSOE, ese partido que él había convertido en su empresa familiar mientras liquidaba políticamente a todo aquel que osaba llevarle la contraria. La *ausencia de remordimiento y culpa y la insinceridad* son algunos de los rasgos que lo definen.

12

España recupera la normalidad institucional. Y Sánchez continúa maniobrando en la sombra

Mientras Sánchez se enrocaba durante nueve meses para impedir el normal desenvolvimiento de las instituciones se escribió mucho sobre las consecuencias que tenía para nuestro país que España llevara nueve meses con un Gobierno en funciones. Había quienes le quitaban importancia a un hecho inusual y extraordinario en nuestra joven democracia y sostenían que *no pasaba nada*, que todo funcionaba «como siempre». En ese grupo estaban aquellos que claramente preferían la secta al país y que ya estaban preparando el argumentario para defender, poco tiempo después, que *no pasaba nada* por cerrar inconstitucionalmente el Parlamento o por constituir Gobiernos *democráticos* con los enemigos jurados y mortales de la democracia.

Los «argumentos» para impedir que gobernara «la derecha» a costa de debilitar la democracia llevaban la marca de lo que después se denominaría sanchismo. La peregrina idea sobre la inutilidad de un Gobierno que en aquellos meses comenzó a inocularse en la sociedad española no era algo casual, sino que respondía a una estrategia deslegitimadora del sistema del setenta y ocho; y creo también que quienes la pusieron en marcha sabían que, en un país como el nuestro, en el que no se ha hecho pedagogía democrática, esa estrategia tenía posibilidades de cuajar.

Claro que el país seguía «funcionando»: se pagaban las pensiones, se abrían y cerraban los colegios, los hospitales, los centros de salud… Se recogían las basuras, se matriculaba a los alumnos, se daba cuenta de los nuevos parados… O sea, el país se seguía administrando a distintos niveles gracias al trabajo de los empleados públicos y a los decretos u órdenes que iban firmando los distintos responsables políticos a los niveles locales,

autonómicos o centrales. Pero gobernar un país no es solo ni siquiera fundamentalmente eso; un Gobierno debe tomar decisiones que vayan más allá de ejecutar plazos o sellar solicitudes, que es la tarea propia de la administración.

En España se vivió un momento muy delicado desde la perspectiva democrática en aquellos nueve meses con bloqueo institucional y Gobierno en funciones mientras iba tomando cuerpo la idea de que las instituciones no servían para nada. Yo diría que fue en aquel periodo cuando, casi sin que nos diéramos cuenta, comenzó a prender en la sociedad española la semilla de la deconstrucción del sistema democrático. Pongamos en contexto lo que ocurrió tras las primeras elecciones celebradas el 20 de diciembre de 2015 y hasta que el Comité Federal del PSOE despejó el camino para volver a la senda de normalidad institucional. El vencedor insuficiente en las elecciones, Mariano Rajoy, protagonizó el primer intento, fallido por incomparecencia… A continuación, Pedro Sánchez, que obtuvo el peor resultado de la historia de su partido, pero quedó el segundo, trató de conseguir la investidura y consiguió, como antes explicábamos, un clamoroso fracaso.

Y, a partir de ahí, y aunque las cuentas no salían para nadie con un mínimo de coherencia (no solo hay que tener mayoría en la investidura, hay que gobernar, no únicamente gestionar), empezó la función de tarde —el enmascaramiento de la realidad—, y todos los líderes de los partidos del 20D se dedicaron a explicar a los españoles que iban a hacer lo que no estaba escrito para «salvarnos» de unas nuevas elecciones. Y la mayor parte de los analistas políticos comenzaron a «justificar» un Gobierno «como sea» porque habían llegado a la conclusión de que el resultado de unas nuevas elecciones iba a ser «el mismo» que el anterior. Todo eso mientras se seguía esparciendo un combustible dialéctico plagado de tópicos como «cambio», «progreso», «derecho a decidir»…

Recuerdo que en aquellos días recibí la misiva de un amigo que no estaba en la política institucional o partidista, pero que vivía con preocupación lo que estaba ocurriendo en España. En ella me decía que «en el fondo, casi también en la superficie, la clase política en general actúa como si el grueso de la ciudadanía fuésemos auténticos retrasados mentales…». Eso era exactamente lo que sucedía; y para nuestra desgracia como sociedad, fue inoculándose el virus del discurso que sostenía que da lo mismo un Gobierno que responda a un pacto entre fuerzas constitucionales y centradas que un acuerdo de gobierno que salga adelante con el apoyo de los partidos populistas y

antisistema o la extrema izquierda y los comunistas que siguen venerando la ideología culpable de millones de crímenes de lesa humanidad.

Fue en aquellos meses cuando comenzó a cuajar la idea de que todo vale para que no gobierne el Partido Popular. El éxito de esa estrategia de descrédito de la derecha democrática y nacional lo demostró el hecho de que cuando Sánchez tomó la decisión de forjar una mayoría para la moción de censura y posteriormente un Gobierno con los enemigos de la España constitucional y democrática no tuviera consecuencias para él en el seno del PSOE y contó con el beneplácito discursivo y argumentativo de una pléyade de comentaristas y analistas políticos convenientemente engrasados.

En aquellos nueve meses fueron calando en la sociedad, como la lluvia fina, los discursos encadenados a favor del «todo vale», paso imprescindible para justificar que el PSOE a las órdenes de Pedro Sánchez traspasara todas las líneas rojas de la defensa de la democracia. Y en la sociedad española se empezó a asumir como algo *normal* la estrategia rupturista y demoledora del sistema que abanderaba Pedro Sánchez, lo que acabaría teniendo graves consecuencias para la convivencia entre españoles. Fue en aquellos meses cuando la maquinaria de propaganda del sanchismo inculcó la idea de que lo de menos es si el Gobierno, además de estar formado por los más capaces y los más competentes, ha de ser un Gobierno fiel al espíritu constitucional.

Si da lo mismo lo incompetentes o inútiles que sean los miembros del Ejecutivo y lo incapaces que resulten para enfrentarse y resolver los problemas de los ciudadanos, si no importa lo inestable que resulte para el mantenimiento del orden constitucional una amalgama sin otro nexo en común que obtener el poder, ¿para qué sirve el Gobierno? La respuesta nos la ha dado el paso de los años: sirve para que no gobierne el Partido Popular y para que Sánchez ostente un poder caudillista sin ningún tipo de límites ni contrapesos democráticos.

El éxito de esa estrategia, fraguada por el psicópata y no rebatida por los mismos socialistas que rechazaron sus propuestas en el Comité Federal provocando su dimisión, explica que, aún hoy, haga lo que haga el Gobierno de Pedro Sánchez, haya millones de ciudadanos dispuestos a seguir votando fielmente la sigla PSOE mientras aseguran no estar de acuerdo con muchas cosas de las que hace ese Ejecutivo… porque *al menos no gobierna la derecha…*

Como verán, las dos reflexiones que entonces comenzaron a circular como si fueran tesis políticas —*no hace falta Gobierno* y *hay que hacer un*

Gobierno como sea— tienen en común el más absoluto de los desprecios respecto de la función esencial de un Gobierno político.

De aquellos polvos, estos lodos. Por eso sostengo que el golpe a plazos que el Gobierno está perpetrando dio sus primeros pasos cuando Sánchez bloqueó la investidura durante nueve meses. Únicamente el hecho de que España forme parte de la Unión Europea puede impedir que la siguiente jugada de Pedro Sánchez sea que nos *evite la molestia* de ir a votar. El daño que Pedro Sánchez ha hecho a la democracia se estudiará como la mayor herida de nuestra reciente historia. Y es que resulta muy peligroso para la seguridad nacional tener un presidente de Gobierno en cuya personalidad concurren los tres factores que determinan la triada oscura: psicopatía, maquiavelismo y narcisismo.

13

La gestora del PSOE convoca elecciones primarias y Sánchez recupera el mando

No existe manera racional de prever cuándo y cómo llevará a cabo su ataque una persona que no obedece a otra pulsión que su ansia de poder. Por ello, quienes dirigían el PSOE desde aquel 1 de octubre de 2016 en el que Sánchez y los suyos pretendieron dar en el Comité Federal un *golpe de urna* tras una cortina no evaluaron correctamente las consecuencias que tendría para España mantener dentro del Partido Socialista a un tipo como Sánchez, que ya había demostrado estar dispuesto a hacer de todo para aferrarse al poder. Las personas normales suelen negarse a aceptar las dimensiones de la maldad humana y la capacidad para reinventarse de que hacen gala quienes poseen *los tres ingredientes del mal carácter*; por eso no es de extrañar que la gestora presidida por Fernández, que dirigió el Partido Socialista haciendo un discurso de Estado propio de los mejores años del socialismo español, cayera en el autoengaño de creer que el PSOE era todavía un partido nacional en el que, en última instancia, imperaría el patriotismo de país sobre el nacionalismo de partido.

No fueron conscientes de que el veneno que inoculó Zapatero —«El enemigo es el PP, todos los demás son solo adversarios coyunturales…»— y que Sánchez extendió con tanta maestría como falta de escrúpulos había convertido a la militancia socialista en reactiva a cualquier discurso que no fuera el odio a *la derecha*. El discurso responsable y coherente explicando que el PSOE había cumplido con su obligación al devolver estabilidad institucional al país e impedir que se celebraran unas terceras elecciones no calaba en unas bases sectarizadas hasta el extremo de que miraban de reojo a Podemos y sobre las que Pedro Sánchez seguía volcando la pedagogía del odio al PP y a quienes desde dentro del Partido Socialista no habían respaldado sus propuestas.

Y, por ese motivo, aunque los españoles le habían mostrado al PSOE el mayor rechazo de su historia y le habían mandado claramente a la oposición, entre las bases prendía la propaganda sanchista de que la abstención había *salvado* a Rajoy y la mermada militancia se siguió radicalizando y no quiso ver que la minoría parlamentaria de Rajoy era una oportunidad para el PSOE de cambiar las políticas haciendo oposición y desarrollando su programa a través de propuestas y debates parlamentarios.

Sánchez nunca reconoció la legitimidad del Comité Federal para cesarlo, por lo que nunca dejó de maniobrar en la sombra para recuperar el poder, y en los meses en que fue preparando su vuelta desarrolló dentro de su partido una estrategia basada en la consigna que los populistas repetían respecto del Congreso de los Diputados: «No nos representan». Sánchez aplicó la técnica de la *manipulación* y llevó a las bases socialistas, mermadas y radicalizadas hasta el extremo desde la época de Zapatero, ese mismo discurso: «Los barones» no nos representan. El Comité Federal no era «los barones», sino el máximo órgano entre congresos, y sus miembros estaban elegidos por el congreso federal y en los congresos territoriales, por lo que representaba democráticamente a todos los militantes, como el Congreso de los Diputados representa a todos los españoles.

El Comité Federal del PSOE era un órgano coherente con el sistema de democracia representativa que se regula en nuestra Constitución, un órgano de intermediación, de control de la Comisión Ejecutiva. Por eso Sánchez no solo tenía que acabar con él —lo hizo en cuanto volvió a hacerse con el poder—, sino que para conseguir hacerlo *con normalidad* tenía previamente que desacreditarlo. La *pulsión manipuladora* es una característica constante en las personalidades maquiavélicas; y Sánchez, como corresponde a un psicópata, tiene tal *ansia de venganza* y tanto *rencor* que enmascaró la realidad de los órganos de su propio partido de forma planificada y constante y sin ningún tipo de escrúpulo. Y como romper y enfrentar a los miembros de su partido para obtener beneficio personal es una táctica que le dio buen resultado en las primarias de 2014, ahondó en esa brecha. Más adelante profundizaremos en los hechos que demuestran que Sánchez utiliza para dividir y enfrentar a los españoles y para anular o destruir las instituciones democráticas la táctica que probó con rédito personal en el PSOE.

Y en ese ambiente interno de deslegitimación de los órganos y dirigentes del PSOE, tras un paréntesis de seis meses y cumpliendo escrupulosamente los estatutos de su partido, la comisión gestora propuso al Comité Federal que

el 21 de mayo de 2017 se celebraran elecciones primarias para elegir al nuevo secretario general.

En esas primarias compitieron tres candidatos, Pedro Sánchez, Patxi López y Susana Díaz. Sánchez se lanzó desde el primer momento a la tarea de enfrentar bases contra dirigentes y planteó las primarias como un plebiscito sobre la legitimidad del Comité Federal ante el que perdió la mayoría. «¿Por qué derrocaron a un secretario general elegido por la militancia, por qué no quisieron hacer un referéndum a la militancia?», se preguntaba cínicamente Sánchez en uno de sus primeros actos en Canarias. Él, que quiso aprobar en el Comité Federal una convocatoria de primarias y congreso extraordinario para apalancarse en el poder durante los siguientes cuatro años, fuera cual fuera el resultado de las elecciones en las urnas… Él, que puso la urna tras una cortina para trampear el resultado de un órgano democrático al que ahora estaba empeñado en deslegitimar. *La agresividad, la venganza, la manipulación*…, síntomas todos ellos de una mente psicopática y maquiavélica, fueron los elementos tácticos sobre los que descansó el discurso de Sánchez para enmascarar la realidad y conseguir el apoyo de los afiliados del PSOE, convertidos en militantes antiPP. La ambición de poder, característica propia de su jefe, se había convertido ya en la única ideología del PSOE.

En esas primarias, Sánchez desarrolló con éxito su estrategia para *reescribir la historia*, comenzando por reescribir lo ocurrido en el Comité Federal celebrado el 1 de octubre de 2016. La verdad de los hechos es que a Sánchez no lo derrocó el Comité Federal, sino que dimitió ante ese órgano cuando perdió la votación para convocar un congreso extraordinario en veinte días mientras España seguía con un Gobierno en funciones. Y que tuvo que dimitir porque le iban a poner una moción de censura sus propios compañeros una vez que descubrieron que estaba dando *un golpe de urna* tras una cortina.

Fue Sánchez quien decidió no consultar a la militancia, pues él y solo él podía haber convocado un referéndum preguntando a las bases del PSOE sobre la abstención o el voto en contra que provocaría unas terceras elecciones; solo él tenía la competencia y no lo hizo, fue él quien prefirió ir al Comité Federal pensando que allí lo iba a ganar. Y cuando perdió, dimitió. Y, a partir de ahí, comenzó el proceso de deslegitimación del órgano democrático al que él mismo convocó y en el que él mismo hizo la propuesta que fue derrotada.

Pero el proceso de deslegitimación de la dirección del partido frente a las bases había calado de tal manera que la militancia estaba preparada para escuchar solo lo que quisiera decirle quien más odio hacia el PP demostrara

tener. Los afiliados del PSOE preferían ignorar que lo que ocurrió el 1 de octubre fue que Sánchez intentó engañar a la organización y ocultar sus planes (igual que hizo con la urna tras la cortina) para colocar al Partido Socialista a su servicio. Y que ante eso hubo una reacción democrática en un órgano democrático y Sánchez dimitió cuando perdió la votación. Nadie votó sobre su candidatura; se votó sobre su propuesta. Nadie le obligó a dimitir; lo hizo él porque no aceptó el resultado de la votación y porque le habían pillado escondiendo una urna tras una cortina.

Ahí comprobó Sánchez que la mentira, transformada en *relato histórico*, se podía imponer porque en las bases del PSOE se había convertido en religión todo discurso que sirviera para incrementar el odio al PP. Ahí comprendió que, si conseguía envenenar a la sociedad española de la misma manera, esta *tragaría* cualquier pacto antiPP. Esa práctica exitosa de confrontación entre hermanos de militancia que probó en el PSOE fue la semilla para institucionalizar la desmemoria histórica y romper la cohesión entre españoles. Por cosas como esta a Pedro Sánchez Pérez-Castejón le corresponde *su lugar en la historia*.

Fue en aquella campaña de primarias cuando Sánchez se hizo un cartel con su cara en blanco y negro, sobre un fondo rojo… El cartel del caudillo. Y ya en la noche de su triunfo advirtió que estaba dispuesto a hacer «lo indecible» para echar al PP de la Moncloa y para que no pudiera volver a ganar unas elecciones en buena lid. Realmente, es la única promesa que Sánchez ha cumplido desde entonces: hacer lo que sea y con quien sea para lograr y mantener el poder. *No volveré a pasar hambre…*

Ganar engañando a los militantes fue su aprendizaje para ganar engañando a los ciudadanos. Y no me refiero solamente a las mentiras que utilizó para lograr el triunfo en las primarias pervirtiendo la realidad sobre los hechos; quiero recordar, a modo de ejemplo, solo un par de promesas que hizo a sus afiliados en el debate a tres que se celebró durante la campaña:

«Si ganamos con este proyecto, las consultas a los afiliados serán obligatorias». Desde que consiguió volver ser secretario general nunca más ha vuelto a preguntar a los afiliados sobre ninguna cuestión. Los afiliados del Partido Socialista no se han pronunciado sobre su decisión de gobernar en coalición con Podemos tras prometer durante la campaña electoral que no lo haría; no han sido preguntados sobre los acuerdos de Gobierno y parlamentarios que Sánchez ha suscrito con Bildu tras negar reiteradamente esa posibilidad durante la campaña electoral —«Con Bildu no vamos a pactar. Si quiere lo digo cinco veces o veinte durante la entrevista… Con Bildu, se lo

repito, no vamos a pactar»—; los afiliados tampoco han sido consultados sobre la reforma del Código Penal que se comprometió a endurecer durante la campaña y del que ha eliminado el delito de sedición; tampoco han podido pronunciarse las bases sobre el abaratamiento del delito de malversación, ni sobre los indultos a los golpistas, decisiones ambas que negó que llevaría a cabo cuando pedía el voto a los ciudadanos.

Segundo compromiso en el debate entre candidatos: «Yo quiero una organización donde los militantes decidan, donde se garanticen las primarias para todos los candidatos y donde hagamos un código ético contra la corrupción». Y, en coherencia con la forma de actuar de un mentiroso compulsivo que es la que le adorna, a partir de ese momento todos los candidatos han sido designados personalmente por Pedro Sánchez, desde Gabilondo para Madrid a Illa para Cataluña, pasando por las ministras enviadas a ser candidatas en las municipales de 2023. Pero los súbditos de la empresa familiar en la que se ha convertido el PSOE callan aborregadamente, porque odiar al PP es su única religión, la fe verdadera del socialismo español.

Si insisto en los detalles sobre esta cuestión es porque estoy convencida de que, de la misma manera que para comprender los actos de Pedro Sánchez se requiere algo más que un análisis político al uso, para prevenir males mayores como sociedad resulta estrictamente necesario que nos demos cuenta de que estamos ante un tipo sin escrúpulos que para conseguir los votos o para liquidar los órganos de control democráticos utiliza contra España la misma táctica que usó con éxito en su partido. Sánchez siempre utilizó al PSOE como campo de pruebas; y como le salió bien —en el sentido de que destruyó el partido, pero consiguió el poder—, ese es el método empleado para demoler la democracia y liquidar todos sus órganos de control. Recuerden: *el psicópata aprende la técnica y la utiliza después contra sus víctimas*.

Guardo de aquellos tiempos bastantes mensajes que intercambié con algunos dirigentes del PSOE que inicialmente negaban toda posibilidad de que Sánchez recuperara el poder orgánico: «Fuera de Ferraz y del Congreso hace mucho frío, Rosa…». Todos ellos tuvieron que sufrir *en carne propia* las consecuencias de no haber practicado profilácticamente la cirugía para darse cuenta de que la militancia socialista estaba tan envenenada que era un hecho que las primarias las ganaría quien demostrara un mayor nivel de odio al PP, convertido por el zapaterismo y el sanchismo en el único enemigo de la democracia. Y todo esto mientras los nacionalistas y separatistas catalanes

—con quien Sánchez había querido pactar a espaldas del Comité Federal— programaban el golpe y ya habían convocado y celebrado un primer referéndum ilegal en Cataluña. Tampoco fueron conscientes los históricos dirigentes del PSOE de que el *calor* que Sánchez no obtenía ni en Ferraz ni en el Congreso lo obtenía con los fondos de las saunas de su suegro…

Durante aquellas semanas hablé con socialistas fieles al espíritu y a la letra de la Transición y de la Constitución sobre la necesidad de contrarrestar el discurso populista de Sánchez desarrollando una estrategia basada en la defensa sin complejos del alma del PSOE socialdemócrata y europeo que protagonizó la Transición. «Esto va de trazo grueso, emocional. Él se ha quedado con la "O" de vuestro partido, algo a lo que se agarran fácilmente unas bases muy sectarizadas durante años cuyo único referente ideológico desde Zapatero ha sido el antiPP. Lo vuestro ha de ser la "E", porque creo que eso también está aún en las bases del partido; y puede ser igual de emocional, siempre que lo hagáis sin complejos. Lo racional contra lo emocional, en estas circunstancias, perderá».

Fue durante esa campaña cuando Sánchez acuñó aquello de que «la nación es un sentimiento», lo que llevó a Patxi López a preguntarle durante el debate a tres: «Vamos a ver, Pedro, ¿sabes lo que es una nación?». Tampoco eso tuvo consecuencias en el seno de su partido. Las bases estaban engrasadas para aceptar con normalidad que Pedro Sánchez pasara de envolverse en una bandera de España gigante a defender la plurinacionalidad, sin saber muy bien lo que eso significaba, más allá de negar la nación. Fernando Savater lo retrató magistralmente en un artículo que publicó en *El País* el 24 de junio de 2017: «Me acordé de los placebos viendo a los asistentes del congreso socialista cantando "La Plurinacional" con el puñito en alto. ¡Enternecedor, como los niños que en casa juegan con el gatito a repetir lo que vieron al domador hacer con los leones en el circo (cuando los había)! Eso de la "nación de naciones" está bien como placebo, para matar el rato. A España la pueden llamar como quieran para ir tirando, pero resulta que está real y gravemente enferma. Ya le han dado todos los placebos aconsejables, incluso algunos más de lo prudente. Ahora necesita ir al médico de verdad. ¿Qué hacemos, doctor Sánchez?».

Pero la militancia socialista no se inmutó ni ante la inconsistencia ni ante la deriva de un tipo que pasó del pacto con Ciudadanos a buscar el acuerdo con Podemos; o de la reunión secreta en el hotel AC de Pozuelo en la que pactó con Susana Díaz y con Zapatero para impedir que Edu Madina ganara las primarias a proclamar «el pacto con los militantes» frente a las decisiones

democráticas de los órganos del partido… «Es un impostor, Rosa… Un impostor…».

La guerra sucia impulsada por la candidatura de Sánchez durante esa campaña no había tenido un antecedente más descarnado en la historia del PSOE; si acaso, se comenzó a esbozar durante la campaña que hizo contra Madina en las anteriores primarias, que también ganó con mentiras, ocultación de datos sobre su currículum, chanchullos y pactos secretos con los barones mientras se autodenominaba *el candidato de las bases*. El *todo vale* se concretaba, por ejemplo, en la creación de cuentas fantasma en las redes sociales, cuentas de respaldo expreso a Pedro Sánchez desde las que se insultaba a los otros dos candidatos mientras sus comités de apoyo quemaban y/o rompían fotografías de Felipe González en distintas sedes del PSOE cuando llegaban a organizar actos de campaña.

Podemos echó una mano a Sánchez, sobre todo en redes, demostrando que era su candidato y que se iba a emplear a fondo para que ganara. Volcar porquería en redes contra los candidatos opositores internos es algo que el sanchismo probó con éxito; y por eso hoy mantiene centenares de cuentas falsas tratando de destruir la imagen de todo ciudadano que se atreva a expresar una opinión contraria a la verdad oficial. Es por cosas como esta por las que a Sánchez le corresponde *su lugar en la historia*.

«UGT está jugando a tope, el Soma a tope, Podemos a tope con él… Tenemos una septicemia…», me escribía un amigo, dirigente aún del PSOE. Y así fue: la septicemia se extendió por todo el cuerpo y de nada sirvió que estuviera demostrado que, de los tres que competían por la Secretaría General, Sánchez era el único que había probado que sabía ganar primarias y perder elecciones. Y ganó las primarias. Y salió *cantando* «*La Plurinacional*» *con el puñito en alto*. Y una vez que ganó, algunos de los que le auparon y escondían durante la campaña sus verdaderos sentimientos empezaron a expresarlos en público: «Rajoy y el PP son más dañinos que Puigdemont y ERC. Pero la más hija de puta, a la que hay que liquidar, es a Susana. Y enterrar definitivamente a González y a Guerra…». Una vez más, pongo el acento en el hecho de que el campo de pruebas fue el PSOE; sembrar el odio entre socialistas para ganar el poder orgánico precedió a su estrategia de sembrar el odio y romper la cohesión entre españoles para conseguir el poder político e institucional.

Y el desinhibido ignorante, borracho de poder, pasó de señalar que la nación era un sentimiento a declarar —entrevista publicada en el Grupo Correo— que Alemania y Francia eran «Estados con varias naciones…». Después, que «Madrid es una nación…». Guardo un mensaje al respecto de

ese desesperado amigo del PSOE que antes citaba: «Si fuera el directivo de una empresa lo inhabilitarían… Pero en el PSOE nadie ha dicho nada… Cuarenta años currando para esto… Un horror. Mejor pensar en lo que hemos hecho bien en España en este tiempo y tomarnos un año sabático en el PSOE …».

Otro relevante militante socialista —curtido en batallas en esa parte de España en la que defender la Constitución y la democracia te convertía en candidato a víctima de ETA— me confesó que después del espectáculo de estas segundas primarias celebradas a la voz de «la gestora no tiene legitimidad, el Comité Federal tampoco… Democracia directa ya… órganos de representación y control fuera…», se había ido del PSOE sabiendo lo que venía tras el éxito de Pedro Sánchez en su asalto al poder orgánico. Conocía al personaje, a quien describía como «un enfermo mental, un psicópata que además es un mediocre de nivel nunca visto en política… Su personalidad es un cóctel muy peligroso: ignorancia, chulería, ausencia de límites, desinhibición… Su etapa al frente del PSOE se estudiará en el futuro como el peor daño que se le hizo al PSOE… y a España». Así es; y también por esto a Pedro Sánchez Pérez-Castejón le corresponde *su lugar en la historia*.

Pero también hubo quien se *recondujo* para colocarse del lado del vencedor. Guardo una anécdota muy significativa de aquellos momentos. El 14 de julio de 2018, en los jardines de la embajada de Francia en Madrid y en un corrillo entre el que había políticos y empresarios, se pudo escuchar a Óscar López refiriéndose a Pedro Sánchez: «Este tío nos llevará al desastre». Poco después le nombró presidente de Paradores. Y *el chico de Pepiño* que en el pasado daba «trabajitos» a Sánchez y lo mandaba de sustituto a alguna tertulia, trabaja desde ese momento codo a codo con él para llevarnos a todos al desastre.

14

Año 2017: nacionalistas y separatistas catalanes perpetran un golpe contra la democracia. Se activa el artículo 155 de la Constitución

El regreso de Sánchez a la Secretaría General del PSOE coincidió en el tiempo con el recrudecimiento de la pulsión separatista en Cataluña y también en el método utilizado por los que habitan en Moncloa y los que moran en el palacio de la Generalidad para hacerse con el poder. Y, aunque sea una casualidad, no deja de ser curioso que los partidos que mantienen a Sánchez en la Moncloa optaran por un 1 de octubre para consumar el golpe contra la democracia, el primer aniversario del día que eligió Sánchez para intentar perpetrar un golpe contra su partido en el Comité Federal al tratar de engañar sobre sus verdaderas intenciones al máximo órgano entre congresos de su partido y colocar la urna detrás de una cortina para poder así amañar los votos.

Porque, aunque trató de ocultárselo a su partido —la mentira es una constante en ese hombre cuya personalidad maquiavélica se caracteriza por las *ansias de poder* y el *enmascaramiento* de la realidad—, ha quedado acreditado que en octubre de 2016 Sánchez ya estaba negociando un acuerdo de investidura con republicanos independentistas y nacionalistas catalanes, con los mismos que en ese momento estaban organizando el golpe desde Cataluña. El *bajo compromiso ideológico, la manipulación, la propensión al engaño*… son otros síntomas del maquiavelismo que siempre han acompañado la biografía política de Pedro Sánchez.

Conviene recordar qué hizo o dijo Pedro Sánchez mientras se iban sucediendo los acontecimientos previos al golpe, desde que el 6 y 7 de septiembre se aprobaron en el Parlamento de Cataluña las leyes de

desconexión, la de referéndum y la de transitoriedad jurídica que regulaba cómo serían los primeros meses de una Cataluña independiente. El PSOE siempre se pronunció formalmente en contra de esos movimientos rupturistas, aunque nunca dejó de incluir la palabra «diálogo» en toda manifestación al respecto, incluso mientras los golpistas asaltaban el Parlamento en las fechas señaladas. Y su partido hermano, con Iceta a la cabeza (ascendido posteriormente a ministro en pago de los servicios prestados), mantuvo permanentemente un discurso tan contrario a la «independencia unilateral» como a que se aplicara el artículo 155 de la Constitución para que Cataluña volviera a la senda constitucional.

De todos es conocida la evolución de los acontecimientos: el 1 de octubre de 2017 se celebró un referéndum ilegal que había sido suspendido y fue declarado inconstitucional por el Tribunal Constitucional. Sánchez manifestó su disconformidad con la celebración de un referéndum inconstitucional asegurando que los independentistas querían «disfrazar en la urnas» lo que era «un acto antidemocrático». «Esas urnas están vacías de garantías democráticas», dijo el mismo tipo que, sin interventores ni censo, puso una urna tras una cortina del Comité Federal para hacer trampas a su propio partido. Qué cosas.

Y el 3 de octubre, mientras los ciudadanos mirábamos con zozobra a los políticos, desesperados por la incapacidad que demostraban de dar una respuesta a la altura del reto planteado, se produjo el discurso del rey. Y los españoles recuperamos la esperanza y salimos a la calle a defender lo que nos une.

Claro que los enemigos de la España constitucional y democrática siguieron adelante con su proceso de demolición de la democracia. El 10 de octubre, los independentistas y nacionalistas firmaron una resolución amparando el resultado del referéndum inconstitucional, y, el 27 de octubre, el Parlamento de Cataluña votó la declaración que suponía la entrada en vigor de la ley de transitoriedad jurídica y fundacional de la República de Cataluña, texto aprobado por 70 votos a favor, 10 en contra y 2 abstenciones, y en ausencia de los partidos políticos PSC, PP y Ciudadanos. La «república catalana» declarada unilateralmente duró exactamente cuarenta y cuatro segundos, pues el mismo presidente Puigdemont que la había promovido la suspendió en ese breve plazo de tiempo.

Ese mismo día 27 de octubre, y con el fin de restaurar el orden constitucional, a propuesta del Gobierno de España, el Senado aprobó la activación del artículo 155 de la Constitución, que comenzó a aplicarse a

partir de las 20.00 horas de ese día. Y, como no podía ser de otra manera, la primera decisión que tomó el Gobierno de España fue cesar al Gobierno que había situado a Cataluña fuera de la ley.

El PSOE defendió la intervención del Estado en Cataluña y apoyó la aplicación del artículo 155 de la Constitución. Y sus senadores votaron a favor, salvo José Montilla, dirigente del PSC que había sido presidente socialista de la Generalidad, y Francesc Antich, que había sido presidente socialista de Baleares. Y Sánchez puso condiciones para apoyar al Gobierno y que se llevara a cabo la intervención que permitiría restaurar en Cataluña el orden constitucional: que no se tocara la radio-televisión autonómica de Cataluña, pieza clave del independentismo y que había resultado decisiva en su estrategia para pervertir la realidad con años de propaganda basada en el odio y la mentira y provocar el golpe del día 1 de octubre. Y Ciudadanos apoyó la activación del artículo 155, a condición de que se convocaran elecciones autonómicas de forma inmediata. Rajoy accedió a las condiciones que ambos grupos políticos le ponían, a pesar de que su partido tenía mayoría absoluta en el Senado y podía haberlo sacado adelante en solitario.

A la vista de todo lo ocurrido con posterioridad, he de concluir que aceptar las limitaciones tanto en el ámbito de actuación como en el período de mantenimiento con las que se aplicó el artículo 155 de la Constitución fue un tremendo error cuyas consecuencias aún estamos pagando. Las decisiones políticas que tenían que haberse tomado después de perpetrarse el golpe deberían haber estado orientadas a evitar que hechos como los que culminaron el 1 de octubre de 2017 se volvieran a repetir y nunca debieron estar condicionadas por cálculos electorales de unos u otros. Fue un tremendo error político no mantener la vigencia del 155 hasta devolver la normalidad constitucional y democrática a Cataluña, una oportunidad perdida que dudo mucho volvamos a tener en nuestra mano.

Pero, como digo, a ese 1 de octubre de 2017 no llegamos de casualidad ni de la noche a la mañana. La confrontación entre catalanes y la «desconexión» de Cataluña con el resto de España se fue gestando a lo largo de años en los que el Estado abandonó a su suerte a los ciudadanos catalanes mientras las instituciones autonómicas actuaban con sectarismo contra los ciudadanos no nacionalistas y con deslealtad respecto al resto de España y sus instituciones. De poco sirvió que, en las semanas previas al 1 de octubre, cuando ya todo estaba perdido, se escribieran decenas de editoriales y artículos explicando las mentiras del nacionalismo y del independentismo, sus mitos y falsedades, las falacias sobre las que habían ido cimentando y sosteniendo todo su

entramado. De nada sirvió que una pléyade de históricos silentes saliera de repente a la palestra para defender el orden constitucional que llevaba años quebrándose.

Y cuando no había forma de parar el golpe, resultó que ya no éramos cuatro «jacobinos» los que explicábamos las mentiras acerca de una guerra de secesión que nunca existió (esa de 1714 en la que solo se discutía la dinastía del rey de España), o que la Constitución no solo no se les impuso a los catalanes, sino que en Cataluña tuvo más aceptación que en la media de España.

Cuando todo estaba perdido, resultó que ya no eran cuatro «centralistas» quienes planteaban que en el sistema educativo catalán está el germen del odio y de la ruptura entre catalanes y de estos con el resto de los españoles, y que es, por tanto, en el sistema educativo donde habría que haber intervenido para impedir la ideologización y garantizar la calidad de la educación.

Perdida toda esperanza de parar el golpe, dio la casualidad de que ya no eran cuatro «antiautonomistas» quienes explicaban que no había lugar al victimismo nacionalista, que el grado de descentralización política de nuestras autonomías es superior a la de muchos países federales, Alemania incluida, y que lo que España necesitaba era llevar a cabo con urgencia un análisis sobre la distribución competencial y dotar al Estado de los instrumentos necesarios para garantizar la igualdad efectiva entre españoles.

Al parecer, ya no eran cuatro «enemigos de los catalanes» quienes señalaban que las balanzas fiscales que tanto demandaban los nacionalistas habían puesto de manifiesto que Cataluña no era la comunidad que más aportaba a las arcas del Estado, ni siquiera teniendo en cuenta que en aquel momento era una de las regiones de mayor renta per cápita de España.

Ni eran cuatro «nostálgicos» —de no sé qué régimen centralista y democrático que nunca han conocido generaciones de españoles— quienes venían tratando de desmontar la mentira del superávit económico que alcanzaría una supuesta región independiente de España; ya no eran cuatro los que ponían sobre la mesa las cuentas reales de cada capítulo, por ejemplo, el del sistema de pensiones, que una Cataluña independiente no podría pagar porque sus pensionistas cobraban gracias a la solidaridad del resto de los españoles, muchos de ellos de regiones menos desarrolladas de España.

Y tampoco eran cuatro «fachas» quienes negaban a los catalanes (o aragoneses, o vascos, o andaluces…) ese supuesto «derecho a decidir», y calificaban esa figura con su nombre verdadero, antidemocrático; porque de aplicarse supondría consentir que los menos puedan decidir sobre los más y

que lo particular se puede imponer sobre lo común. Y cuando la ruptura de la unidad de la nación era más que un riesgo real, comenzó a parecer que eran más de cuatro quienes defendían que jamás puede aceptarse que se hurte a todos los ciudadanos españoles el derecho a decidir sobre nuestro futuro común.

O sea, que quienes habían estado callados porque directa o indirectamente cobraban dividendos del régimen nacionalista y/o asimilado descubrieron de repente todas las vergüenzas y todas las mentiras del nacionalismo; y descubrieron también que *esto* no se arreglaba con dinero. Y tuvieron que llegar las cosas a ese extremo de golpe institucional para que muchos prescriptores de opinión e *intelectuales al uso* coincidieran en el diagnóstico sobre la extrema gravedad de lo que estaba ocurriendo en Cataluña. Les costó llegar a la conclusión de que, tal y como decían cuatro «exaltados», en Cataluña llevaban años adoctrinando en las escuelas y persiguiendo civil, laboral y socialmente a los no nacionalistas; y que era una tragedia que el Estado hubiera dejado la educación —el instrumento más igualitario y cohesionador que tiene un Gobierno— en manos de los etnicistas catalanes.

Pero de nada sirvió esa reacción tardía cuando el PSOE comandado por Pedro Sánchez impuso como condición para apoyar la activación del artículo 155 de la Constitución que se mantuviera vivo e intocable el aparato de propaganda mediático de quienes habían inoculado en la sociedad el virus del victimismo catalán, su odio a España y su desprecio a los españoles. La respuesta democrática al golpe hubiera requerido una puesta en común de las fuerzas políticas democráticas sobre los errores cometidos a lo largo de los últimos años, sobre los diagnósticos equivocados, sobre si una nueva dosis de *paracetamol* era el tratamiento adecuado para curar a quien tenía cáncer… Pero los políticos de entonces decidieron que lo mejor era celebrar elecciones en caliente y mantener intacto el aparato de propaganda de los independentistas. Y bien que lo estamos pagando.

Días previos al 1 de octubre de 2017, publiqué en *El Asterisco* un artículo titulado «Se acabó el recreo» en el que alertaba sobre las consecuencias de no hacer el diagnóstico correcto o hacerlo y no actuar en consecuencia. Este es uno de sus párrafos:

> Me temo que en los días posteriores al 1O vayamos a ver cómo se desdicen todos esos que firmaron manifiestos y editoriales señalando que ni hay agravio, ni hay fracaso de la democracia o de la autonomía, ni hay derecho a privilegio alguno que pueda sostener las posiciones de los independentistas. Me temo que con la lógica perversa del «mal menor» empezarán a reclamar «diálogo» y «decisiones políticas», lo que, traducido, significa más cesiones a los nacionalistas. Me temo que lejos de exigir sanción política para quienes llevaron a España al borde del precipicio instarán al Gobierno a negociar con los culpables de la mayor

crisis democrática de nuestro país desde que el otro golpista, Tejero, entrara pistola en mano en el Congreso de los Diputados.

Si reproduzco aquí ese párrafo es para insistir en la idea de que el germen de los males que aquejan a nuestro país se encuentra en el diagnóstico incorrecto y a destiempo sobre el personaje que nos ocupa, el primero que se ha desdicho de todas sus proclamas de aquellos días. Nada me hubiera gustado más que equivocarme, pero lo cierto es que mis temores han sido superados por la realidad. Quienes en aquel momento se movieron para salvar sus cuentas corrientes hoy justifican el golpe que dirige el PSOE con Sánchez a la cabeza con los mismos argumentos que utilizaban entonces para justificar el golpe que organizaron y perpetraron los independentistas catalanes.

Al final, la historia se repite. Si el golpe del 1 de octubre vino precedido de años de adoctrinamiento en el odio entre catalanes y la mentira respecto del resto de España, el que está perpetrando Pedro Sánchez en esta última legislatura es producto y consecuencia de años de adoctrinamiento en el odio entre españoles y en la mentira respecto de la historia de España, de la Transición y de la democracia. Ese sí que es un hecho por el que, con todo merecimiento, a Pedro Sánchez Pérez-Castejón le corresponde obtener *su lugar en la historia*.

15

Sánchez se hace con el poder institucional mediante una moción de censura destructiva

En mayo de 2018, Pedro Sánchez presentó una moción de censura contra Mariano Rajoy. Tras fracasar el golpe que trató de perpetrar el 1 de octubre de 2016 ante el Comité Federal del PSOE y haber logrado recuperar el mando del partido después de las primarias celebradas en mayo de 2017 y cuando había transcurrido poco más de un año desde la insurrección en Cataluña, el acto de presentar una moción de censura destructiva constituyó toda una declaración de intenciones que puso de manifiesto que Pedro Sánchez estaba dispuesto a traspasar todos los límites y todas las líneas rojas que le impidieran *asaltar* el poder.

La moción de censura es un instrumento ordinario de nuestro ordenamiento jurídico y constitucional para revocar a un presidente de Gobierno; pero el legislador no puede prever que alguien desprovisto de todo tipo de escrúpulos utilice las normas para malear el objeto de las mismas. La legitimidad de origen puede ser corrompida cuando se instrumentaliza el método y se pervierte el objetivo, justo lo que el déspota hizo para cumplir su juramento de *no volver a pasar hambre*.

Recuerdo que se escribió bastante sobre el «arrojo» que demostró Pedro Sánchez al lanzarse a por la Moncloa de aquella sorprendente manera; pero apenas si prestamos atención a lo determinante que resultaba la personalidad del personaje que planteó tal órdago para *alzarse* con el poder. Es una lástima que en ese momento no nos diéramos cuenta del alcance y las consecuencias que aquel episodio, con apariencia de normalidad, iba a tener para el futuro de todos los españoles. Y es que en aquellos días se inauguró en España una nueva forma de hacer política que enterró el espíritu de la Transición y cuya estrategia estaba basada en la apuesta de Pedro Sánchez de obtener mayorías

en negativo, en destruir para «reinar» sobre una sociedad cada vez más fracturada.

La sociedad española aún está pagando las consecuencias de aquella huida hacia delante que protagonizaron Pedro Sánchez y el Partido Socialista Obrero Español y que les permitió confirmar que en España podía tener éxito la táctica del *engaño y el enmascaramiento de la realidad* siempre que viniera acompañada de suficientes dosis de odio contra «la derecha», convertida desde la época de Zapatero en el «enemigo de la democracia».

Para comprender la irresponsabilidad y las consecuencias de *la nueva política* puesta en marcha por Pedro Sánchez con el objetivo de resucitar las dos viejas Españas, es preciso que recordemos la coyuntura política por la que atravesaba nuestro país en el momento en el que lanzó el envite vía moción de censura destructiva. Irresponsable sería el calificativo más amable que le adjudicaríamos a quien planteara una moción de censura al Gobierno de la nación en un momento en el que el país estaba sometido a una fuerte pulsión golpista promovida por un Gobierno regional y cuyos dirigentes estaban en la cárcel o huidos de la justicia. Y ese calificativo se quedaría aún más corto si tuviéramos en cuenta que la iniciativa la llevaba a cabo la segunda fuerza política del Congreso que sumaba 84 diputados sobre 350.

Es legítima la pretensión de un partido político de alcanzar cuanto antes el poder. Pero no es legítimo conseguir ese objetivo utilizando métodos que pongan en riesgo el consenso establecido entre las fuerzas políticas del ámbito constitucional para defender el imperio de la ley y proteger a todos los ciudadanos en una parte de España cuyos gobernantes someten a todo tipo de vejaciones a los ciudadanos que ejercen sus derechos y se oponen al golpe contra la democracia.

Es legítimo presentar una moción de censura; no lo es pervertir la verdad al sostener la moción en un párrafo fraudulento colocado en una sentencia por un juez amigo. Para apreciar correctamente la deslegitimación de ejercicio en que incurrió Pedro Sánchez al poner en marcha esa moción de censura contra Mariano Rajoy, cabe recordar que fue registrada el 25 de mayo, un día después de publicarse la sentencia de la Audiencia Nacional sobre la trama Gürtel que afectaba a dirigentes y cargos del Partido Popular. En el escrito de tres folios que justificaba la presentación de la moción y en un ejercicio de perversión del lenguaje perfectamente meditado y articulado, Pedro Sánchez afirmaba que la referida sentencia condenaba a diferentes cargos públicos y orgánicos del Partido Popular, «así como a la propia organización política como responsable a título lucrativo». Y concluía que «la permanencia en la

presidencia del Gobierno del máximo responsable de una formación política declarada judicialmente como parte de un auténtico sistema de corrupción institucional afectaría gravemente a la credibilidad de la presidencia y del Gobierno, y a la propia dignidad de la democracia española».

El 14 de octubre de 2020, el Tribunal Supremo corrigió el párrafo de la sentencia en el que Sánchez basó todo su argumentario político para justificar la moción y reestableció la verdad de los hechos de la siguiente manera: «No puede afirmarse la autoría del Partido Popular como autor de delitos de corrupción y prevaricación irregular al no solicitarse su condena en tal sentido y haber sido traído al proceso como partícipe a título lucrativo que presupone que el beneficiario no solo no participó en el delito, sino que desconoció su comisión»; y el TS añadió: «La condena como partícipe a título lucrativo no solo es compatible con la buena fe y por supuesto con la inocencia, sino que presupone la última».

Pero eso ya lo sabía Pedro Sánchez cuando presentó la moción de censura destructiva. Porque el párrafo en cuestión que le dio a Sánchez la coartada para enhebrar una fraudulenta moción de censura había sido redactado por José Ricardo de Prada, el juez amigo a quien, en premio y ya desde el Gobierno, Pedro Sánchez ha tratado de promocionar a las más altas magistraturas. Como ha hecho durante toda su vida política, Sánchez mintió a sabiendas para lograr su objetivo y deslegitimó un instrumento democrático como lo es la moción de censura al basarla en una falsedad. Él pudre todo lo que toca. La *sed de poder, la amoralidad y la manipulación*, manifestaciones de una personalidad maquiavélica, brillaron con todo esplendor aquellos días en los que Sánchez perpetró su *asalto al poder*.

Pero su manoseo de la norma no acabó ahí. Es legítimo presentar una moción de censura, pero no lo es bordear la exigencia plasmada en nuestro ordenamiento jurídico de que toda moción sea constructiva, requisito introducido en nuestra Constitución para evitar que se reprodujeran en España alianzas en negativo que tanto daño hicieron en el pasado en democracias de nuestro entorno, como la alemana. Sánchez sabía que la moción tendría éxito si conseguía engañar a la opinión pública respecto del «altruismo» de su objetivo. Y para lograrlo contó con la complicidad de la mayoría de terminales mediáticas que trabajaron denodadamente para crear un clima que hiciera posible que Sánchez consiguiera pervertir el sentido de la moción y provocar que una mayoría de diputados votaran en contra de Rajoy, aunque no estuvieran a favor de él. Sánchez triunfaría si era capaz de engañar a la

gente sobre el fondo y la forma, sobre el objetivo y la justificación. Y eso es lo que hizo.

Algunas formaciones políticas como Podemos o Compromís anunciaron su voto favorable en cuanto tuvieron conocimiento de que se había presentado la moción. Pero no fue ese el caso de otros grupos como ERC, PNV o Bildu, cuyos portavoces expresaron de forma contundente que su voto en la moción era un no a Rajoy pero no suponía un sí a Sánchez. Si a los 180 votos que obtuvo la moción les restamos los 24 votos que aportaron ERC, PDeCAT, PNV y Bildu, veremos que Rajoy fue censurado por 180 votos mientras que Sánchez fue apoyado por 156, 20 votos menos que la mayoría absoluta requerida para que saliera adelante una moción de censura constructiva. La *autopromoción, la hipocresía y la propensión al engaño* son algunas de las artes que desarrolla una personalidad maquiavélica. Por eso Sánchez no tuvo el más mínimo remordimiento al *asaltar el poder* con engaños y tras haber cosechado el mayor de los rechazos cuando se sometió al escrutinio de los ciudadanos en las urnas.

También es legítimo buscar alianzas para que triunfe una moción de censura. Pero es propio de un farsante comprometerse a acabar con la corrupción buscando y sumando los votos de los golpistas, los populistas bolivarianos, los proetarras y el resto de las fuerzas políticas nacionalistas, incluidos los de un partido nacionalista que tuvo que cambiar de nombre por corrupción institucionalizada y de cuyas filas habían salido los jefes del golpismo catalán. ¿Puede haber corrupción política mayor?

Es legítimo presentar una moción de censura; no lo es utilizarla para ganar las elecciones desde el Gobierno en vez de llegar al Gobierno tras haber ganado las elecciones. La voluntad de Sánchez de utilizar la moción de censura como trampolín para alcanzar desde la Moncloa un poder que los ciudadanos le habían negado en las urnas se puso de manifiesto cuando en su primera comparecencia pública tras *asaltar el poder* Sánchez declaró que tenía la intención de agotar la legislatura, a pesar de que esa declaración contravenía el compromiso que adquirió antes de ser votado en el pleno del Congreso de los Diputados. El narcisista se caracteriza por ser un mentiroso patológico que desprecia a los demás; el maquiavélico por su sed de poder; el psicópata por sus ansias de venganza… *Juro que no volveré a pasar hambre…* Un Sánchez de libro.

Es legítimo presentar una moción de censura; no lo es sacarla adelante asumiendo la reivindicaciones de filoetarras y golpistas, que es lo que hizo el *asaltante*; por eso, tras llegar a la Moncloa, anunció que trataría de acercar a

sus domicilios a los presos condenados por crímenes de terrorismo o por haber dado un golpe contra la democracia. Es legítimo suponer que tras el fracaso electoral y una vez confirmado que no podía engañar en las urnas al conjunto de los españoles, Sánchez orquestó este ardid para ganar las elecciones desde el Gobierno. Ha quedado demostrado que él tiene una única ideología y un único plan: alcanzar y mantener el poder con quien sea y como sea. Todo para *no volver a pasar hambre…* También por cosas como esta a Pedro Sánchez Pérez-Castejón le corresponde ocupar *su lugar en la historia*.

De aquel *asalto al poder* que Sánchez perpetró pervirtiendo para su lucro político un instrumento constitucional y democrático se deriva todo lo que después ha ocurrido en España. Es verdad que existían antecedentes que nos debieran haber alertado, pues la sociedad española ya había sufrido la quiebra que supuso la llegada de Zapatero al Gobierno, un presidente del PSOE que accedió por las urnas en una circunstancia extraordinaria y que en solo cuatro años tejió una coalición negativa y rompió todos los consensos de Estado que habían permitido a nuestro país incorporarse a Europa, afrontar las crisis económicas, enfrentarse con éxito al terrorismo nacionalista y aprender a convivir y a respetarse entre conciudadanos por encima de las viejas ideologías. No debemos olvidar que Sánchez es el heredero de ese presidente del PSOE que decidió utilizar todo el poder político y mediático para fomentar la creación de una extrema derecha institucional que rompiera el país en dos; que pactó políticamente con los terroristas; que inició los procesos de desestabilización de los territorios diseñando una segunda transición y un nuevo modelo territorial sin contar con los partidos nacionales y apoyándose en los partidos que no reconocen la nación común.

Pero nos descuidamos… y pasó. Y Sánchez sucedió a Zapatero, aquel presidente que presumía de «talante» mientras rompía los vínculos entre españoles y dilapidaba el espíritu de la Transición. Y *el asaltante* siguió la estela de su correligionario de partido, ese del que «los barones» decían que tenía *baraka*, por lo que le dejaban deshacer todos los pactos de Estado y cerrar acuerdos con los emisarios del terror…

Aún recuerdo las respuestas de dirigentes del PSOE cuando yo —que entonces era afiliada y cargo público del PSOE, presidenta de la delegación socialista española en el Parlamento Europeo— apelaba a ellos ante lo que estaba ocurriendo: «Rosa, es que tiene *baraka*… le va a salir bien…». «Oye, que si decimos algo se nos echará la gente del partido encima, nos van a acusar de favorecer al PP…». Y callaban. Porque ya entonces en el PSOE se odiaba más a la derecha que a ETA.

De aquella época es una portada de *El Mundo* en la que Zapatero, preguntado por dos fotos que se habían publicado el mismo día (en una estaba yo con víctimas del terrorismo y gentes de ¡Basta Ya! y en la otra una diputada socialista de Guipúzcoa con la abogada de ETA), contestó así: «Esta foto —la mía con víctimas— representa el pasado»; «Esta otra —socialistas con etarras—, el futuro». Ah, el poder y la falta de escrúpulos…

El guion estaba escrito. Y Sánchez tomó el testigo y puso en marcha la estrategia para demoler el sistema del setenta y ocho y degenerar la democracia. Y con un PSOE que ha venido cometiendo una traición tras otra a su propia historia democrática es como hemos llegado hasta aquí. Quien intentó dar un golpe en el seno de su propio partido en su 1 de octubre particular y promovió una moción de censura fraudulenta y destructiva para llegar a la Moncloa no ha dejado de demostrar desde entonces que está dispuesto a todo para permanecer en el poder. A las consecuencias de las decisiones de ese déspota enfermo de ambición de poder es a lo que España se enfrenta.

16

Sánchez fracasa al intentar prorrogar sin elecciones la presidencia obtenida con la moción de censura destructiva

Pedro Sánchez no pudo alargar la legislatura todo lo que hubiera querido y se vio forzado a convocar elecciones generales tras fracasar su intento de sacar adelante unos presupuestos con el apoyo de los partidos que votaron a favor de la moción de censura. Él, que había prometido durante el discurso de *la investidura del asalto* que convocaría elecciones inmediatamente, presentó una ley de presupuestos con cuya aprobación pretendía mantenerse en la presidencia del Gobierno al menos otro año más; pero PDeCAT y ERC (dos de los partidos que habían anunciado que su voto favorable a la moción era un no a Rajoy pero no suponía un sí a Sánchez) los rechazaron, a pesar de que en aquellos días previos al inicio del juicio contra los responsables del golpe perpetrado desde Cataluña el 1O, Sánchez jugó todas sus cartas para lograr el apoyo de los independentistas.

Para colocar al personaje que nos ocupa *en el lugar de la historia que le corresponde* es preciso recordar la forma en la que comunicó a los españoles la disolución de las Cámaras y la convocatoria de elecciones generales. Tras haber asaltado la Moncloa a través de una moción destructiva y apoyado por los enemigos de la España constitucional y democrática, Sánchez ya había demostrado que su única ideología es el sanchismo y que por eso se entiende tan bien con quienes actúan contra el orden constitucional proclamando que *la democracia está por encima de la ley* (palabra de Quim Torra).

Pero, para colocar a Pedro Sánchez en su nivel de indignidad histórico, hemos de hacer el esfuerzo de traer a la memoria cada uno de sus actos. Aquella comparecencia en la que anunciaba elecciones tras no poder prorrogar su asalto a la Moncloa podría resumirse como un compendio de

mentiras y propaganda electoral, una prueba más de que Pedro Sánchez considera que está por encima de su partido, desprecia a sus afiliados (a los que prometió consultar todo y nunca más volvió a pedir opinión sobre nada) y toma todas las decisiones pensando únicamente en su interés personal.

El presidente —«que soy yo», volvió a afirmar durante la comparecencia— comunicó a la opinión pública que la coalición Frankenstein que le hizo presidente el 1 de junio de 2018 había decidido no seguir pagándole el alquiler de la Moncloa y sus viajes en el Falcon. El impostor aseveró solemnemente en la sede del Gobierno de España que se veía forzado a convocar elecciones porque no había cedido ante las pretensiones de los independentistas. Y ahí colocó su primera mentira, porque él cedió al aceptar la legitimidad de todas las pretensiones de los separatistas, pero no pudo consumar la traición porque no podía darles lo que le exigían los sediciosos, quebrar la igualdad de derechos de todos los ciudadanos para que unos pocos españoles decidieran por todos el futuro de nuestro país. Y no pudo dárselo porque la nación es propiedad de todos los españoles.

Sánchez no se *resistió* a las pretensiones de los independentistas: simplemente no estaba en su mano darles *todo* lo que le exigían para seguir sosteniéndole como presidente. Lo cierto es que hasta aquel momento Sánchez se había doblegado al chantaje independentista en todas las ocasiones en las que encontró un subterfugio para hacerlo: calló y mantuvo la alianza con los independentistas cuando estos proclamaron que la Constitución era «antidemocrática» y que «las instituciones españolas son franquistas»; calló y otorgó cuando vetaron la presencia del jefe del Estado en Cataluña; abandonó a su suerte a los ciudadanos constitucionalistas en Cataluña permitiendo que los gobernantes autonómicos cerraran el Parlamento (aprendió la jugada para luego cerrarlo él, de forma reiterada e inconstitucional, durante la pandemia); consintió que sus socios sediciosos persiguieran a los constitucionalistas e incumplieran las sentencias de los tribunales en materias tan sensibles como la educación, lo que en 2022 hizo él mismo una vez que había sentencia firme que exigía al menos un 25 por ciento de enseñanza en español en las aulas; y, por último y para no ser exhaustivos, para mantenerse en la Moncloa constituyó una mesa de partidos paralela al Parlamento y aceptó nombrar un relator (modelo ensayado por ETA) porque así se lo exigió Torra, ese supremacista al que Sánchez ha hecho permanentes carantoñas.

Aunque en aquella comparecencia, que fue el pistoletazo de salida de su campaña electoral, presumiera de lo contrario, la mesa de partidos ya estaba

constituida, y si la figura del relator —anunciada y defendida por la vicepresidenta del Gobierno, Carmen Calvo— se quedó en grado de tentativa no fue porque Sánchez no estuviera dispuesto a ceder a los supremacistas catalanes lo que los demócratas españoles no cedimos ante ETA cuando nos asesinaba, sino porque la gente salió a la calle a reclamar el ejercicio pleno de sus derechos de ciudadanía y la radical oposición a que nos quitaran ni uno solo de nuestros galones de ciudadano.

Justo es recordar que Sánchez ha hecho de la mentira y el fraude su forma de gobernar. Llegó mintiendo (dijo que la moción de censura era solo para echar a Rajoy, que convocaría elecciones inmediatamente, que la presentaba para luchar contra la corrupción, que el PP había sido condenado por corrupción…) y convocó elecciones mintiendo.

Mentir es su forma de ser; Sánchez mintió sobre su currículum; mintió cuando afirmó que nunca utilizaría los votos de los independentistas para llegar al poder; mintió cuando afirmó que ningún miembro de su equipo duraría veinticuatro horas si montaba una sociedad para pagar menos impuestos; mintió cuando afirmó que su Gobierno sería *cercano a la gente* (menos ruedas de prensa con preguntas que ninguno de sus antecesores en el cargo); mintió cuando afirmó que su Gobierno sería *austero y transparente*, mientras declaraba secreto de Estado el importe de los viajes en el Falcon para ir a bodas, cumpleaños de amigos y parientes o mítines de su partido; y mintió como un bellaco cuando afirmó que nunca pactaría con Bildu —«Si quiere se lo digo veinte veces… No, no pactaré con Bildu»— o cuando prometió que no pactaría con Podemos —Porque representaban «pobreza, cartillas de racionamiento, falta de democracia y, sobre todo, desigualdad…», «y no dormiría por la noche».

Pero aquella comparecencia celebrada el 15 de febrero de 2019 sirvió también para confirmar que Sánchez no tiene el más mínimo respeto por la institución a la que representa ni por los ciudadanos a los que se dirige. No es solo que haya utilizado sistemáticamente el palacio de la Moncloa para hacer mítines, sino que hasta el día de hoy no ha mentido más —y en más idiomas— porque no ha tenido más tiempo u oportunidades para hacerlo.

En aquella comparecencia enlazó una falacia tras otra para tratar de justificar la *coalición negativa* que le encumbró; y en el colmo de la cara dura llegó a afirmar que durante los nueve meses que duró *el asalto* había impulsado *una televisión pública plural y ejemplar…* Él, que se cargó los restos del ente público para convertirlo en el desvergonzado vocero del

régimen sanchista… Lo dicho: no miente más por falta de espacio para colocar las mentiras.

Aunque el mayor alarde de cinismo que hizo Sánchez durante aquella comparecencia fue afirmar que su objetivo siempre fue *unir a los españoles*. Él, que llegó al Gobierno pactando con quienes han basado su ideario y su vida en romper la unidad de la nación y la igualdad de los españoles; él, que ha puesto su futuro en manos de quienes defienden a los asesinos de ochocientos cincuenta y siete españoles, escudos de nuestra democracia, osó proclamar que su objetivo era unir a los españoles. *La prepotencia, la arrogancia, la hipocresía, la insinceridad, la manipulación*… resumen las características de una personalidad que en psicología se denomina la triada oscura; todas ellas pueden apreciarse con toda crudeza en la actuación de Pedro Sánchez en aquella célebre comparecencia.

Mirándolo con una cierta retrospectiva, podríamos decir que Sánchez quedó retratado no solo por las mentiras que dijo, sino también por lo que calló. Fue una vergüenza que define bien al personaje que apenas mencionara el principal problema que entonces ya tenía de España: la pulsión separatista que ha hundido Cataluña y que nos amenaza a todos los españoles. Y es que la ruptura de la convivencia entre españoles que se extiende desde las instituciones catalanas había mudado de sede desde el momento en el que Sánchez, para llegar a la presidencia del Gobierno, selló su alianza con los catalanes que habían promovido la sedición y provocado un golpe desde las instituciones autonómicas catalanas.

Solo un político como Sánchez, un hombre sin escrúpulos, podía sellar un acuerdo con aquellos que defienden que la nación española es una ficción impuesta por la dictadura franquista. Solo un político sin escrúpulos puede mantener un acuerdo con quienes siguen adoctrinando en el odio a España y en la mentira sobre nuestra historia común; solo un político sin escrúpulos puede mantener alianzas con quienes quieren enterrar la Transición, el mayor logro de las generaciones que nos precedieron. Solo un político como Sánchez, un hombre borracho de ambición de poder, puede tomar el relevo de los golpistas catalanes para llegar a situar el epicentro del golpe en la Moncloa, sede del Gobierno de España. De aquellos polvos, estos lodos…

El legado de Sánchez es habernos dejado un país roto, confrontado, sin autoestima, en el que la propaganda y el circo han sustituido a la política y la demoscopia pretende suplantar a la democracia. Y merece que todos los españoles seamos conscientes de que lo que nos ha ocurrido no es consecuencia de la torpeza de un gobernante o de nuestra mala suerte, sino

que es el resultado de la estrategia desarrollada por un hombre carente de cualquier límite ético o moral que nunca ha cuestionado los métodos que ha de utilizar para conseguir el poder.

Sánchez no logró que sus socios le aprobaran los presupuestos y tuvo que convocar elecciones. Pero en la historia de la indignidad del impostor habrá de figurar que, para obtener el apoyo finalmente negado, Sánchez aceptó la exigencia de los independentistas de formar una «mesa de diálogo entre partidos» para abordar «el futuro político de Cataluña» y crear la figura del «relator» para que este certificara los acuerdos que en ella se alcanzaran. Llamando a las cosas por su nombre, Sánchez consintió que hubiera un mediador en sus conversaciones con Torra, entonces presidente de la Generalidad, lo que suponía aceptar el mismo nivel de legitimidad al Estado de derecho constitucional que a quienes querían hacerlo saltar por los aires. O sea que, para conseguir permanecer unos meses más en la Moncloa sin pasar por las urnas, Sánchez cedió a los secesionistas catalanes lo que los terroristas vascos nos exigían para dejar de matarnos. ¿Cabe mayor traición? También por cosas como esta Pedro Sánchez Pérez-Castejón se ha ganado *su lugar en la historia*.

Sánchez inauguró esa forma de hacer política —acuerdos con los enemigos de la democracia para sacar adelante las leyes— desde que llegó a la Moncloa. Para los presupuestos de 2019, mesa extraparlamentaria de partidos y relator; para los del 2022, presos terroristas a casa; para los de 2023, memoria democrática a cargo de Bildu y legalización de la sedición y la malversación para los golpistas catalanes. La historia de la indignidad del personaje merece capítulo aparte.

17

Sánchez es derrotado en su segundo intento de investidura

Si Sánchez se vio forzado a convocar elecciones fue no únicamente porque no pudo dar a los independentistas lo que no era de su propiedad; lo que le impidió alargar la situación de prórroga presupuestaria y/o mayores cesiones a los separatistas y proetarras fue que estaban convocadas elecciones municipales y autonómicas para el día 26 de mayo de 2019 y esa cita electoral ponía muy nerviosos a los alcaldes, presidentes autonómicos y candidatos del PSOE. Así que quienes aspiraban a revalidar o conseguir mayorías bajo las siglas del PSOE se plantaron y trastocaron los planes de Sánchez. Los «barones» de entonces —los mismos que ponen morritos cada vez que Sánchez perpetra un nuevo golpe contra la democracia en periodo preelectoral— se dieron cuenta de que no podían mantener el nivel de cesiones a los enemigos de España mientras ellos aspiraban a ser revalidados en las urnas e impidieron que Sánchez siguiera adelante con sus planes. Y el impostor tuvo que deshacer su acuerdo con los independentistas, lo que provocó que estos le rechazaran los presupuestos.

Sánchez intentó que las elecciones generales se celebraran el mismo día que las municipales y autonómicas, el superdomingo 26 de mayo. Pero los candidatos de su partido se opusieron, pues no querían ligar su suerte a la del impostor. Así que Sánchez convocó las elecciones generales para el 28 de abril y los barones respiraron aliviados, si bien esa decisión provocó que los españoles fuéramos dos veces en un mes a las urnas, con lo que eso suponía de gasto superfluo (más de 135 millones de euros) para las arcas públicas.

Sánchez fue fiel a su libro de estilo durante esa primera campaña que hizo desde la Moncloa, y durante todas sus intervenciones públicas silenció su intención de indultar a los líderes del golpe del 1 de octubre de 2017. Y en octubre de 2019, tras la sentencia del Supremo que juzgó y condenó a los

responsables del golpe, declaró: «Esta sentencia pone fin a un proceso judicial que se ha desarrollado —y me gustaría además subrayarlo— con plenas garantías y transparencia, y, como corresponde en un Estado social y democrático de derecho, el acatamiento de la misma significa su cumplimiento». Después, con idéntico grado de cinismo, indultaría a todos los delincuentes condenados para que no cumplieran su condena. Mentiroso compulsivo, sin remordimiento, sin empatía, con propensión al engaño…

Sánchez tampoco quiso desvelar durante la campaña quiénes serían sus socios preferidos para lograr una mayoría de gobierno, aunque colocó algunas sonoras proclamas que en breve tiempo se revelarían como clamorosas mentiras: «Con Bildu no vamos a pactar». «Yo no voy a permitir que la gobernabilidad de España descanse en partidos independentistas…». *La amoralidad, la sed de poder, la propensión al engaño*… son una constante en el comportamiento de una personalidad maquiavélica. Una vez más, y cuando de Sánchez se trata, todo se ve mejor a la luz de los rasgos que determinan su conducta política.

Y tras una campaña tensa y plagada de mentiras, se celebraron las primeras elecciones que Sánchez ganó tras su *asalto* a la Moncloa. El PSOE obtuvo 123 diputados (+38); el PP, 66 (-71), Ciudadanos, 57 (+25) y Podemos, 33 (-12). Y VOX entró en el Congreso de los Diputados con 24 diputados.

Con ese resultado, el rey propuso a Sánchez como candidato a la presidencia del Gobierno. Y el día 22 de julio se celebró la primera sesión de investidura, que se repitió el día 25 de julio al no obtener Sánchez mayoría absoluta en la primera. Y en esta segunda sesión, como le ocurrió en marzo de 2016 en su primer intento de ser investido presidente del Gobierno, Sánchez volvió a cosechar un estrepitoso fracaso al no conseguir que su candidatura —«mi persona», que diría él— obtuviera más votos positivos que negativos.

Esas sesiones pusieron de manifiesto una vez más que Sánchez lo tiene difícil cuando se trata de ganar sumando votos a su favor en vez de conseguir alianzas en negativo para derrocar al adversario, que él siempre convierte en enemigo. La capacidad de Sánchez para organizar coaliciones que resten y dividan a los españoles —comenzando por los de su propio partido político— resulta inherente en un personaje que para llegar y mantener el poder ha desarrollado una estrategia tan antigua como eficaz que consiste en aglutinar a la parte para romper el todo y lograr así *reinar* en una sociedad dividida y enfrentada, cada vez más debilitada para defenderse del poder absolutista que él ejerce desde el Gobierno.

Durante los debates previos a la votación de la fallida investidura del 25 de julio, Podemos exigió presencia en el Gobierno; y Sánchez se lo racaneó pensando que Iglesias finalmente no se atrevería a «unir su voto con la derecha» para impedir que él saliera elegido y creyendo que le volvería a funcionar la suma en negativo que lo llevó a Moncloa con la moción de censura destructiva. El *arrogante* advirtió a Iglesias de que si no le votaba sería responsable de «instalar el bloqueo y provocar nuevas elecciones el 10 de noviembre», y que «los ciudadanos no deben sufrir más la amenaza de una repetición electoral». Y lo dijo él, que había bloqueado la investidura de Rajoy durante cien días y que no consiguió que se repitieran las elecciones por tercera vez porque falló su golpe del 1O de 2016 ante el Comité Federal de su partido…

Iglesias —de macho alfa a macho alfa— se lo dejó claro también desde el primer momento: «Permítanme que le haga una advertencia: si ustedes mantienen la cerrazón de no hacer un Gobierno de coalición con nosotros (proporcional a los votos obtenidos), temo que usted no será presidente de España nunca». Sánchez replicó a Iglesias que no se pueden dar áreas de la máxima complejidad «a quien no tiene experiencia de gestión». Lo cual no impidió que meses más tarde lo nombrara vicepresidente para cumplir el único juramento al que es fiel y *no volver a pasar hambre*. Pero de eso trataremos en otro capítulo. Y así se dio paso al inicio de la campaña para la repetición de elecciones.

18

Sánchez vuelve a fracasar y tiene que convocar elecciones. Más mentiras

Considero un ejercicio de pedagogía democrática desmontar las mentiras en las que Sánchez basó toda su campaña para conseguir el suficiente número de votos *en negativo* que le permitieran ser investido presidente tras las nuevas elecciones celebradas el 10 de noviembre de 2019.

Sánchez inauguró en aquella campaña su táctica de calificar de *bloqueo* cualquier decisión democrática —ya sea judicial o política— que le impidiera hacer lo que le diera la gana en cada momento. Esa palabra no se le cayó de la boca desde que sufrió la derrota parlamentaria y fracasó en su investidura hasta el día en que fuimos por segunda vez a las urnas; y hoy en día esa sigue siendo la palabra fetiche para echar a la culpa a los demás —ya sean políticos, periodistas, jueces o ciudadanos en general— de las consecuencias de su incompetencia, sectarismo o incapacidad.

España no estaba «bloqueada» cuando Sánchez no pudo conseguir en el Congreso la suma en negativo que pretendió y logró en la moción de censura destructiva, sino que la fragmentación del voto emitido por los ciudadanos obligaba a los partidos políticos a buscar acuerdos para formar mayorías. En España no había bloqueo, sino que la actitud de *arrogancia y desprecio a los demás* del narcisista Sánchez fue rechazada en el Parlamento incluso por quienes ya se habían convertido en sus socios naturales, y ese hecho provocó que sus aspiraciones sufrieran nuevamente un estruendoso fracaso.

Durante toda la campaña de noviembre de 2019 Sánchez trató de instalar en la sociedad un *falso relato* al afirmar sin rubor que la oposición no había cumplido con su obligación de facilitarle la investidura. Tomen nota del hecho de que en aquel momento Sánchez defendía, para sí, la lista más votada, aunque cuando escribo este capítulo insulte y desprecie a cualquiera que suscite ese debate en la sociedad española.

El principio de trasposición de Goebbels —«Cargar sobre el adversario los propios errores o defectos»— es algo que Sánchez sigue practicando desde entones con fruición y diría que con notable éxito. Lo cierto es que el rey no manda a los grupos de la oposición para que voten al candidato que propone tras la ronda de contactos; el rey cumple con su mandato constitucional y propone a un candidato que es el encargado de buscar apoyos para conseguir la confianza y la mayoría parlamentaria. Cuando el candidato confunde *propuesta* con *designación* y actúa como si el rey pudiera dar instrucciones a los grupos políticos y suplantar al Parlamento y cuando el candidato trastoca el significado de *adhesión* equiparándolo a *acuerdo*, la oposición tiene el deber de ejercer como tal y garantizar la alternativa democrática rechazando su candidatura.

Además de culpar a la oposición por *desobedecer al rey*, Sánchez utilizó su *televisión pública a la carta* y a los medios de comunicación concertados para implantar una realidad alternativa, la verdad oficial: solo él podía encabezar un «Gobierno progresista». Definamos «progresista». ¿Son progresistas los partidos nacionalistas? No parece muy progresista reivindicar derechos *especiales* para los ciudadanos que viven en una parte de España; no parece muy progresista gobernar con los partidos que quieren perpetuar privilegios para una parte de los españoles respecto del resto…

No es progresista romper la unidad de la nación española, instrumento imprescindible para garantizar la igualdad efectiva de derechos de todos los españoles. No es progresista un Gobierno formado con el apoyo de los partidos políticos que tienen a sus dirigentes condenados por sedición y malversación de caudales públicos.

No es progresista considerar un ejemplo democrático el régimen totalitario de Maduro. El totalitarismo no es de derechas ni de izquierdas, sino que es un sistema incompatible con la democracia. Cuando Sánchez hacía esa reivindicación de progresismo en exclusiva para pedir el voto a los españoles, ya gobernaba con el partido bolivariano liderado por Iglesias en todas las comunidades autónomas y ayuntamientos en los que había conseguido sumar para desbancar a la lista más votada.

Tampoco es progresista entregar el control del Gobierno de una comunidad autónoma a un partido político liderado por un terrorista, como acababa de hacer con Otegi en Navarra tras prometer reiteradamente, antes de pedir el voto a los ciudadanos, que «con Bildu no pactaré… ¿Se lo digo más veces? Con Bildu no pactaré…».

Cuando se celebró aquella campaña y tras suscribir acuerdos de gobierno municipales y autonómicos con lo más reaccionario de la política española, supremacistas, separatistas, bolivarianos y terroristas, ya había quedado claro que Sánchez, ni solo ni en compañía de otros, podía presidir un Gobierno realmente progresista, pues había elegido como socios y compañeros de viaje a los enemigos de la libertad y la igualdad, partidos e individuos que llevaban décadas trabajando —y asesinando— para arrasar con los derechos inviolables que consagra nuestra Constitución. Eso es involución, no progreso.

Pero ante una sociedad ayuna de pedagogía democrática y con la mayor parte de los medios de comunicación subvencionados con dinero público, el pequeño Maquiavelo de la Moncloa decidió aplicar el principio de orquestación de Goebbels y repetir de forma incansable, sin fisuras ni dudas, la «idea» de que el progreso solo puede venir de la «izquierda». De ahí viene la famosa frase: «Si una mentira se repite lo suficiente, acaba por convertirse en verdad». Por aplicar con éxito en pleno siglo XXI y en un país miembro de la UE los principios de la propaganda de Goebbels sí que merece Pedro Sánchez Pérez-Castejón ocupar *su lugar en la historia*.

Otra de las frases acuñadas por el impostor en aquella campaña fue que «España necesita un Gobierno fuerte», cuando lo que nuestro país necesitaba, entonces y ahora, es un Gobierno bueno, que no es lo mismo. Un Gobierno bueno era y es aquel que restaure el Estado de derecho en toda España, que regenere las instituciones democráticas, que restablezca la igualdad de oportunidades, derechos y obligaciones ciudadanas, que no discrimine por cuna o lengua. Un Gobierno bueno es el que sea capaz de enfrentarse a la crisis política que sufrimos como consecuencia de los sediciosos y golpistas catalanes enquistados en el Gobierno de España por elección de Pedro Sánchez. Entonces, ahora y siempre, un Gobierno bueno es el que dice la verdad; y un Gobierno que dice la verdad no puede estar presidido por quien ha hecho de la mentira su seña de identidad y su forma de estar en la política y en la vida.

Un Gobierno bueno nunca será neutral frente a los que incendian las calles o impiden a los estudiantes el acceso a las aulas; un Gobierno bueno nunca apoyará, a través de sus propios ministros, a quienes provoquen o lleven a cabo actos violentos contra estudiantes o cargos públicos en las universidades; un buen Gobierno no equiparará jamás a los adversarios políticos con los enemigos de la democracia. Un Gobierno bueno no puede estar presidido por quien está aliado con los sediciosos y los golpistas. Un

Gobierno bueno no puede estar presidido por quien quiere cambiar la Constitución por la puerta de atrás para consagrar la desigualdad entre españoles. Un Gobierno bueno no puede estar presidido por un mentiroso sin escrúpulos.

Sánchez diseñó aquella campaña para convencer a la opinión pública de que la oposición era culpable de que se repitieran las elecciones por no haber «cumplido con su obligación constitucional» y permitirle que él fuera elegido presidente del Gobierno. Lo cual no deja de ser sarcástico si tenemos en cuenta que todo eso lo sostenía y argumentaba el tipo que tuvo que dimitir tras fracasar su particular golpe del 1O contra el Comité Federal de su partido porque le pillaron con una urna escondida tras una cortina y no pudo llevar a cabo el *pucherazo* y perdió una votación que hubiera provocado unas terceras elecciones en España; el mismo tipo que hizo del «No es no» a Rajoy la bandera para volver a ganar las primarias en su partido, sembrando el odio en unas bases tan sectarizadas que detestan más a la derecha que les puede ganar las elecciones que a los golpistas o terroristas que pretenden destruir la nación.

El mismo tipo que entorpeció la investidura del candidato que había ganado por dos veces las elecciones y que mantuvo la interinidad del Gobierno durante más de cien días, hasta el extremo de provocar un cisma en su propia organización política, defendiendo, para sí, que gobernara la lista más votada. Es un ejemplo más del desparpajo con el que utiliza la doble vara de medir esa izquierda que se atribuye una supremacía moral que niega con cada uno de sus actos.

19

Se repiten elecciones: menos votos, más poder. Pedro Sánchez forma un Gobierno Frankenstein para lograr en los despachos lo que los ciudadanos le negaron en las urnas

Y tras una campaña tramposa en la que Sánchez trató de colocar un falso relato sobre las causas que llevaron a la repetición de elecciones y en la que rechazó enfáticamente todo lo que estaba dispuesto a hacer *para no volver a pasar hambre* en cuanto se cerraran las urnas y se contaran los votos, los españoles dictaron su veredicto y este fue el resultado de las elecciones del 10 de noviembre de 2019:

El PSOE consiguió 120 diputados, tres menos que apenas siete meses atrás; el Partido Popular logró remontar 23 escaños, y llegó a los 89; VOX sumó 28 escaños y alcanzó la cifra de 52; Ciudadanos perdió 47 escaños y se quedó en 10. Y Podemos perdió 7 escaños, quedándose en 26. Los españoles castigaron a las fuerzas políticas que apoyaron a Sánchez en la moción de censura y dieron un creciente respaldo a las fuerzas de la oposición.

Y con este resultado —y esas perspectivas— Sánchez se dispuso a repetir la estrategia que inauguró en la moción de censura destructiva, eso es hacer *lo que sea y con quien sea* para acumular poder en sentido inverso al apoyo que recibía de los ciudadanos. *A Dios pongo por testigo de que no volveré a pasar hambre…* Y es que no se puede negar que Sánchez no lo hubiera dejado meridianamente claro desde que eligió el eslogan con el que su partido se presentó a las elecciones: «Ahora sí».

Durante la campaña llamó «dogmático» a Iglesias; de Casado dijo que «carece de sentido de Estado» y a Rivera lo calificó de «irresponsable». Y el último día, a horas de abrirse las urnas, se comprometió a hacer una oferta de negociación a todos los partidos «excepto a VOX». Se inauguraba

formalmente una nueva etapa en la que Sánchez y el PSOE estaban más cerca de los enemigos jurados y mortales de la democracia, terroristas y golpistas, bolivarianos y comunistas, que de VOX, un partido recién llegado al ámbito político y parlamentario, con el que se puede compartir o no ideología, pero que pertenece al ámbito constitucional y que nunca había puesto en riesgo ni suponía una amenaza para las libertades o la democracia. El *cinturón sanitario* inaugurado por el PSOE en Cataluña contra el PP se desplazó hacia VOX, si bien en el camino Ciudadanos había conseguido calificativos similares, a pesar de haber pactado con ellos más de cien medidas para hacerlo presidente. Todo vale para el convento…

Para conseguir el voto de los ciudadanos, Sánchez había dado su palabra —«palabra dada» y «Sánchez» es un oxímoron, lo sé…— de que si ganaba las elecciones volvería a introducir en el Código Penal el delito de convocatoria ilegal de referéndum: «Vamos a incorporar un nuevo delito para prohibir de una vez por todas la celebración de referéndums ilegales en Cataluña, como ha ocurrido cuando gobernaba el Partido Popular», afirmó durante el debate entre candidatos. El desahogo del que hace gala el tipo es total, pues la convocatoria ilegal de referéndums era un delito contemplado en el Código Penal hasta la reforma del año 2005, promovida y sacada adelante por José Luis Rodríguez Zapatero.

Y también avanzó su intención de que el expresidente de la Generalidad fugado fuera traído a España para responder por sus delitos. «A usted se le fugó Puigdemont y yo me comprometo hoy y aquí a traerlo de vuelta a España y que rinda cuentas ante la justicia española», le espetó a Casado, como si Puigdemont hubiera huido del PP y no de la justicia española.

Días después, al reiterar su compromiso durante una entrevista, un periodista le recordó que eso ya lo estaban haciendo el Estado y la justicia y que tal cuestión no se podía plantear como una promesa electoral, pues el juez Llarena como instructor del caso y la Fiscalía habían pedido la activación de la euroorden tras conocerse la sentencia del Tribunal Supremo. Momento en el que Sánchez rebeló su pulsión caudillista y su idea sobre lo que representa la separación de poderes: «La Fiscalía, ¿de quién depende? Pues ya está…». Y cuando la oposición le señaló el déficit democrático que muestra quien asegura que la Fiscalía estaba a sus órdenes, no se dio por aludido y volvió a mentir sobre sus verdaderas intenciones: «Nadie está por encima de la ley. Puigdemont es un prófugo de la justicia».

También, en aquellas semanas de la mentira encadenada para engañar a los ciudadanos antes de que fueran a la urna, Sánchez aseguró que su

Gobierno acataría el fallo del Tribunal Supremo sobre los presuntos delincuentes que estaban siendo juzgados por el golpe perpetrado desde Cataluña y concretó que acatar el fallo suponía «el íntegro cumplimiento» de la sentencia. «Nadie está por encima de la ley y todos estamos obligados a su cumplimiento», insistió el farsante. Y apenas dos años después, concedió una amnistía, con letra de indulto, a todos los delincuentes condenados en firme. Son motivos más que suficientes para que Pedro Sánchez Pérez-Castejón ocupe *su lugar en la historia*.

Fue durante esa campaña cuando Sánchez afirmó que si no había hecho coalición de Gobierno con Podemos tras las elecciones de abril fue porque si hubiera aceptado semejante coalición con Iglesias, «no dormiría por la noche, como el 95 por ciento de los ciudadanos de este país, que tampoco se sentirían tranquilos…». Su palabra duró vigente justo el tiempo que tardaron en contarse los votos una vez abiertas las urnas. Y en la misma noche electoral, tras salir ambos trasquilados (menos votos y menos escaños, el PSOE perdió en siete meses más de 760.000 votos…), Sánchez decidió cerrar un acuerdo exprés con el partido morado *para no volver a pasar hambre*. Y el lunes por la mañana y antes de reunirse con la Comisión Ejecutiva del PSOE, Sánchez encargó a Iván Redondo que contactara con Podemos y organizara una reunión con Pablo Iglesias. Cuando Sánchez acudió a la reunión con su Ejecutiva Federal tenía la decisión tomada, aunque a los 50 miembros de su dirección con los que se reunió no les dijo ni una palabra sobre su determinación de formar una coalición con los bolivarianos y comunistas comandados por Iglesias. Ni el máximo órgano de poder del PSOE ni las «sagradas bases» —a las que juró consultarles todo— tenían ni idea de lo que Sánchez, «el amado líder», estaba haciendo a sus espaldas.

Y ese mismo lunes, a las cuatro de la tarde, Sánchez e Iglesias se reunieron en la sede de la presidencia del Gobierno y en apenas una hora cerraron el acuerdo para formar una coalición de gobierno. Sánchez pidió a los españoles el voto para hacer una cosa e hizo justo lo contrario. Alfonso Guerra lo resumió así en enero de 2020: «Soy tan disciplinado que yo todavía estoy con la tesis que no puedo dormir pensando en Pablo Iglesias en el Gobierno, por disciplina a lo que dijo el secretario general de mi partido… pero a mí me sigue inquietando».

Fue en esos días cuando en el PSOE comenzó a normalizarse la traición a la democracia para impedir que gobernara «la derecha»; fue en ese periodo cuando Sánchez perdió la legitimidad de ejercicio en el cargo que había asumido utilizando las reglas del sistema democrático. Y aunque sigan

existiendo muchas personas con conocimientos y responsabilidades, tanto económicas como sociales, mediáticas o políticas que prefiere apuntar hacia otro lado a la hora de señalar al máximo responsable de la deriva y del retroceso democrático que sufre España, los culpables no son quienes acompañan a Sánchez en su Gobierno y en sus acuerdos para mantenerse en el poder, sino quien ha elegido ese camino y por eso ha optado por recorrerlo junto a unos socios con los que comparte la estrategia final, «el programa máximo», que decían los partidos políticos de izquierdas.

Fue Sánchez en solitario, al margen de su partido y contraviniendo todas las promesas electorales, quien decidió forjar una alianza antisistema que convierte el Gobierno de España en una anomalía en la Europa democrática. Sánchez es el autor intelectual de todos los acuerdos que persiguen la demolición del sistema democrático y la demonización del espíritu y la letra de la Transición y la Constitución del setenta y ocho. No ha hecho falta que nadie le instigue a negociar con los culpables de la mayor crisis democrática que está sufriendo España desde el fallido golpe de Estado perpetrado por Tejero en febrero de 1981. Sánchez asumió la dirección de un nuevo golpe de vaciamiento de las instituciones democráticas y de abaratamiento de los delitos que conducen a la ruptura del orden constitucional cuando decidió legitimar a golpistas y terroristas y concederles la categoría de «socios preferentes».

Después, y coherentemente, llegaría la legalización del delito de sedición y la rebaja de las penas por robar el dinero público para organizar el golpe contra la democracia o para financiar las campañas electorales de su partido. Sánchez es el abanderado de una encubierta e inconstitucional amnistía a los golpistas aduciendo la necesidad de tomar *decisiones políticas* y *desjudicializar la situación*. El aspirante a caudillo en la España de hoy se llama Pedro Sánchez Pérez-Castejón. Ese es otro logro por el que merece ocupar *su lugar en la historia*.

El 12 de noviembre de 2019 (dos días después de las elecciones) Sánchez cerró con Iglesias un pacto con el que, según él, no dormirían ni él ni el 95 por ciento de los españoles. Y lo «explicó» afirmando que lo que ocurrió en abril (su fracasada investidura, en la que pretendió que le apoyaran no solo Ciudadanos, sino toda la pléyade de enemigos del sistema del setenta y ocho) fue «una oportunidad histórica» que en noviembre se había convertido en «una necesidad histórica». Para que él *no volviera a pasar hambre*, se entiende. Mira por dónde, ahí dijo la verdad de lo que sentía, pues tras el rechazo que los ciudadanos le propinaron en las urnas, Sánchez comprendió

que nunca llegaría a ser presidente del Gobierno sin el apoyo de aquellos que quieren utilizar las instituciones para dinamitar el sistema democrático. Iglesias se lo advirtió en la fracasada sesión de investidura y Otegi, ese terrorista providencial en la vida de Pedro Sánchez, se lo recordaría a finales de 2022, tras apoyarle la ley de presupuestos para prorrogarle por un año el alquiler de la Moncloa: «No hay Gobierno de progreso en el Estado español si los que nos queremos marchar del Estado español, y además somos de izquierdas, no sostenemos esa oportunidad. Esa es la gran paradoja». También por este mérito merece Pedro Sánchez Pérez-Castejón ocupar *su lugar en la historia*.

Y en ese ambiente se celebró la sesión de investidura en la primera semana del año 2020. Y tras fracasar nuevamente en su primer intento, hubo de convocarse nueva sesión en la que ya solo se requería una mayoría simple, que Sánchez superó obteniendo la investidura más ajustada de la democracia, con el respaldo de 167 diputados, el voto negativo de 165 diputados y las abstenciones decisivas del partido de los secesionistas catalanes y del grupo parlamentario de los terroristas vascos.

Quiero llamar la atención sobre el hecho de que Pedro Sánchez se ha sometido en seis ocasiones a una votación de investidura, dos de ellas en marzo de 2016 (fracasadas ambas) y otras cuatro entre el 23 de julio de 2019 y el 7 de enero de 2020. Desde 1979 el Congreso ha votado dieciséis investiduras en veintidós sesiones (primera y segunda vuelta), y Sánchez ha protagonizado seis de ellas, lo que le ha llevado a ser el candidato más rechazado de la historia de la democracia española. Por ese reiterado fracaso y por haber conseguido hacerse con la presidencia primero con una moción de censura fraudulenta y después por un voto de diferencia, con el apoyo ciudadano más escaso de la historia de la democracia, a Pedro Sánchez Pérez-Castejón le corresponde ocupar *su lugar en la historia*.

Con estos antecedentes y tras ser elegido, Sánchez inició su discurso con una frase tal falsa como quien la pronunció: «No se va a romper España». La respuesta se la dio Montserrat Bassa —hermana de Dolors Bassa, exconsejera catalana condenada a doce años de cárcel por sedición y malversación—, que actuó en aquel Pleno como portavoz de Esquerra Republicana. La portavoz del grupo que había hecho presidente del Gobierno a Sánchez no dudó en calificarlo —a él y al resto de los diputados socialistas— de «verdugos» y «cómplices de la violencia policial». Y zanjó: «Personalmente me importa un comino la gobernabilidad de España». Ni que decir tiene que sus palabras

denigratorias fueron recibidas sin el más mínimo parpadeo por el recién elegido presidente y por el resto del Grupo Socialista.

Sánchez consiguió el poder engañando a los votantes, engañando a sus militantes, engañando a todo el mundo. Y para cumplir su juramento de *no volver a pasar hambre* ha mantenido el poder desarrollando una estrategia que bordea la legalidad o la vulnera directamente, pues no hemos de olvidar que su Gobierno ha sido condenado por el Tribunal Constitucional en dos ocasiones consecutivas por haber adoptado acuerdos que suprimen derechos fundamentales de los españoles. Esa pulsión que mueve a Sánchez en la que se unen la ambición de poder más desmedida y la completa ausencia de límites provoca que la sociedad española lleve años padeciendo un Gobierno que va encadenando leyes ideológicas, insolventes y negativas para el conjunto de la sociedad, particularmente para quienes más necesitan de la protección del Estado. Pedro Sánchez Pérez-Castejón se ha ganado, también por eso, *su lugar en la historia*.

En la etapa final de su legislatura, con dos procesos electorales que no puede evitar, Sánchez ha redoblado sus esfuerzos para gobernar como un auténtico autócrata y sin ningún tipo de control democrático, acelerando su particular golpe contra el sistema del setenta y ocho para mantener el poder, aunque pierda las elecciones. No hay institución que esté a salvo de su ambición; él pudre todo lo que toca mientras desarrolla milimétricamente una estrategia para pervertir el lenguaje y, a partir de ahí, pervertir las propias instituciones.

No hay más que ver cómo utiliza a la presidencia y la Mesa del Congreso de los Diputados para privar al legislativo de su derecho constitucional al debate de las leyes y a ejercer el control sobre el Ejecutivo; o las leyes *ad hoc* que dicta para desposeer de competencias a los órganos de la justicia y parasitarlos hasta convertirlos en una «delegación» del Gobierno; o la desvergüenza de que hace gala nombrando para el Tribunal Constitucional a magistrados de obediencia debida con el objetivo de convertir al órgano de garantías constitucionales en la correa de transmisión del Gobierno. Todo ello sin olvidar que ha transformado a la Fiscalía General del Estado —diferentes perros, los mismos collares— en el despacho de abogados de la defensa del Gobierno.

Por duro que a algunos les resulte aceptarlo, con unos dirigentes sin principios morales que les guíen, en el Partido Socialista Obrero Español ha desaparecido todo resto de socialdemocracia liberal y reformista y el PSOE es hoy simplemente una sigla, una marca comercial, «una carcasa útil a

comunistas y asimilados que lo han colonizado como hace el cangrejo ermitaño para sobrevivir», en precisa definición de Jesús Cuadrado, un antiguo militante socialista, exdiputado y exdirigente castellano del PSOE. Pero el culpable de esa deriva del socialismo español no es solo Sánchez, ni siquiera lo es Zapatero, quien inició la migración de su partido hacia la extrema izquierda populista. La responsabilidad es del conjunto de las mermadas bases socialistas y de la cobardía de sus barones que, preocupados por repetir como candidatos, no quieren arriesgarse a que internamente les acusen de «traidores» por comportarse como constitucionalistas y no como nacionalistas de partido.

Es el PSOE el que ha convertido el Gobierno de España en una anomalía en la Europa democrática. Es el PSOE el que ha elegido unos socios de Gobierno que rechazan sus colegas socialdemócratas de toda Europa. En Francia, Alemania y casi toda la Unión Europa gobiernan coaliciones centristas. La *premier* socialista danesa rompió en diciembre de 2022 su coalición con partidos de extrema izquierda y se alió con dos fuerzas liberales porque sabe que los desafíos de una economía cada vez más globalizada obliga a tomar decisiones que no pueden depender de obsesiones ideológicas ya fracasadas. En Suecia, el SAP, partido similar al antiguo PSOE, tras haber ganado las elecciones, decidió irse a la oposición, apartándose como de la peste de una alianza con los comunistas.

Pero en España el PSOE le sigue la corriente a Sánchez y vota todo tipo de leyes ideológicas tan absurdas como negativas para el progreso de la sociedad. La diferencia estriba en que en Suecia y en Dinamarca los socialistas tenían al frente del partido a estadistas como Magdalena Andersson y Mette Frederiksen, respectivamente, patriotas que anteponen la defensa de lo común a su ambición de poder personal o al interés puntual de su partido político, mientras que en el PSOE hace mucho que no existen un Besteiro o un Fernando de los Ríos, personas capaces de recuperar lo mejor de la historia del socialismo español y de amar más a su país que a las siglas de su partido. En una organización mermada en sus activos en la que la obediencia al jefe ha sustituido al debate de las ideas y la ambición de poder es la ideología dominante, en la que no se encuentran personas con convicciones éticas y morales que sometan su ideología al interés general, hay campo libre para los *cangrejos okupas*, que dice mi amigo Jesús Cuadrado. Así es como el PSOE se ha hundido en la miseria, así es como ha traicionado a la democracia que otrora luchó por construir, así es como se ha convertido en un instrumento inútil para resolver los problemas de los ciudadanos y en

un peligro para la seguridad nacional. También por ese «logro» le corresponde a Pedro Sánchez Pérez-Castejón ocupar *su lugar en la historia*.

20

Sánchez formó un Gobierno con el objetivo de romper la unidad de la Nación

A esta situación de deterioro de nuestro sistema democrático no hemos llegado solo porque a la ambición desmedida de quien hoy preside el Gobierno de España se suma la complicidad borreguil de todo su partido. Para que la impostura de Sánchez haya cosechado éxito en nuestro país ha sido necesario contar con la pasividad de los españoles, víctimas no inocentes de sus engaños y mentiras. También desde la perspectiva ciudadana es hora de que hagamos autocrítica y nos neguemos a «obedecer por anticipado» a quien, mintiendo por sistema, dirige el Gobierno de España.

«No se va a romper España», dijo el impostor durante la presentación del programa de Gobierno, tras lograr ser investido presidente. Veamos cómo y a qué velocidad los hechos han desmentido la proclama.

España tiene hoy un Gobierno legítimo de origen e ilegítimo de ejercicio porque se ha forjado en alianza con los enemigos de España con el objetivo de romper *lo más sagrado*, la unidad de la Nación, que no es un sentimiento o una emoción —asunto privado de cada uno de nosotros—, sino el instrumento imprescindible para garantizar la igualdad efectiva de derechos de todos los españoles. Y arrastra también una ilegitimidad de ejercicio porque gobierna haciendo justo lo contrario de aquello que prometió para que los ciudadanos votaran las candidaturas con la sigla del PSOE que él encabezaba.

Sánchez trabaja para romper la igualdad de los ciudadanos porque gobierna asumiendo como propias las reivindicaciones de los supremacistas que alardean de poseer un supuesto *derecho natural* que los convierte en superiores al resto de sus conciudadanos. Y por eso —y por su supina ignorancia— defiende con total desparpajo la peregrina idea de que España es una nación de al menos tres naciones, como proclamó en septiembre de 2017, días antes del golpe que se llevó a cabo desde Cataluña: «Convendrá conmigo

en que, a lo largo de la prolija realidad o historia nacional de nuestro país, ha habido algunos territorios que en algún momento han manifestado su vocación de ser nación: Cataluña, sin duda alguna, País Vasco, también, Galicia también». Un concepto de nación que no le impidió ganar las primarias en su partido cuando Patxi López, su entonces contrincante y ahora asalariado peón de brega, le espetó aquello de «Vamos a ver, Pedro, ¿sabes lo que es una nación?». A lo que contestó: «Por supuesto; es un sentimiento que tiene muchísima ciudadanía, por ejemplo en Cataluña, por ejemplo en el País Vasco, por razones culturales, históricas o lingüísticas». ¿Cómo explicarle al tipo que los sentimientos no otorgan derechos? ¿Cómo explicarle al tipo que la política y la democracia no están para proteger los sentimientos de nadie, sino para garantizar los derechos de todos, la libertad y la igualdad por encima de todos los demás?

Sigamos desmontando *su historia*. «Haz que pase», fue el eslogan elegido por sus publicistas para la campaña del 28 de abril de 2019. Fracasado su intento de investidura, se presentó ante los españoles con un nuevo lema: «Ahora España», que fue sustituido rápidamente por «Ahora sí»; o sea, ahora sí que sí, *no volveré a pasar hambre*.

Y para cumplir con ese juramento ungió como vicepresidente a Iglesias e inició el proceso para lograr la mayoría parlamentaria negociando con los independentistas catalanes condenados y encarcelados por graves delitos contra la democracia y con los prófugos de la justicia y sus validos mientras sus delincuentes interlocutores anunciaban su firme compromiso de repetir el golpe contra la democracia. Eso tras haber dado a los terroristas de Otegi el control sobre el Gobierno de Navarra a cambio de recabar su apoyo para poder alcanzar él la presidencia de España.

Que el Gobierno que hizo Sánchez era un instrumento para provocar la ruptura de España resulta sencillo de apreciar, aunque desde que la propaganda sustituyó a la información nos movamos en un marco prefigurado entre quienes no tienen escrúpulos y solo aspiran a conseguir el poder y quienes aprovechan esa circunstancia para lograr su objetivo de vulnerar impunemente el orden constitucional que sostiene la nación española y la democracia. Repasemos la posición de los actores del Gobierno que organizó Sánchez en relación con la cuestión central, el que Sánchez formó con el objetivo de romper España.

Sánchez hizo vicepresidente a Iglesias cuando este sostenía que la autodeterminación es un derecho de los catalanes y, por supuesto, de los vascos y el resto de las regiones que él —como Sánchez— considera naciones

dentro de la nación. Iglesias ya no está en el Gobierno, pero sus ministros siguen defendiendo la necesidad de eliminar el artículo 1.2 de la Constitución: «La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado». Liquidar la soberanía nacional es romper España. Y en eso están.

Sánchez nombró vicepresidente a Iglesias y formó Gobierno con su partido sabiendo que apoyan a la plataforma «Adiós, monarquía; hola, democracia» que promueve la realización de una «consulta popular» en toda España para decidir sobre monarquía o república. El hecho de que la consulta no tenga valor jurídico vinculante no merma la gravedad de su objetivo y sus consecuencias políticas. Que uno de los partidos del Gobierno defienda una posición que vulneraría el artículo 1.3 de la Constitución: «La forma política del Estado español es la monarquía parlamentaria» significa que desde el Gobierno se trabaja para romper España. Ese es el mensaje que envía Sánchez, que es quien eligió esos socios.

Junqueras, condenado por graves delitos contra la democracia española, pasó de aquel apretón de manos con Sánchez en el Congreso de los Diputados —en pleno debate de investidura y cuando el delincuente estaba en prisión preventiva—, jalonado con la frase «Tenemos que hablar», a negociar desde la cárcel, ya condenado, la composición y el apoyo al Gobierno de coalición y una amnistía encubierta para él y todos sus cómplices. Así se rompe España.

Junqueras exigió a Sánchez que reconociera que lo que ocurre en Cataluña es consecuencia de un «conflicto político»; y el PSOE aceptó esa definición para «sacar la política de los tribunales», que es como han dado en llamar a la impunidad de los políticos delincuentes. Y desde el Gobierno se fue preparando el camino con declaraciones como: «Es preciso encontrar cauces para que los independentistas no tengan que delinquir». O sea, vamos a legalizar el delito y así no habrá delincuentes… Que es lo que ha hecho al legalizar la sedición por la vía exprés a finales de diciembre de 2022. Sánchez asumió con total desparpajo la posición antidemocrática de quienes habían sido condenados por cometer graves delitos contra el ordenamiento jurídico y el orden constitucional, lo que resulta una clara vulneración del artículo 9.1 de la Constitución: «Los ciudadanos y los poderes públicos están sujetos a la Constitución y al resto del ordenamiento jurídico». Así se rompe España.

Junqueras exigió a Sánchez bilateralidad, mesa de partidos extraparlamentaria y mediador; y el impostor aceptó hablar «de todo», como si la soberanía nacional, la igualdad y la seguridad jurídica, la separación de poderes, la jerarquía normativa, la responsabilidad y la interdicción de la

arbitrariedad de los poderes públicos y el resto de los principios fundamentales de la democracia fueran negociables al margen de las instituciones y saltándose los procedimientos constitucionales. Y todo *para no volver a pasar hambre*. Así se rompe España.

Sánchez inició negociaciones para conformar una mayoría parlamentaria con el prófugo Puigdemont (ese al que en campaña electoral se comprometió a traer a España para que fuera juzgado) y con su valido, el supremacista Torra, a la vez que ambos vetaban y reprobaban al jefe del Estado, calificaban de dictatorial nuestra Constitución y reiteraban que repetirían el golpe contra la democracia en cuanto tuvieran oportunidad. Así, negociando con golpistas, se rompe España.

Iceta, el entonces primer secretario el PSC, defendía, mientras se formaba ese Gobierno, que Cataluña es una «nación» y que España es un «Estado plurinacional» compuesto por «ocho naciones»: «Las he contado. Según los Estatutos de Autonomía, ocho, y si sumamos el preámbulo de Navarra, nueve». Lo que supone el incumplimiento tanto del artículo 1.2, «La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado», como del artículo 2 de la Constitución: «La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la nación española, patria común indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas». Como premio por haber encontrado cinco naciones más de las que él mismo había señalado inicialmente, Sánchez lo nombró ministro, y envió a Cataluña, a apalancar un Gobierno golpista que se ha quedado en minoría por peleas entre ellos, a quien fuera ministro de Sanidad durante la pandemia, al ministro de los ciento cincuenta mil muertos, impune hasta ahora tras frenar la Fiscalía todas las investigaciones por su nefasta y mortal gestión. Así se liquida la soberanía nacional, así se rompe España.

Meritxell Batet, militante del PSC y nominada por Sánchez para presidir el Congreso de los Diputados, utiliza su mayoría en la Mesa para obedecer cualquier instrucción del Gobierno, llegando a cerrar inconstitucionalmente el Parlamento. Así se devalúan las instituciones, así se rompe España.

Otegi, bajo cuya tutela gobierna Sánchez en Navarra, es un terrorista que nunca ha renunciado a los objetivos de ETA, que no reconoce ninguno de sus crímenes, que nunca ha pedido perdón por el sufrimiento causado y que sostiene que en España no hay democracia. Así se burla el artículo 1.1 de la Constitución. «España se constituye en un Estado social y democrático de derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico

la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político». Así se rompe España.

Son solo algunos ejemplos que confirman lo obvio: ¿cómo no se va a romper España si Sánchez formó un Gobierno sostenido en una mayoría parlamentaria cuya razón de ser y existir ha sido y es precisamente esa? Otegi ya le recordó a Sánchez en noviembre de 2022, tras el acuerdo para apoyar los presupuestos, que no habría gobierno progresista de España sin el apoyo de quienes se quieren marchar de España. El término «progresista» definido por un tipo condenado por terrorista, portavoz de Batasuna, disuelta por los tribunales de justicia europeos por formar parte del entramado de ETA, jefe del partido al que Sánchez ha encargado que escriban la «memoria democrática de España», tutor del Gobierno de Navarra… Estos son los «progresistas» que ha elegido Sánchez para que le acompañen desde el primer minuto en el que consiguió llegar a la Moncloa.

Sánchez es el hombre imprescindible para que los enemigos de España logren su objetivo de abolir el sistema del setenta y ocho, lo que provocaría que la crisis institucional y política que venimos sufriendo se convierta en una crisis de Estado. Los enemigos de la España constitucional y democrática no tienen votos para reformar la Constitución ateniéndose a sus normas; pero con el concurso de Sánchez pueden —ya lo están haciendo— derogar el ejercicio efectivo de alguno de sus artículos fundamentales. No olvidemos que la libertad de expresión o de movimiento o el derecho a utilizar y a ser educados en la lengua común o el acceso a la función pública en condiciones de igualdad con las lenguas cooficiales son derechos de todos los españoles que ya han sido negados, cuestionados o directamente abolidos en la práctica para quienes no se someten al infame pacto entre socialistas, nacionalistas, independentistas y proetarras. Así se rompe España.

Sánchez nos ha llevado a los españoles al borde del precipicio. Sería dramático que lo que no pudo conseguir ETA asesinando contra la democracia a ochocientos cincuenta y siete de nuestros mejores conciudadanos, provocando el exilio de miles de demócratas vascos, causando el dolor de miles de familias huérfanas de padre, de hijo, de hermano asesinados por defender la democracia… lo lograran ahora los enemigos de la misma merced al apoyo y a la coincidencia de intereses con una generación de socialistas traidores a su historia y borrachos de ambición.

Romper España no es una opción ideológica, salvo para aquellos que están dispuestos a matar —lo hicieron para intentar impedir que triunfara la democracia— o a dar golpes de Estado para conseguir sus objetivos políticos.

Romper España es destruir nuestro marco de convivencia y es, por tanto, una tragedia para la democracia. Junto a esa gente camina Sánchez; y por esa pulsión rupturista que le lleva a elegir el poder frente a la democracia se ha ganado Pedro Sánchez Pérez-Castejón un lugar en la historia de la indignidad.

21

De cómo Sánchez ha perdido la legitimidad de ejercicio

Que Pedro Sánchez llegó al Gobierno a través de un procedimiento democrático no está en discusión. Como tampoco lo está el hecho de que en el ejercicio de su función haya perdido la legitimidad de origen, pues obtuvo el respaldo de los ciudadanos (el más exiguo de cualquier Gobierno de nuestra democracia) mintiendo sobre sus verdaderas intenciones y está utilizando las instituciones para destruir el propio sistema democrático.

A estas alturas, el lector ya habrá encontrado suficientes datos contrastados que demuestran cómo el golpe contra el orden constitucional que en 2017 se provocó desde Cataluña lleva cuatro años, al menos, gestándose desde la Moncloa, lo que permite afirmar que el Gobierno presidido por Pedro Sánchez ha perdido la legitimidad democrática en el ejercicio de su función.

Pedro Sánchez formó un Gobierno decidido a ejercer el poder despóticamente porque su personalidad narcisista le lleva a considerarse *un ser superior*, *arrogante y vanidoso que desprecia a los demás*; y así lo confesó expresamente cuando, en su primera intervención tras la sesión de investidura —en la que salió elegido, por los pelos, presidente del Gobierno de España—, afirmó que «la ley por sí sola tampoco basta», una proclama que es toda una declaración de intenciones y resume el espíritu fundacional del Gobierno que habría de formar para España.

El contexto importa. Y es que Sánchez pronunció esa peligrosa sentencia para defender la «legitimidad» de sus pactos con un partido dirigido por un delincuente juzgado y condenado por delitos de sedición y malversación de caudales públicos, o sea, condenado por golpista y por corrupto. Y lo hizo, esto también importa reseñarlo, contraponiendo al principio de legalidad la «legitimidad democrática» de su pacto con el delincuente, lo que demuestra una defectuosa comprensión de lo que significa la democracia, o, lo que es

peor, una tendencia a la complicidad flagrante con quienes con sus actos se sitúan fuera de la ley.

Claro que la vulneración de la norma democrática y la falta de supeditación a las leyes para lograr objetivos políticos ya había sido ensayada en España de forma cruel y sangrienta por otro de los nuevos socios del socialismo español. Quienes extorsionaban, amenazaban y asesinaban en nombre de ETA también proclamaban que lo hacían «por la democracia y por el pueblo». Ellos, ahora socios predilectos elegidos por Sánchez, sostenían entonces, como hace él ahora, que la democracia ha de estar «por encima de la ley». Esa coincidencia de pensamiento entre el PSOE y Bildu fue recibida de forma alborozada por la portavoz filoetarra Aizpurua; Sánchez la escuchó impertérrito y le agradeció «el apoyo», mientras la bancada socialista aplaudía a la heredera y portavoz de ETA. ¿Cabe mayor indignidad y ejemplo más claro de deslegitimación democrática de un partido otrora constitucionalista y defensor de las libertades y de la democracia?

Para concluir el argumento de que Sánchez, su Gobierno y su partido han perdido la legitimidad de origen por la forma en la que ejercen el poder político es determinante analizar el contexto en el que se producen los hechos. Cuando el impostor declaró en sede parlamentaria que la ley por sí sola no basta, Torra era presidente de la Generalidad y había sido inhabilitado por tomar decisiones contrarias a derecho y proclamaba que no cumpliría la resolución de la Junta Electoral Central. Y Pablo Iglesias, futuro vicepresidente del Gobierno de España, calificaba de «independentistas presos» a los delincuentes golpistas y «exiliados» a los prófugos de la justicia mientras los comunistas que le acompañarían al Gobierno exigían que se depurara a los jueces.

Que el recién elegido presidente realice una declaración de ese calibre mientras los partidos que le han dado la exigua mayoría intentan deslegitimar las instituciones retrata la ausencia de principios democráticos del personaje que preside el Gobierno de España. Que sin ley no hay democracia es un concepto tan básico que no cabe imaginar una comunidad de ciudadanos libres e iguales sin estar sometida al imperio de la ley, pues la democracia no puede existir, en ningún sentido real de la palabra, sin el imperio de la ley. Es esta la que crea el marco dentro del cual la «voluntad soberana» puede llevarse a la práctica y solo son legítimas las instituciones (o los acuerdos) que reposan sobre fundamentos legales. Fuera de la ley no hay democracia.

Desde el mismo momento en que Sánchez situó la acción de su Gobierno fuera de la ley («La ley por sí sola tampoco basta»), perdió toda su

legitimidad democrática. La impunidad descarnada, la obscena irreverencia contra el Estado de derecho y sus instituciones, el ataque a la separación de poderes, las amenazas a los jueces, a los partidos de la oposición, a los medios de comunicación críticos y libres… todo lo que iba a constituir su acción de gobierno quedó definido en aquella sesión. El aplauso que brindó a los comunistas que amenazan las libertades, su complacencia con los pistoleros que han provocado exilio, sangre, miedo y dolor a miles de españoles y su complicidad activa con todos aquellos que proclaman su intención de liquidar el concepto de ciudadanía retratan el nivel de degeneración democrática al que ha llegado el socialismo español. Todos estos hechos hacen acreedor a Pedro Sánchez Pérez-Castejón de ocupar *en la historia el lugar que le corresponde* a un traidor.

Pero seamos justos con Pedro Sánchez. De la misma manera que un personaje con tan escasas convicciones democráticas nunca hubiera llegado a ser secretario general del PSOE si Zapatero no le hubiera precedido en el cargo, resulta evidente que Sánchez no hubiera podido llegar tan lejos en el desarrollo de sus políticas antisistema si no hubiera contado con el apoyo de todo el Partido Socialista. Nos equivocaremos si miramos solo o principalmente a los socios de Sánchez para buscar responsables o culpables del deterioro de nuestro sistema democrático. Sánchez ha marcado la hoja de ruta, pero todo el PSOE, su empresa familiar, le ha seguido como una sola oveja; son los socialistas quienes nos la han jugado a todos los españoles. No hay lugar para la esperanza en una organización política que se somete gustosa a la tiranía de su caudillo y renuncia a conocer la verdad de los hechos para escuchar solo lo que quiere oír. Sánchez es culpable, sí; pero el PSOE es el responsable. Que nadie lo olvide.

22

Sánchez culpable, PSOE responsable

Nada de lo que ha ocurrido en España en los últimos años hubiera sido posible si el Partido Socialista Obrero Español hubiera seguido siendo un partido de corte socialdemócrata, caracterizado principalmente por ser un partido nacional y defensor de la igualdad de todos los españoles.

Desde el balcón de mi casa suelo ver pasar un rebaño de ovejas que vienen de la otra parte del río y caminan ordenadamente hasta unos prados que hay en la parte de atrás de la vivienda. Van acompañadas por un perro que apenas tiene trabajo, pues todas ellas siguen cabizbajas a la oveja que lleva el cencerro. El can se limita a recoger a alguna coja (en todo rebaño hay una oveja coja…) que se queda rezagada. Ninguna de ellas levanta la cabeza ante los coches que paran en el arcén para dejarlas cruzar la calzada; ellas conocen la rutina y sobreviven cómodamente instaladas en ella.

Cuando veo el rebaño me vienen a la mente los afiliados del Partido Socialista Obrero Español y me da por pensar que si levantaran un poco la cabeza las cosas podrían ir de manera muy diferente en España.

Si los afiliados del PSOE se atrevieran a levantar la cabeza, se percatarían de que fue con Zapatero cuando comenzó a irse al traste el Partido Socialista que muchos vascos conocimos, un partido resistente al fanatismo nacionalista y cuyas propuestas políticas defendimos con riesgo de nuestra propia vida. Si se atrevieran a levantar la cabeza, quizá se darían cuenta de que la democracia incluye a todos los demócratas —el pluralismo ideológico es la definición de una sociedad plenamente democrática— y que la única línea divisoria en un país sometido a los envites secesionistas y totalitarios es la que separa a los demócratas de los enemigos de la democracia y de sus cómplices. Si se atrevieran a levantar la cabeza, verían con horror que hoy los dirigentes de su

partido están mucho más cerca de los Otegi que de los Iturgaiz, más cerca de los terroristas que de sus víctimas.

Si los socialistas que siguen perteneciendo al rebaño se atrevieran a levantar la cabeza, serían conscientes de que su partido se ha saltado todas las líneas rojas impuestas por los principios democráticos más básicos; y descubrirían con estupor que su Gobierno «progresista» protege a los delincuentes de todo tipo y condición y que, por eso, impulsa leyes para rebajar las penas de los pederastas, de los violadores, de los agresores sexuales, de los corruptos o de los golpistas.

Si los socialistas levantaran la cabeza, es muy posible que descubrieran que el rebaño con el que siguen caminando no tiene nada que ver con aquel partido al que se unieron para construir la democracia. Si se atrevieran a levantar la cabeza, se darían cuenta de que están caminando hacia el precipicio guiados por un *pastor* que reniega de la Transición y que ha decidido cambiar la Constitución por la puerta de atrás, parasitando el Tribunal Constitucional para sacralizar la asimetría de derechos de los ciudadanos y para que sus magistrados de obediencia debida terminen declarando «constitucional» toda decisión que rompa la unidad de la nación.

Si los afiliados del PSOE se atrevieran a levantar la cabeza, se encontrarían con que su *pastor* ha roto en unos pocos años los vínculos de ciudadanía que tanto nos costó construir entre españoles. Si levantaran la cabeza, comprobarían que su pastor ha resucitado a Franco aplicando la misma táctica de quien grita «¡Que viene el lobo!» para aglutinar el rebaño. Y a poco que se fijaran se darían cuenta de que *el lobo* solo sobrevive en las ensoñaciones del *pastor* que lo desentierra para *pasar a la historia*…

Pero, por más que miro al rebaño socialista, no encuentro a nadie que se atreva a levantar la cabeza y señalar que *el pastor* está extraviado y los está conduciendo al precipicio. Y veo cómo los socialistas tragan sin masticar lo que les echen, desde la legalización de la sedición a la rebaja de penas para los corruptos, pasando por la desobediencia de las sentencias que protegen el derecho de los españoles a estudiar en la lengua común del Estado.

Y el cencerro sigue sonando mientras los socialistas dirigidos por Sánchez van desmantelando la democracia; y todos van detrás, calladitos y obedientes, para conseguir que *el pastor* les dé su ración diaria de comida. Ser parte del rebaño ayuda a sobrevivir; para una oveja es un buen plan.

23

Credenciales de Pedro Sánchez para ocupar un lugar en la historia

Las personas deben ser juzgadas por sus actos, no por lo que dicen de sí mismos o por las virtudes o defectos con que otras personas puedan señalarlas. Pedro Sánchez es un personaje en el cual existe una lejanía brutal entre lo que afirma y lo que hace, entre la calificación que da a sus actos y los efectos que produce cada uno de ellos, entre la propaganda con la que se adorna y la realidad de los hechos que protagoniza. Por eso, para hacerle justicia y poder situarlo en el lugar de la historia de España que le corresponde, resulta imprescindible que repasemos algunos de los hitos de su biografía política. Todo ello sin olvidar que conocer la motivación de sus actos resulta esencial para encajar las piezas y entender el tipo de personaje ante el que nos encontramos.

Megalomanía

El Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española describe la megalomanía como «manía o delirio de grandeza». Los expertos también definen la megalomanía como un rasgo de la personalidad que se caracteriza por que aquellos que lo desarrollan tienen ideas de grandeza que les permiten mentir, manipular o exagerar algunas situaciones a fin de conseguir sus objetivos.

«Una de las cosas por las que pasaré a la historia es por haber exhumado al dictador». Esta frase fue pronunciada por Pedro Sánchez el 28 de noviembre de 2022 durante el transcurso de un acto celebrado en el Ateneo de Madrid para rendir homenaje a la fallecida Almudena Grandes. Solo alguien en el que concurren los *tres rasgos del mal carácter* (psicopatía, maquiavelismo y narcisismo) puede reivindicarse a sí mismo —«pasaré a la

historia» por desenterrar a un muerto— en un acto organizado por familiares y amigos para honrar la memoria de una muerta. Estamos ante un ejemplo de megalomanía que es de manual.

Impostura

Cuando Pedro Sánchez comenzó a despuntar como aspirante a la Secretaría General del PSOE, un reputado dirigente del Partido Socialista —hoy añorado por muchos socialistas de la vieja escuela— lo calificó de forma precisa y escueta con estas palabras: «Rosa, no le des vueltas, es un impostor». Solo quienes le habían visto en acción dentro de su partido conocían en aquel momento la personalidad del tipo. Hoy es fácil comprobar que a Sánchez le cuadran no una sino las tres acepciones que da a esa palabra el Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española: Impostor es la persona «que atribuye falsamente a alguien algo. Que finge o engaña con apariencia de verdad. Suplantador, persona que se hace pasar por quien no es».

Es un acto de impostura llegar a la presidencia del Gobierno de España mediante una moción de censura destructiva con la que Sánchez *fingió* adaptarse al procedimiento que establece nuestro ordenamiento constitucional.

Es un acto de impostura incumplir su promesa de convocar elecciones de forma inmediata, su primer *engaño* ya convertido en presidente.

Es un ejercicio de impostura *atribuir falsamente comportamientos* que no se corresponden con la realidad —«extrema derecha»— y descalificar a la oposición y a la sociedad civil por salir a la calle para exigirle que cumpla su compromiso de convocar elecciones.

Es una impostura *hacerse pasar por quien no es* al proclamar en sede parlamentaria que si su cuarta investidura fracasada no salió adelante fue porque él «tiene principios» y no puede pactar «con gente como Podemos»… Esas palabras debiéramos recordárselas cada día.

Es una impostura *fingir y hacerse pasar por quien no es* al calificarse de progresista mientras perpetra alianzas con la CUP, con Esquerra Republicana, con los filoetarras de Bildu, con los populistas y comunistas que defienden dictaduras actuales y los crímenes de lesa humanidad cometidos en nombre de sus ideologías.

Es un ejercicio de impostura atribuirse la pertenencia al bloque constitucionalista español mientras comparte mesa, mantel y estrategia con el líder de un partido que nunca ha condenado la historia de terror de ETA ni la ideología en cuyo nombre cometieron los crímenes.

Sirvan estos pocos ejemplos para concluir que estamos ante un personaje al que la impostura le sienta como un guante.

Mentira

Mentir es, según el DRAE, «decir o manifestar lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa».

Las personas que se caracterizan por su baja afectividad y nula empatía viven como una auténtica oportunidad situaciones como las que atravesó la sociedad española como consecuencia de la pandemia.

El paro, la enfermedad y la falta de expectativas de futuro fueron, durante aquellos largos meses de crecimiento de la pandemia y de encierro inconstitucional, las mayores preocupaciones de los españoles. Mientras eso ocurría, la *frialdad* y el *egoísmo*, síntomas de una personalidad maquiavélica, guiaron la respuesta del Gobierno en su conjunto y de Sánchez en particular. Durante aquellos tiempos de negrura y desesperanza, él *mintió* sobre todo y lo hizo todo el rato. Mintió sobre el comité de expertos que le asesoraba (nunca existió); mintió sobre el número de afectados y de muertos; mintió sobre el alcance de las medidas que iba anunciando; mintió sobre la inutilidad de ponerse mascarilla y también sobre la obligatoriedad de ponérsela; mintió al aducir interés general para prorrogar o suspender confinamientos en función del interés electoral o del color político del Gobierno de una comunidad autónoma.

La patología de la mentira no es la única que adorna a Sánchez, un presidente que es, en sí mismo, un impostor. Sus mentiras han convertido al personaje en el peor presidente de la democracia desde la perspectiva clásica del análisis político; los datos de paro, la falta de recuperación tras la COVID, la desvertebración del país, el deterioro de las libertades, la ruptura de la convivencia entre españoles, la deuda pública, la baja calidad del sistema educativo, la decreciente competitividad de nuestro país en la esfera internacional, los crecientes índices de pobreza… avalan esta conclusión. Pero lo más grave es que su personalidad lo ha convertido en un riesgo para la seguridad nacional, un hecho confirmado por las consecuencias políticas que están teniendo en la sociedad española los actos de Pedro Sánchez.

Nada de lo que Sánchez hace es casual, ninguna de sus decisiones es producto de la improvisación ni se trata de «errores». Él sabe perfectamente que las consecuencias de sus mentiras acarrearán graves perjuicios a la población; pero, como carece de empatía y remordimiento (psicopatía), sigue adelante desarrollando una estrategia basada en la mentira porque el único

objetivo de sus actos es obtener beneficio personal (maquiavelismo), para lo que no duda en descargar la responsabilidad de sus actos sobre otras instituciones o sobre los propios ciudadanos. Y como se cree merecedor de un estatus superior y fantasea con un poder ilimitado (narcisismo), siempre encuentra en la mentira el instrumento más útil para eludir todo tipo de responsabilidad.

En el Gobierno de Sánchez la mentira sistemática ha sustituido a la política. ¿Cuándo ha dicho una verdad Sánchez? ¿Cuando declaró que nunca indultaría a los condenados por sedición y malversación en Cataluña, que los delincuentes cumplirían íntegras sus penas (eso dijo en 2019), o cuando dice que los indultos o las reformas del Código Penal para legalizar la sedición o rebajar las penas por malversación llevarán la «normalidad» a Cataluña? Siempre, miente siempre.

Mentir le ha salido muy rentable a Pedro Sánchez. Mentir fue la táctica elegida para ocupar fraudulentamente el Gobierno de la nación; mentir es su forma de ser y de estar; mentir es uno de los instrumentos que utiliza para cumplir su juramento y *no volver a pasar hambre*.

Indecencia

Definición: decencia como la actitud honrada y recta que «impide cometer actos delictivos, ilícitos o moralmente reprobables». Pues bien, si algo ha quedado demostrado es que el Gobierno presidido por Pedro Sánchez resulta en sí mismo un antónimo de ese concepto, pues no ha hecho sino acumular decisiones destinadas a blanquear ilegalidades y desprestigiar a España y sus instituciones.

No es decente y resulta *moralmente reprobable* nombrar fiscal general del Estado a una diputada del PSOE que acababa de ser ministra de Justicia del Gobierno que surgió de la moción de censura destructiva presentada por Sánchez.

No es decente, por *no impedir la comisión de actos delictivos*, reformar el Código Penal para legalizar la sedición y rebajar las penas por malversación mientras la amenaza sigue latente y los condenados por cometer actos de la máxima gravedad encuadrados en esos supuestos juran que los volverán a cometer.

Proteger y blanquear delincuentes es una indecencia.

Es indecente, *por ilícito*, burlar la soberanía nacional constituyendo una «mesa de diálogo» extraparlamentaria en la que una parte de los españoles pretende decidir el futuro de todos los españoles. Y no es decente mantener la

reunión con el entonces presidente Torra después de que este haya sido inhabilitado por el Tribunal Supremo.

Es indecente y *moralmente deplorable* blanquear a ETA, sus crímenes y su historia, gobernando con sus testaferros en Navarra y en cuantos lugares de Euskadi han podido sumar sus votos para desbancar a partidos democráticos votados mayoritariamente por los ciudadanos.

Es indecente que los diputados del PSOE en Bruselas voten en contra de que se investiguen los trescientos cincuenta y siete crímenes de ETA que aún no han sido juzgados.

Todo caudillo tiene su doctrina, sus «principios fundamentales». El que desenterró Sánchez para *pasar a la historia* tenía los del Movimiento; al impostor que habita en la Moncloa desde que sacó adelante una moción de censura destructiva le gustan los once principios de la propaganda de Goebbels y que en la acción de gobierno de Sánchez se condensan en dos: *el principio de simplificación del enemigo único*, que consiste en adoptar una única idea, un único símbolo, que permita individualizar al adversario convirtiéndolo en un único enemigo; y *el principio de orquestación*, que determina que la propaganda debe limitarse a un número pequeño de ideas y repetirlas incansablemente, presentándolas una y otra vez desde diferentes perspectivas, pero siempre convergiendo sobre el mismo concepto. Sin fisuras ni dudas. De aquí viene la famosa frase: «Si una mentira se repite lo suficiente, acabará por convertirse en verdad».

Es indecente que la propaganda sustituya a la verdad.

Traición

Definición: «Falta que comete una persona que no cumple su palabra o que no guarda la fidelidad debida.

»Delito cometido contra un deber público, como la patria para los ciudadanos o la disciplina para los militares».

El PSOE lleva mucho tiempo cometiendo actos de traición contra el sistema del setenta y ocho. Todo comenzó en los tiempos de Zapatero, ese secretario general que inició el proceso de legitimación de la banda terrorista ETA al reconocerla como interlocutora política del Gobierno de España. A partir de ahí, todo ha ido cayendo en barrena.

Es una traición a la democracia convertir en «hombres de paz» a sus enemigos mortales; y es un acto de traición calificar de «traidores» a los ciudadanos —socialistas o no— que sostenían que, según la sentencia del

Supremo de 27 de marzo de 2003, Batasuna no podría legalizarse mientras España siguiera siendo un Estado de derecho:

> Fallamos:
>
> Primero: declaramos la ilegalidad de los partidos políticos demandados, esto es, de Herri Batasuna, de Euskal Herritarrok y de Batasuna.
>
> Segundo: declaramos la disolución de dichos partidos políticos con los efectos previstos en el artículo 12.1 de la Ley Orgánica 6/2002 de Partidos Políticos.
>
> Tercero: ordenamos la cancelación de sus respectivas inscripciones causadas en el Registro de Partidos Políticos.
>
> Cuarto: los expresados partidos políticos, cuya ilegalidad se declara, deberán cesar de inmediato en todas las actividades que realicen una vez sea notificada la presente sentencia.
>
> Quinto: procédase a la apertura de un proceso de liquidación patrimonial de Herri Batasuna, Euskal Herritarrok y Batasuna en la forma que se establezca en el artículo…
>
> Etc.

Y es un acto de traición defender la legalización de la sedición con el mismo argumento («resolver un problema») que utilizaba Zapatero para legalizar Batasuna después de la sentencia a que antes he hecho referencia.

Sánchez comete traición a la memoria de los ochocientos cincuenta y siete españoles asesinados por ETA —y a los miles de exilados, de víctimas colaterales, de familias destruidas, de huérfanos, de viudas, de padres huérfanos de hijos…— cuando califica a Otegi como «hombre de Estado», lo elige como socio prioritario y lo sitúa en su órbita «progresista».

Sí, Sánchez es un hombre que ha traicionado la esencia y los valores de la democracia, que ha traicionado a la nación democrática, el vínculo que nos une a todos los ciudadanos en libertad e igualdad, que ha traicionado a los españoles que sufrieron la ruptura entre hermanos y que tejieron los acuerdos de la Transición para legarnos un país en libertad y para tratar de impedir que su historia se repitiera en sus hijos y nietos.

Sí, Sánchez traicionó el orden constitucional cuando presentó una moción de censura destructiva que le permitió acceder al poder institucional para demoler desde dentro los principios del sistema democrático.

Sí, es un acto de traición eliminar los controles democráticos como ha hecho Pedro Sánchez en su partido y en el conjunto de instituciones de la democracia.

Es un acto de traición elegir como socios a tipos que proclaman que su objetivo político es liquidar el sistema constitucional.

Es un acto de traición cambiar las leyes para que los delincuentes gocen de impunidad o para que la lengua común, el español, deje de ser lengua vehicular en todo el Estado.

Es un acto de traición traspasar todas las líneas éticas que separan la vileza de la virtud y aliarse con el mal para aprobar año tras año leyes

ideológicas que no tienen otro objetivo que mantener el poder destruyendo la cohesión entre españoles.

Ambición

Definición: «Deseo intenso y vehemente de conseguir una cosa difícil de lograr, especialmente riqueza, poder o fama».

Pedro Sánchez no es un gobernante que pueda ser homologado con ninguno de los que podemos encontrar en la esfera democrática europea u occidental. Estamos ante un personaje cuyo *bajo compromiso ideológico* (maquiavelismo) sumado a la *ausencia de remordimiento y culpa* (psicopatía) lo han llevado a perseguir y ejercer el poder aplicando la teoría comunista clásica que consiste en debilitar a la sociedad dividiéndola y generando pobreza y ruina, que es el caldo de cultivo más favorable para que triunfe el totalitarismo.

Como explicaba en un capítulo anterior, todo en Sánchez es mentira y todas sus mentiras están al servicio de su ambición. Él nunca ha querido un acuerdo en defensa de los valores de la Constitución y la democracia representativa. Su ausencia absoluta de ideología y de principios ha convertido al PSOE en una empresa familiar colonizada —porque es lo que más le renta en estas circunstancias— por comunistas y asimilados. Sánchez es el Largo Caballero de la España constitucional, el defensor de la alianza con los comunistas, los llamados «terceristas» por ser los defensores de la Tercera Internacional, la comunista. Pero sus alianzas con los dirigentes comunistas del momento —llámense *podemitas, escuchantes, círculos o directamente del antiguo PCE*…— no responden a una ideología, sino a un mero cálculo, pues Sánchez ya ha demostrado que podría defender con el mismo desparpajo justamente todo lo contrario si creyera que le resulta más rentable para obtener y mantener el poder, que es su única ideología y su única religión.

Su estrategia para poder mandar como un auténtico caudillo, como un autócrata moderno, es demoler el sistema constitucional, la nación unida que garantiza libertad e igualdad a todos los ciudadanos. Su táctica es conseguir que cada nueva ley, cada nuevo acto de parasitación institucional, cada nuevo movimiento que provoque la debilitación de los órganos de control democrático o de la figura del jefe del Estado, cada señalamiento a quienes ejercen la libertad de prensa u opinión… le coloque más cerca de su objetivo despótico y le permita actuar como el nuevo caudillo de España.

Sánchez y sus acólitos habían elaborado dos tácticas alternativas al servicio de esa estrategia cuando en noviembre de 2019 se vio obligado a repetir las elecciones. Recuerden que mientras las hordas de los bárbaros que le auparon a la Moncloa apoyando su moción de censura destructiva prendían fuego a Cataluña, cortaban carreteras y vías férreas, cerraban universidades o paralizaban el aeropuerto, Sánchez aparentaba dureza discursiva mientras permitía que todos esos desmanes se llevaran a cabo con total impunidad.

Su plan A era conseguir una mayoría suficiente para gobernar en solitario, con apoyo externo de quienes le auparon en la moción destructiva. El plan B estribaba en formar coalición con los populistas totalitarios comandados por Iglesias que aglutinaba también a los «terceristas» y que en aquel momento estaban quemando Cataluña.

El plan A falló porque Tezanos y Redondo (su acólito de entonces) no consiguieron que los españoles se tragaran todas sus mentiras y le retiraron una parte de los votos que le habían otorgado tan solo unos meses antes. Y en unas horas Sánchez presentó en sociedad su plan B, cocinado en la trastienda desde hacía tiempo. Y así es como hemos llegado a tener un Gobierno que resulta una anomalía en la Europa democrática.

Conseguir el poder *como sea y con quien sea* es la máxima de un ambicioso sin ideología ni límites éticos, morales o políticos; y esa ambición es lo que ha provocado que hoy España tenga un Gobierno sostenido por los totalitarios, los proetarras, los golpistas, los comunistas… y los socialistas sin ideología que actúan *como una sola oveja* a las órdenes de Pedro Sánchez Pérez-Castejón.

Fraude

Definición: «Engaño (económico) con la intención de conseguir un beneficio y con el cual alguien queda perjudicado».

Cuando de Sánchez se trata, «sí es sí», «no es no»… o viceversa. Él ha demostrado que es capaz de defender una cosa y la contraria sin ningún tipo de sonrojo y sin que entre la primera y la segunda afirmación medie más tiempo que el estrictamente necesario para cerrar y volver a abrir la boca. El enmascaramiento de la verdad, la propensión al engaño, la necesidad de admiración y atención unidos a la sed de poder están en su carácter.

Todo en Sánchez es fraudulento, desde la moción de censura destructiva que presentó para «regenerar la democracia» (de la mano de sus enemigos jurados y mortales) hasta cada una de las afirmaciones que ha pronunciado a lo largo de su vida.

Es un fraude llamar «progresista» a un Gobierno que surgió de una alianza entre Pedro Sánchez Pérez-Castejón con los grupos políticos que tienen como objetivo y programa máximo robar a los españoles sus derechos de ciudadanía.

Es un fraude apelar a las «múltiples identidades» de los españoles, como hizo Pedro Sánchez para forjar la alianza con los racistas que le hicieron presidente por un voto de diferencia, negando la única «identidad» que importa, la ciudadanía, que es común y nada tiene que ver con las identidades a las que apelan los nacionalistas para reivindicar privilegios.

La apelación a la «raza vasca», o a la «raza catalana» —como antaño y en otros lares lo fue a la «raza aria»—, el supremacismo racial del que han hecho y hacen gala los dirigentes del nacionalismo y secesionismo vasco o catalán, ha sustentado todo nacionalismo identitario a lo largo de la historia de la humanidad. La consecuencia de esa peligrosa doctrina a la que se ha abrazado Sánchez para ser presidente es la ruptura de la ciudadanía. Es un fraude cometido con *intención de engañar* pedir el voto para defender al país de sus enemigos y aliarse a continuación con ellos para convertirse en el líder de la demolición del sistema democrático.

Es un fraude cometido *con la intención de conseguir un beneficio* amnistiar a Junqueras después de que este hiciera pública una carta que contenía, entre otros, los siguientes párrafos:

> La amnistía es nuestra prioridad para acabar con la persecución policial. A pesar de ello, hay gestos que pueden aliviar el conflicto, paliar el dolor de la represión y el sufrimiento de la sociedad catalana, y cualquier gesto en la línea de desjudicialización del conflicto ayuda a poder recorrer ese camino. (…) No queremos formar parte de un Estado donde persisten estructuras que sirven para perseguir a los adversarios políticos, donde hemos de acatar leyes que nos parecen profundamente injustas y arbitrarias, que tipifican como delitos comportamientos que son plenamente democráticos y deberían ser delictivos. De hecho, tenemos el deber de trabajar incansablemente, por todas las vías democráticas posibles, para cambiar esta situación. Y eso es lo que hemos hecho y haremos.

Es un fraude calificar de «regeneracionista» un Gobierno que rebaja las penas por malversación de caudales públicos; que protege a delincuentes de todo tipo y condición; o que modifica las leyes para evitar que se cumplan las sentencias de los tribunales que salvaguardan el derecho de los niños a estudiar en la lengua común de los españoles en todo el territorio nacional.

Es un fraude promocionar al Tribunal Constitucional al ministro que redactó los indultos de los golpistas y que elaboró la ley que pone en la calle y/o rebaja las penas de todo tipo de delincuentes sexuales. «Voy a por todas», dijo Pedro Sánchez ante «los suyos» en julio de 2022; este caudillo se ha

ganado a pulso *pasar a la historia* por intentar dejarlo todo «atado y bien atado».

Sánchez ha cometido un fraude de ley al reformar el Código Penal de 1995, no solo para eliminar el delito de sedición de forma que la próxima vez que sus socios den un golpe contra la democracia les salga penalmente gratis, sino para revocar una sentencia judicial. Pues la Ley Orgánica 14/2022, que aprobaron con nocturnidad y alevosía a finales de diciembre, justifica en su exposición de motivos la eliminación del delito haciendo expresa referencia a la sentencia que juzgó y condenó a los golpistas.

Sánchez ha cometido fraude de ley al cambiar un precepto del Código Penal analizando una única aplicación del mismo, pues el delito de sedición, el tipo penal que se elimina, no ha suscitado la punición de ningún comportamiento democrático desde que se integró entre los delitos contra el orden público en el llamado Código Penal de la democracia. Sánchez ha hecho una ley no solo al dictado de los delincuentes, sino que ha utilizado su exigua mayoría parlamentaria para cambiar una sentencia del Tribunal Supremo y favorecer a sus socios políticos, un hecho de mayor gravedad que la amnistía encubierta con la que premió a los delincuentes antes de legalizar el delito que cometieron.

Corrupción

Definición: «Deterioro de valores, usos o costumbres. En las organizaciones, especialmente en las públicas, práctica consistente en la utilización indebida o ilícita de las funciones de aquellas en provecho de sus gestores».

Es un acto de corrupción utilizar las instituciones para liquidar la democracia *en provecho de sus gestores*.

Es un acto de corrupción, una *pérdida de valores*, mantener la asociación de intereses con delincuentes que nos desafían a todos los españoles anunciando su voluntad de reincidir en los delitos por los que fueron condenados.

Es un acto de corrupción utilizar el poder *indebida e ilícitamente* para mantenerse en el Gobierno despenalizando delitos que tienen por objeto romper España y derogar *de facto* la Constitución del setenta y ocho, marco que garantiza la unidad nacional y la igualdad de todos los españoles ante la ley.

Es un acto de corrupción política el cometido para *sacar provecho* tratar de acallar las voces de quienes legítimamente defienden el orden constitucional y a todas sus instituciones.

Es un acto de corrupción insultar y excluir a más de medio país tachándolo de *ultraderecha*. Sánchez ha pervertido el lenguaje democrático: llama «venganza» a las sentencias judiciales y «revancha» a la ley. Y sostiene con sus votos a un Gobierno catalán en el que se concretan cuarenta años de corrupción separatista en todos los ámbitos. Aunque a ceder frente a ellos Sánchez lo llame «concordia» y «normalidad».

Es un acto de corrupción política, una absoluta *pérdida de valores*, romper todos los consensos básicos que nos permitieron construir la democracia para aliarse con los delincuentes condenados por sedición y malversación y con los que lo fueron por terrorismo y están tan orgullosos de su historia criminal.

Megalomanía, impostura, mentira, indecencia, traición, ambición, fraude, corrupción… No están todos los que son, pero son todos los que están. He aquí alguno de los atributos que determinan *el lugar de la historia que le corresponde* ocupar a Pedro Sánchez Pérez-Castejón.

Conclusión

Sé que aun cuando ya hemos sufrido las consecuencias de su soberbia, de su falta de empatía, de su odio a la unión entre españoles y de su desprecio por el pensamiento crítico, hay millones de españoles que prefieren no ser conscientes de que el objetivo del proceso involucionista en que Sánchez ha metido a España es liquidar la separación de poderes hasta que quede formalmente instaurado un modelo autocrático en el que Sánchez pueda hacer y deshacer a voluntad. Sin controles democráticos y sin justicia independiente, no hay democracia; y cuando se pierde la democracia, lo que queda es una dictadura. Así de sencillo.

El modelo a seguir por Sánchez y su banda no es el de los países de la Europa de la que España forma parte, sino el de los regímenes populistas o directamente dictatoriales del Cono Sur americano. Por eso afirmo que no es casual que Sánchez haya querido finalizar el año 2022 perpetrando un golpe a tres bandas contra el poder judicial a la vez que eliminaba del Código Penal el delito de sedición y abarataba la malversación, para que él y su familia política —socialistas y asociados— puedan robar impunemente de las arcas públicas para dopar el cuerpo electoral y pervertir el resultado de las elecciones. Él sabe que está en el tiempo de descuento y hará todo lo que esté en su mano para mantener el poder.

Las dictaduras del Cono Sur americano tienen en común con la España de Sánchez algo más que su lengua. El reciente caso del golpe perpetrado en Perú nos permitió observar con total nitidez las similitudes y diferencias entre lo que está ocurriendo en esas latitudes y lo que pasa en España. En ambos países se aprecia a simple vista que el golpe contra la democracia lo impulsa el Gobierno, con su presidente a la cabeza. La diferencia es que en Perú la mayoría de los legisladores se pusieron del lado de la democracia, las fuerzas de seguridad detuvieron al golpista y los jueces iniciaron el procedimiento para juzgarlo.

En España, por el contrario, la mayoría exigua con la que Sánchez alcanzó la presidencia del Gobierno se alinea de forma reiterada al lado del golpista y

vota a favor de las leyes de desconexión de la democracia y la Constitución, porque eso es lo que supone la legalización de la sedición y del robo de dinero público. En Perú, los legisladores, las fuerzas de seguridad y la justicia han frenado el golpe; en España los legisladores apoyan el golpe a plazos que está perpetrando Pedro Sánchez.

Lo ocurrido en Perú ha reforzado la idea de Sánchez de liquidar cuanto antes cualquier atisbo de riesgo que pudiera derivarse de unos tribunales y órganos de la justicia que funcionaran de forma constitucional e independiente. Por esta razón, quiso aprovechar el trámite de enmiendas al Código Penal para provocar una reforma del sistema de elección de los magistrados al Tribunal Constitucional. Y aunque ese acto de filibusterismo fue frenado por el propio TC, Sánchez ha conseguido lo que quería nombrando a dos magistrados de *obediencia debida* y maniobrando hasta tener de presidente del órgano de garantías a un magistrado afín.

De que vivimos un proceso de deslegitimación del sistema democrático dan fe las declaraciones de los miembros del Gobierno ante la decisión del Tribunal Constitucional que frenó el intento de cambiar el sistema de elección mediante enmiendas al Código Penal y retrata bien a las claras que Sánchez está dispuesto a todo para mantener el poder provocando una reforma constitucional *de facto*, al margen de la consulta a los ciudadanos.

Las descalificaciones pronunciadas por miembros del Gobierno, empezando por el propio presidente, negando la potestad constitucional de limitar el poder de la mayoría parlamentaria y la competencia del Alto Tribunal de garantizar el respeto a las minorías son la base de la democracia constitucional que el PSOE de Pedro Sánchez se niega a aceptar. Como ajustadamente señaló en aquellos días Manuel Aragón, exmagistrado del Tribunal Constitucional a propuesta de Zapatero: «Si el TC no pudiera controlar el poder del Parlamento no tendríamos un Estado democrático, sino una tiranía de la mayoría parlamentaria, un despotismo». Justo el modelo al que nos conduce Pedro Sánchez.

La otra diferencia en la forma en la que se perpetra el golpe contra la democracia a ambos lados del Atlántico depende de la personalidad de los protagonistas. En Perú el golpe que frenó el legislativo fue llevado a cabo por Castillo, una persona que no funciona con la frialdad que caracteriza a un psicópata acreditado. Por ese motivo, Castillo fue por las bravas mientras que Sánchez está dando el golpe a plazos. Esto ya deberíamos de haberlo aprendido con la experiencia de lo ocurrido en Cataluña, donde el golpe se inició verdaderamente cuando se aprobaron las leyes de desconexión, aunque

no fuera hasta el 1 de octubre de 2017 cuando ya nadie pudo disimular y mirar hacia otro lado. Si la sociedad hubiera reaccionado cuando a la oposición del Parlamento de Cataluña se le hurtó su derecho a ejercer la función deliberativa que le corresponde, no hubiéramos llegado al 1 de octubre de 2017.

Con Sánchez al frente de la operación de desmantelamiento del sistema democrático vemos cómo se repite la historia. Ahora el golpista no es el representante ordinario del Estado en una comunidad autónoma; ahora quien dirige el golpe preside el Gobierno de España y quienes lideran la asonada en el Congreso de los Diputados no son los independentistas, sino los diputados elegidos bajo las siglas del Partido Socialista Obrero Español.

Y ahí estriba la otra diferencia entre la situación que se ha vivido en Perú durante las últimas semanas del año 2022 y la que vivimos en España desde que Sánchez ocupó el palacio de la Moncloa tras presentar una moción de censura destructiva y fraudulenta.

Llegará un día en el que en España se recuperará la normalidad democrática y en las escuelas se volverá a estudiar historia y no un relato pervertido y al servicio del sectarismo y del odio entre hermanos. Y cuando eso ocurra, habrá niños que interpelen a sus padres o abuelos que fueron legisladores de la mayoría o dirigentes del PSOE durante aquellos años en los que Pedro Sánchez utilizaba las instituciones para volar el sistema democrático. En Perú, los legisladores jubilados mirarán a los niños a los ojos y les responderán, orgullosos, que ellos se pusieron del lado de la democracia; en España, mentirán o agacharán la cabeza. Y los niños, que tontos no son, sabrán que sus mayores traicionaron la democracia.

Atribuyen a Churchill una frase que dice así: «La historia será amable conmigo, porque tengo intención de escribirla». Ojalá los hechos que se relatan en este libro contribuyan a situar a Pedro Sánchez Pérez-Castejón en el lugar de la historia que le corresponde.



ROSA DÍEZ nació en Sodupe (Vizcaya) en mayo de 1952. Entre 1977 y 2007 militó en el PSOE, partido en cuyas listas fue diputada foral de Vizcaya, parlamentaria vasca, miembro del Gobierno Vasco y miembro del Parlamento Europeo. En 2007 fue una de los fundadores de Unión Progreso y Democracia, partido con el que llegó al Congreso de los Diputados (2008-2016) y del que fue portavoz desde su creación hasta julio de 2015. Fue también cofundadora de ¡Basta Ya!, la plataforma cívica que obtuvo en el año 2000 el Premio Sajarov del Parlamento Europeo por su defensa de los derechos humanos. Entres sus obras se encuentran *La demolición. La gran traición de Sánchez a la democracia* y *Maketos*.